

UNIVERSIDAD NACIONAL  
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
SISTEMA DE ESTUDIOS DE POSGRADO  
ESCUELA DE LITERATURA Y CIENCIAS DEL LENGUAJE  
MAESTRÍA PROFESIONAL EN TRADUCCIÓN

ARGENTINA: PROSPERIDAD, ESTANCAMIENTO Y  
CAMBIO

TRADUCCION E INFORME DE INVESTIGACIÓN

Trabajo de graduación para aspirar al grado de Máster en  
Traducción (Inglés-Español)

Presentado por

María del Pilar Plá Rivel  
Noviembre, 2002

La traducción que se presenta en este tomo se ha realizado para cumplir con el requisito curricular de obtener el grado académico en el Plan de Maestría en Traducción, de la Universidad Nacional.

Ni la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional, ni la traductora, tendrán ninguna responsabilidad en el uso posterior que de la versión traducida se haga, incluida su publicación.

Corresponderá a quien desee publicar esa versión gestionar ante las entidades pertinentes la autorización para su uso y comercialización, sin perjuicio del derecho de propiedad intelectual del que es depositaria la traductora. En cualquiera de los casos, todo uso que se haga del texto y de su traducción deberá atenerse a los alcances de la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, vigente en Costa Rica.

# DEDICATORIA

A Tita y Wendy...

y a John...forjador de sueños...

# AGRADECIMIENTOS

A Dios por la oportunidad de cumplir una meta más en mi vida.

A la Profesora Judit Tomcsányi por su acertada dirección, sus valiosos comentarios, su visión innovadora, su tiempo y sobretodo, por su apoyo para seguir adelante, y su confianza en este trabajo.

A la Profesora Sherry Gapper por su dedicación, y su oportuna atención.

A Rocío Miranda, mi profesora lectora, por sus valiosos comentarios.

A Wendy y Tita, gracias por alentarme en todo momento y compartir juntas mis logros. A Wendy, gracias por tu entusiasmo, y por el sacrificio de tu tiempo para que yo alcanzara esta meta. Tita mis obras llevan tu sello.

Forjar mi voluntad con espíritu indomable, fijar metas y alcanzarlas, vencer obstáculos, no desfallecer ante la adversidad y sobretodo nunca dejar de soñar son el legado de un gran hombre a quien hoy le quiero agradecer todas las enseñanzas que aprendí durante los años que compartimos juntos.

A José por su apoyo en todo momento, y por haber dedicado parte de su ocupado tiempo a ayudarme en la parte final de este trabajo.

A José Agustín y Ferny por estar siempre a mi lado y compartir conmigo penas y alegrías.

# **PENSAMIENTO**

## **El zen de alcanzar la meta**

El montañista japonés  
vence con facilidad los  
obstáculos del camino, se  
desvía del sendero cuando  
es necesario y vuelve a  
tomarlo más arriba; se  
apresura despacio avanzando  
paso a paso, evitando  
atajos potencialmente  
peligrosos. Su alegría no  
depende de llegar a la cima.  
El ascenso mismo es su  
propia razón de ser, desde  
la cima sólo ve montañas  
más altas que escalar.

Anónimo

# RESUMÉN

El presente trabajo tiene como fin el optar al grado de Maestría en Traducción Inglés-Español, de la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional, Campus Omar Dengo. Se incluye la traducción del texto *Chapter 3 Argentina: Prosperity, Deadlock and Change*<sup>1</sup> al español, el informe de investigación. Complementan el tema la bibliografía y una fotocopia del texto fuente. El análisis del proceso de traducción se concentró en analizar las diferencias entre el texto fuente y el versión traducida, dentro de este concepto se analizaron aspectos culturales, por medio de los cuales se demuestra que ambas culturas tienen valores diferentes. En la segunda parte se analizan aspectos en los cuales se muestra el papel crítico del traductor, y como se éste se refleja en la versión traducida, para lo cual se hace uso de las técnicas de la traductología como: ampliaciones, explicitaciones y omisiones.

---

<sup>1</sup> Skidmore, Thomas y Smith, Peter H. *Modern Latin America*. Nueva York: Oxford University Press, 1997.

# Índice

Traducción.....	1
Informe de investigación .....	96
Introducción .....	97
Justificación del texto en cuanto a la traductología.....	102
Objetivo General.....	103
Hipótesis .....	104
Consideraciones teóricas generales.....	106
Análisis del texto traducido.....	119
Primera parte: .....	119
Cambios relacionados con la cultura meta.....	119
1. Nombres propios y genéricos .....	120
2. Metáforas.....	135
Segunda parte:.....	138
El papel crítico del traductor.....	138
Consideraciones finales.....	157
Bibliografía .....	161
Texto fuente.....	164

# Traducción

# Capítulo 3

## Argentina: prosperidad, estancamiento y cambio

*(Chapter 3 Argentina: Prosperity, Deadlock and Change<sup>2</sup>)*

---

<sup>2</sup> Skidmore, Thomas y Smith, Peter H. *Modern Latin America*. Nueva York: Oxford University Press, 1997.

# Capítulo 3

## Argentina

### Prosperidad, estancamiento y cambio

Lo que hoy día se conoce como Argentina originalmente era un lugar remoto del imperio colonial español. A diferencia de México y Perú, la región del Río de la Plata no contaba con metales preciosos (a pesar de que la palabra “Argentina” significa “plata”), ni con grandes asentamientos indígenas. Los nativos eran pocos y nómadas y, por lo tanto, los españoles no tenían la posibilidad de una gran fuerza laboral. El recurso natural más importante de la región eran sus tierras fértiles, unas de las más ricas del mundo; en algunos lugares la capa vegetal alcanzaba más de 30 cm. de profundidad. Otra ventaja era la posición de Buenos Aires, la cual tenía el potencial, por su ubicación, de convertirse en un gran puerto si se hacía un buen dragado. Sin embargo, tales condiciones no llevaron a una economía dinámica durante la época colonial, ya que no estaban disponibles ni la tecnología ni el mercado para explotar las fértiles pampas. El puerto de Buenos Aires sirvió sobre todo para atraer el jugoso comercio del contrabando hacia la América del Sur española.

Pese a que la economía colonial argentina no era de considerable importancia, su posición geográfica es importante para entender el desarrollo que más adelante tendría lugar. La región más próspera estaba situada en la zona noroeste de lo que hoy es Argentina, un área limítrofe con Perú. Hasta 1776, Argentina formó parte del Virreinato de Perú, y su desarrollo económico estaba estrechamente ligado a los embarques procedentes del norte, de algodón, arroz, trigo y artículos de cuero. La región de la costa alrededor de Buenos Aires era menos dinámica. La actividad de mayor peso era el contrabando, debido a que las tarifas aduanales que se cobraban en Lima eran altas, por lo que la ruta a través del Río de la Plata se convirtió en una atractiva alternativa para eludir a las autoridades coloniales. Después de 1776, Buenos Aires cobró importancia al convertirse en la cuna de un nuevo virreinato. El ejercicio del poder empezó a pasarse del noroeste hacia la costa sur, ya que Buenos Aires se transformó en el puerto de entrada de las importaciones procedentes de Europa, algunas de las cuales competían directamente con la producción local en el noroeste.

Las guerras de independencia hicieron tambalearse el virreinato de La Plata, aunque los estragos en el campo económico no fueron tan grandes como ocurrió en México y en Uruguay. Al tiempo que el general José de San Martín vencía a las tropas leales a la corona española, los sentimientos antiespañoles unificaron a la elite local y forjaron el perdurable mito de los valores militares. Alcanzada la independencia en 1820, la aristocracia terrateniente veía sus dominios con satisfacción. Pequeñas industrias y comunidades comerciales

siguieron floreciendo en la región central y noroeste. En las áreas costeras no había mucha industria artesanal, pero sus vecinos, los hacendados, producían cueros y carne seca para la exportación; así, cobraba relevancia el hecho que la ciudad de Buenos Aires se convertía en un pujante puerto que se distanciaba cada vez de los territorios del interior hacia el norte y el oeste.

## **La lucha por la consolidación de la república**

En los años posteriores a la independencia, Argentina experimentó una lucha interna por el rumbo de su desarrollo económico. Los bandos provenían de diferentes regiones. Uno de ellos, conocido como los unitarios, formado principalmente por la provincia y la ciudad de Buenos Aires, pretendía la nacionalización del puerto de Buenos Aires, quitarle su autonomía, y convertirlo en un lugar desde donde se podían reducir las barreras provinciales al comercio y, como consecuencia, abrir el país entero al comercio internacional.

El segundo grupo, los federales, formado por gente proveniente del interior del país, apoyaba la tesis de la nacionalización de la ciudad de Buenos Aires, pues pretendía que las entradas por concepto de aranceles fueran distribuidos a todas las provincias. Al mismo tiempo, este grupo pretendía que se mantuviera la autonomía provincial, especialmente la capacidad de recaudar los aranceles interprovinciales, de manera que se protegiera la industria local.

Un tercer grupo, también conocido como los federales, pero en su esencia diferente, integrado por gente de la provincia de Buenos Aires, se

oponía a la nacionalización del puerto de Buenos Aires, ya que esto significaba que la provincia perdería el control monopolístico sobre las entradas que la ciudad percibía por concepto de tarifas aduanales; al mismo tiempo pretendían que se estableciera el libre comercio. Este grupo abogaba por el *statu quo*.

Este conflicto entre los tres grupos se prolongó durante las décadas de 1830 y 1840, y el asunto fue finalmente resuelto por uno de los más famosos dictadores de América Latina: Juan Manuel de Rosas, rico y ambicioso hacendado de la provincia de Buenos Aires, cuya imponente presencia podía intimidar a los rudos gauchos. En 1829 Rosas ganó la gobernación de la Provincia, pero sus ambiciones no pararon allí. Quería gobernar toda Argentina, y para lograr su meta promulgó leyes que favorecían a los estancieros (dueños de las haciendas). Con estas medidas aseguró, aún más, la posesión de la tierra en manos de la aristocracia. Rosas era un ferviente federalista de Buenos Aires. Más aún, contaba con el liderazgo militar y el apoyo para alcanzar su meta de sojuzgar a sus rivales, los "caudillos", de quienes había dicho: "De manera tal que ninguno de esta raza de monstruos permanezca entre nosotros". Conforme consolidaba su autoridad personal, fue extendiendo el poder de la provincia de Buenos Aires a todo el país, y de esta forma construía una nación basada en el principio del federalismo. Al mismo tiempo, Rosas creó una poderosa maquinaria gubernamental, complementada con un escuadrón de coacción conocido con el nombre de la Mazorca, que aterrorizaba a todo aquel que osara oponerse al dictador, aún si fuera no usar el color oficial rojo.

Además de sus habilidades políticas y militares, Rosas era un ardiente nacionalista, hasta el grado que muchos extranjeros lo acusaban de xenofobia. Buscó poner en práctica en su política exterior los mismos principios que le habían dado tan buen resultado en su política interna; según palabras de un diplomático francés, que se encontraba de visita hacia 1850: " Rosas, basado en las tácticas monopolísticas de la ley española colonial, no entiende ni permite el comercio, excepto cuando esté amparado a los aranceles proteccionistas y sujeto a rigurosas regulaciones". Desgraciadamente para Rosas, él había logrado amalgamar una fuerte alianza opositora que incluía a Brasil y Uruguay, así como al General Justo José de Urquiza, quien comandaba las fuerzas que lo derrocarían en 1852. A raíz de esto, el otrora hombre fuerte de Argentina tuvo que salir y exilarse en Inglaterra. A pesar de su ignominiosa caída, Rosas logró unificar las dispersas provincias, creando una Argentina unificada. Desde el momento en que fue derrocado, se convirtió en una figura legendaria; los nacionalistas lo adoptaron como el prototipo del patriota argentino, que luchó por el desarrollo nacional en contra de las fuerzas externas que trataban de evitar que Argentina llegara a consolidarse como una verdadera república. Rosas se parecía a Diego Portales en Chile, o a Agustín de Iturbide en México, quienes, en la década posterior a la proclamación de la independencia, se convirtieron en los hombres fuertes con poderes autocráticos. Rosas logró mantenerse en el gobierno durante más tiempo que Portales e Iturbide.

Con el gobierno de Rosas, muchos intelectuales como Domingo Faustino Sarmiento y Esteban Echeverría, se vieron forzados a abandonar el régimen represivo. Ellos detestaban el éxito político de mano dura alcanzado por este líder gaucho. Sarmiento lo describía como "el hombre que había aplicado el cuchillo del gaucho a la cultura de Buenos Aires, y había destruido el trabajo de siglos de civilización, orden y libertad". Estos intelectuales soñaban con el día en que ellos pudieran tomar el control de Argentina y encaminar el país hacia un gobierno liberal representativo. Con la caída de Rosas en 1852, tuvieron su oportunidad.

El poder fue asumido por Justo José de Urquiza, federalista del interior del país. Empezó su mandato convocando a una asamblea constituyente que promulgó la constitución de 1853, según el modelo de Estados Unidos. Se trataba de un sistema federal, en el cual el presidente era electo por un colegio electoral, cuyos miembros eran elegidos popularmente. El gobierno federal estaba constituido por dos cámaras: la Cámara de Diputados, elegidos por voto directo, y el Senado, elegido por un cuerpo legislativo provincial. Las provincias conservaron todos los poderes, que no habían sido específicamente otorgados al gobierno nacional, aunque mediante una disposición se abrió un portillo que autorizaba al gobierno a intervenir en las provincias cuando la situación lo ameritara.

La controversia sobre la condición de la ciudad de Buenos Aires quedó sin resolverse. La provincia de Buenos Aires protestó contra la nacionalización de la ciudad en la nueva Constitución y se negó a unirse a la nueva Confederación.

La provincia se levantó en armas y pronto fue forzada a capitular, después de una pequeña guerra civil en 1859. Dos años más tarde, la provincia de Buenos Aires comandada por Bartolomé Mitre se sublevó y logró alcanzar el control de la Confederación.

En 1862 Mitre, como presidente del país, lanzó una nueva campaña para la unificación de Argentina. Durante las dos siguientes décadas el poder se mantuvo en las manos de los liberales; así Mitre fue sucedido por Domingo Sarmiento, autor de *Facundo (1845)*, reconocido como el más famoso ataque literario al gaucho de corte caudillista. Sin embargo, su verdadero ataque estaba dirigido a Rosas, puesto que Sarmiento debió permanecer en el exilio durante su administración. Domingo Sarmiento creía ardientemente en el estilo de educación pública estadounidense y exhortó a los argentinos a seguir el modelo utilizado en Estados Unidos. La atención centrada en estos asuntos fue interrumpida por la guerra con Paraguay (1865 a 1870), durante la cual esta pequeña república logró mantener fuera a Argentina, Brasil y Uruguay durante cinco años. El mal intencionado propósito de Paraguay, a través de su dictador Francisco Solano López, era ejercer un monopolio que controlara el acceso a la importante cuenca del Río Paraná.

El tercer presidente liberal fue Nicolás Avellaneda. Durante su gobierno (1874-1880) Argentina logró su última y mayor conquista territorial: las guerras indias. Las provincias al sur y al oeste de la capital eran objeto de constantes ataques indios. Un ejército bajo el mando del general Julio Roca dominó o exterminó las bandas de indios. En 1880 también se logró solucionar el viejo

problema sobre la condición de la ciudad de Buenos Aires, desligándola de la provincia, algo similar a lo que se había hecho con el Distrito de Columbia en los Estados Unidos, pero a sus habitantes se les otorgaron todos los derechos de voto en las elecciones nacionales.

Hacia 1880 Argentina había entrado en una era de considerable crecimiento económico sostenido. Desde la expulsión de Rosas, los liberales habían gozado de suficiente tiempo en el poder para sentar las bases de la rápida integración de su país a la economía mundial. El líder era ahora el general Roca, héroe de "la conquista del desierto". El simbolismo no podía ser mejor: el hombre que había luchado contra los indios precedía ahora la europeización de una república sudamericana.

La élite política tenía pocas dudas acerca de su misión. Como sus colegas en Brasil y México, los políticos e intelectuales argentinos se consideraban a sí mismos los llamados a aplicar los principios de la ciencia y la filosofía europeas, en vista de que creían en el liberalismo tanto económico como político. Citaban con frecuencia la pseudociencia de Herbert Spencer, y sostenían que si la aristocracia gobernaba en Argentina era el resultado de una selección natural. Dominados los indígenas y los gauchos, la élite se sentía segura para buscar fuentes de riqueza, y por lógica liberal, enriquecían a su país.

## **Una visión general: crecimiento económico y cambio social**

El éxito económico de Argentina entre el período de 1880 y 1914 se fundamentaba en su capacidad de suplir los bienes agrícolas que se necesitaban en la sociedad industrial del norte del Atlántico. Con la Revolución Industrial Europa Occidental, y particularmente Inglaterra, se había convertido en un importador neto de productos alimenticios. Argentina tenía una ventaja comparativa al producir dos artículos: carne y granos. Importantes avances tecnológicos habían hecho posible el embarque de productos alimenticios a muchos miles de kilómetros, desde Buenos Aires a Londres y a Antwerp. Uno era el barco de vapor que, además de más rápido, navegaba a un ritmo más constante que el de velas. El otro era el proceso de enfriamiento de la carne, cuyas plantas se llamaban frigoríficos; este proceso hacía que la carne fuera más gustosa y de mejor calidad que la preservada por medio del secado.

Gracias al recurso natural de sus pampas, consideradas entre las tierras más fértiles del planeta, este era el lugar ideal para suplir los productos alimenticios. Sin embargo, carecían de dos recursos esenciales, capital y mano de obra. Pronto Inglaterra, principal socio comercial de esta nación, envió el capital en forma de inversiones en los ferrocarriles, los muelles, las compañías empacadoras y los servicios públicos. También el capital llegó a Argentina con el establecimiento de las compañías inglesas que manejaban los embarques, los seguros y los bancos. De hecho, casi toda la infraestructura del sector

exportador fue financiada por los ingleses. Este flujo de capital era exactamente lo que la elite política veía como esencial para el desarrollo de su país.

El otro factor económico escaso era la mano de obra; en este caso la solución también vino de Europa, aunque no de Inglaterra. La tan necesitada mano de obra llegó a Argentina procedente del sur de Europa, en especial de Italia. Entre 1857 y 1930 Argentina recibió una inmigración neta (inmigrantes menos emigrantes) de 3,5 millones de personas. Esto significó que durante este tiempo cerca del 60% del aumento total de la población fue atribuido a la inmigración. De estos inmigrantes cerca del 46% eran italianos y 32% españoles. El efecto demográfico de la inmigración sobre Argentina fue más grande que en cualquier otro de los grandes países del hemisferio. Hacia 1914 aproximadamente un 30% de la población había nacido fuera de Argentina. (Otro ejemplo de este fenómeno sucedió en Estados Unidos, considerado como otro paraíso para los inmigrantes europeos, donde casi el 13% de la población había nacido en otros países). Esta situación trajo como resultado que Argentina se convirtiera en un país distintivamente europeo, lo que creó una tensión entre los argentinos al tratar de buscar su propia identidad nacional.

La fuerza laboral proveniente de las inmigraciones fue un excelente ejemplo de rotación laboral. Los trabajadores eran contratados y despedidos principalmente sobre bases económicas, con un notable movimiento entre Italia y las pampas, con lo cual se ganaron el nombre de "golondrinas". También existió un movimiento entre el campo y la ciudad dentro del territorio nacional,

pero se debe hacer notar que Buenos Aires siempre atrajo la mayor parte de los inmigrantes extranjeros.

Durante esta época el nivel de industrialización fue modesto. Sin embargo, ese modelo no significó una amenaza al modelo básicamente agroexportador de la economía. Gran parte de la industria procesaba productos del campo, como lana y carne, de manera que los intereses de los industriales se identificaban con la agricultura.

El rápido crecimiento económico durante el período entre 1880 y 1914 tuvo profundas implicaciones sociales. En la cima de la pirámide se encontraba la elite dueña de las tierras; los gauchos y los trabajadores asalariados se encontraban de últimos. A raíz de la épica ola de inmigraciones, la población nacional pasó de 1.7 millones de habitantes en 1869 a 7.9 millones de habitantes en 1914. Nuevos nichos económicos aparecieron con el auge de la economía. Los inmigrantes, de primera instancia, llegaban a las fincas, pero con frecuencia se mudaban a las ciudades. Los italianos y españoles llegaron como colonos, arrendatarios de parcelas y trabajadores rurales. Otras fuentes de trabajo se abrieron en el sector urbano; en transporte, especialmente en los ferrocarriles, plantas procesadoras, y en la industria de los servicios, tales como bancos, y el gobierno. La explotación de la riqueza agrícola argentina produjo una intrincada red de intereses económicos y éstos contribuyeron a la creación de una compleja economía rural-urbana.

De esta forma, la economía argentina entró en una época de oro. La creciente prosperidad estaba basada en la exportación de carne y granos, y en

la importación de artículos manufacturados en el exterior. Entre 1860 y 1914 el producto interno bruto creció a una tasa anual de por lo menos un 5% (la información exacta sobre el período anterior a 1900 es imprecisa). Esta tasa de crecimiento permanente es una de las más altas que se haya registrado en cualquier país. A partir de 1880, el comercio crecía en forma continua, al tiempo que los estadistas exponían, en forma optimista, las virtudes del progreso y del crecimiento comercial. Para algunos, Argentina, bien dotada con recursos naturales, había emprendido un camino interminable hacia la expansión.

Sin embargo, el país tuvo que pagar un precio por tal éxito. La integración de Argentina en la economía mundial significó que las bruscas fluctuaciones de los mercados internacionales traerían severas repercusiones al país. Una disminución en la demanda europea de productos alimenticios trajo consigo una reducción en las exportaciones, lo cual provocó una caída que afectó toda la economía nacional. Un destino similar ocurrió en Australia, otro exportador de productos agrícolas de clima templado. El valor en moneda local de las exportaciones argentinas sufrió una variación considerable entre 1915 y 1939, tal y como se muestra en el Cuadro 3-1. Su valor subió durante la Primera Guerra Mundial, bajó en la primera parte de la década de 1920, y siguió fluctuando en la década de 1930 durante la Gran Depresión. Esta fue una de las formas en que Argentina, al igual que los otros países exportadores latinoamericanos, desarrolló una dependencia económica de los centros industrializados del sistema mundial. Durante esta época de dependencia del

comercio, la condición de la economía estaba ampliamente determinada por las tendencias y decisiones originadas fuera del país.

El mercado internacional de carne y granos mostró una estabilidad relativa en comparación con la demanda de otros bienes tales como el azúcar y el café (como lo veremos más adelante). El mercado de la carne, en particular, se mantuvo muy estable durante la década de 1930. Después de recuperarse de una sequía y otros reveses, la demanda del trigo y otros cereales aumentó. Argentina recibió un duro impacto producto de la Depresión, pero éste no fue tan acelerado ni tan fuerte como el que sufrieron otros países de América Latina.

### **Cuadro No. 3-1**

#### **Exportaciones e Argentina de 1915 a 1939 (en miles de pesos)**

En el panorama financiero apareció otra forma de dependencia económica, ya que el sistema bancario argentino estaba periódicamente ligado al patrón oro. Las fluctuaciones comerciales a corto plazo provocaron bruscos cambios en las reservas de oro, de manera que las disponibilidades monetarias locales se contraían y se expandían, con lo que la economía de este país estaba supeditada a los movimientos de las monedas extranjeras.

Otro problema ligado a la economía mundial que impuso serios problemas fue el papel determinante que desempeñaron los capitales y los empresarios extranjeros. El auge económico de Argentina, así como las garantías ofrecidas por su gobierno atrajeron el flujo de capitales de otros países. Entre 1900 y 1929, el 35% de la inversión total en activos fijos del país

procedía del extranjero. Inglaterra era el país con mayores inversiones, seguido por Francia y Alemania. Este alto grado de participación extranjera en la economía eventualmente se convirtió en el primer objetivo del movimiento nacionalista económico. La dependencia de los recursos extranjeros también contribuyó a crear una polémica constante: una permanente resistencia a creer que Argentina podría albergar, algún día, la esperanza de tener una economía más autosuficiente, principalmente en la industria.

El modelo de crecimiento basado en la exportación de recursos y la importación de suministros creó desigualdades en el ámbito local, en especial entre las diferentes regiones geográficas. Mientras la prosperidad era la tónica en las pampas y en Buenos Aires, el estancamiento lo era en otras regiones del interior. Las provincias al centro y al noroeste, tales como Jujuy, La Rioja, Santiago del Estero y Salta, se vieron afectadas por un descenso económico y una desintegración social. Gracias a la producción de vino y azúcar, Mendoza, Tucumán y Córdoba escaparon de esta situación. Durante todo el siglo XIX el interior del país había luchado para evitar convertirse en subordinados de Buenos Aires; sin embargo esto no fue posible, y el precio de su fracaso fue la pobreza.

Por supuesto que las desigualdades también existían en las regiones prósperas. En las zonas rurales, los ricos estancieros construyeron elegantes mansiones, mientras que los hijos de los inmigrantes, que llegaron como arrendatarios de parcelas, y los obreros locales desplazados apenas lograban sobrevivir. En las ciudades, sobre todo en Buenos Aires, los elegantes y bien

vestidos aristócratas se reunían en sus clubes de estilo europeo, mientras que los trabajadores luchaban por proteger a sus familias de la inflación, la cual siempre parecía ir un paso adelante de sus salarios. El auge argentino, como muchos otros en los países capitalistas de esta época, dio paso a un considerable ascenso en la movilidad, pero también alimentó grandes discrepancias en cuanto a los ingresos, que desembocarían en tensiones políticas y sociales.

También se manifestaron tensiones de tipo cultural en todo el territorio. A medida que se experimentaba un sorprendente auge en el crecimiento económico, se hizo evidente que los argentinos no tenían una idea clara de su identidad como nación. Carecían de una conciencia nacional bien definida, debido a que la ola de inmigrantes, en su mayoría concentrados en Buenos Aires, había acentuado el viejo contraste entre la ciudad capital, densamente poblada, europeizada y cosmopolita, y la sociedad del vasto y rudo interior, poco poblado, y en general orientada hacia la crianza de ganado. Este contraste se reflejaba en las agrias disputas entre los liberales y Rosas, a quien se consideraba como la reencarnación del viejo gaucho, quien no tenía la capacidad para construir, sino más bien para destruir una nación civilizada.

A principios del siglo xx este dogma liberal fue cuestionado por una nueva generación de escritores nacionalistas de la talla de Ricardo Rojas, quien en sus propias palabras proclamó: "...despertar a Argentina de su letargo". Rojas sostuvo que las verdaderas fuentes autóctonas eran los indios y la tierra. Este escritor y otros nacionalistas consideraban el libro *Martín Fierro*, el clásico

poema sobre el gaucho, (el cual apareció por primera vez en 1872) como un documento realmente auténtico para la creación de una conciencia nacional.

Una de las obras más famosas de esta tradición nacionalista expresada por Rojas fue *La estampa de la pampa* (1933), de Ezequiel Martínez Estrada, sustancioso enjuiciamiento de la elite argentina por haber tratado de encubrir la realidad del país con los atavíos de la civilización europea. Sin embargo, Martínez Estrada le agrega otro dualismo: "El hipódromo y el estadio de fútbol se convirtieron en dos partidos políticos. El primero es símbolo de aventura, inestabilidad, ambición, centralismo y monarquía. El otro representa trabajo, lucha apasionada, discusiones de comités, caos y democracia. El *Club Jockey* y las asociaciones deportivas apoyan tendencias opuestas y reclutan fuerzas antagónicas".

Mientras tanto la ciudad capital desarrollaba su propia cultura. La mayor influencia extranjera era la italiana. En los muelles emergió un dialecto único, conocido como el *lunfardo*, mezcla de español e italiano. Era un fenómeno estrictamente de la clase obrera, como lo fue el tango, la famosa danza sensual y la música que lo acompañaba, originalmente nacida en los suburbios de Buenos Aires (algunos piensan que nació en los burdeles). Este sensual baile alcanzó su condición de respetable, después de que se convirtiera en una sensación en París, en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Para la década de 1920 el tango había sido adoptado por los círculos argentinos más respetables, y su música se elevó a la categoría de arte en la persona de Carlos Gardel, el inmortal compositor y cantante de tango rioplatense. Su muerte, en

un accidente aéreo en 1935, causó el más grande despliegue de dolor jamás visto en Buenos Aires. Conforme avanzaba la década de 1930, la cultura popular estadounidense empezaba, a pasos agigantados, a penetrar las urbes argentinas, pese a la furia de los nacionalistas intelectuales.

Uno de los efectos sociales más cruciales de la expansión argentina fue el hecho de que el país no desarrolló un campesinado, por lo menos no en las áreas de pastoreo de las pampas y en las provincias costeras más importantes. La Conquista del Desierto de la década de 1870, eliminó casi por completo la población indígena, y la tierra fue distribuida en grandes propiedades, especiales para la crianza de ganado y el cultivo de granos, al contrario de lo sucedido con la política de distribución de tierras en las grandes praderas de Estados Unidos, donde la distribución fue hecha entre las familias de los campesinos o entre pequeños granjeros. La crianza de ganado de engorde no demandaba mucha mano de obra, dado que el alambre de púas era suficiente para manejar los hatos. Por otro lado, el trigo era cultivado generalmente por los extranjeros, quienes tomaban en arrendamiento las tierras, y por lo tanto, no constituían un grupo social influyente. Como resultado de esto no existió en Argentina un campesinado, tal y como se desarrolló en México, Chile o la parte noroeste de Brasil.

Este hecho tendría implicaciones mayores. Significó, por ejemplo, que la reforma agraria no se convertiría en un asunto de vital importancia y simbolismo, como lo fue en México; no era que la tierra estuviera bien

distribuida en Argentina, sino que no había gente que tuviera sus raíces en el agro, que hicieran reclamos históricos sobre la tierra.

Más aún, la ausencia de un campesinado significó que no existía una fuerza que formara una base de poder, y quizás más importante, no había un campesinado que formara coaliciones con otros grupos sociales. Los dueños de la tierra, cuando se les emplazaba, no podían recurrir a la ya comprobada (aunque paradójica) alianza con el campesinado, como ocurría, con frecuencia, en otros países. Tampoco los obreros urbanos podían reclutar campesinos en la bien extendida guerra entre la "clase popular" y el sistema social en general.

Sin embargo, en las grandes ciudades, los obreros asalariados eran numerosos y bien organizados. De acuerdo con un estimado, a principios del siglo xx los obreros industriales representaban casi el 60% de la población de Buenos Aires; además, cerca de tres quintas partes de la clase obrera eran inmigrantes, quienes mantenían la ciudadanía de sus países de origen, principalmente Italia y España.

### **Fotografías insertas** **Pie de foto**

Esta diferencia en las condiciones de vida refleja la brecha social que acompañó la expansión económica de Argentina después de la década de 1880. *Arriba*. Lujosas residencias de familias aristócratas de Buenos Aires. *Abajo*. Viviendas temporales para los trabajadores en el área portuaria de la ciudad alrededor de 1910 (Cortesía del Archivo General de la Nación, Buenos Aires).

Los primeros intentos por organizar las masas obreras estuvieron marcados por precedentes europeos; en las décadas de 1870 y 1880 los

anarquistas europeos y los exilados socialistas empezaron a constituirse como movimiento, y para 1895 se había fundado el Partido Socialista. Los socialistas copiaron el modelo europeo de un partido parlamentario, claramente comprometido con una estrategia electoral y evolutiva. Para 1900 se esperaba que el Partido Socialista se hubiera convertido en una importante voz política de la clase obrera; sin embargo, no logró atraer a los obreros inmigrantes; y los alegatos socialistas a favor de una reforma por medio del sistema político cayeron en oídos sordos.

La clase obrera urbana se mostró receptiva a otro mensaje: el anarquismo. La Federación Obrera Regional Argentina (FORA) atrajo la imaginación de los obreros con su llamado a una acción directa. Las huelgas locales y generales patrocinadas por la FORA lograron preocupar al gobierno, para el cual los problemas laborales eran organizados por agitadores extranjeros. Por lo tanto, en 1902 el Congreso pasó la ley conocida como "Ley de Residencia", la cual habilitaba al gobierno a deportar extranjeros cuyo comportamiento "comprometiera la seguridad nacional o causara disturbios en el orden público", como por ejemplo, la participación en las huelgas. Esta fue una acción instintiva de los legisladores, quienes se negaban a aceptar el hecho de que un conflicto de clases pudiera originarse entre verdaderos patriotas argentinos.

Unos cuantos políticos en el poder decidieron probar otras alternativas. En 1904 Joaquín V. González propuso un Código General de relaciones laborales, que controlara efectivamente los movimientos laborales. Los conservadores

inmediatamente atacaron el proyecto, ya que se oponían al derecho de los trabajadores a organizarse. Por su parte, las fuerzas laborales, encabezadas por los anarquistas, se oponían a este proyecto porque su temor era que cualquier sistema gubernamental se empleara contra ellos. Esta combinación de fuerzas acabó con este proyecto, eliminando la posibilidad de crear un sistema oficial de relaciones laborales.

Los líderes políticos continuaron sus esfuerzos por lograr el control sobre la fuerza laboral. En 1907 el Congreso creó el Departamento de Trabajo, e invitó a las principales confederaciones de trabajadores, incluida la FORA, a participar en un tribunal destinado a resolver los conflictos laborales. Sin embargo, las organizaciones laborales se negaron a participar, para no apoyar al "corrupto gobierno burgués". Una vez más el movimiento laboral argentino no lograba incorporarse a un sistema de relaciones laborales dominado por el gobierno.

Mientras tanto, los anarquistas continuaban en su lucha por organizarse. Sus esfuerzos culminaron en 1910, con la conmemoración del Centenario de la Declaración de la Independencia, fecha en la cual se había planeado una gran celebración pública para glorificar el progreso de Argentina. Sin embargo, los anarquistas tenían otros planes; ellos como fuerza oponente de la elite liberal, pretendían elevar sus protestas contra la farsa de un modelo de progreso al estilo europeo. La oligarquía y la clase media se mostraron indignados con la amenaza de disturbios en una celebración patria. Los manifestantes llenaron las calles y plazas, para ser luego aplastados y dispersados por cientos de

policías. La meta de los anarquistas se había alcanzado con creces: la represión gubernamental marcó completamente este día. La reacción contra los manifestantes llegó hasta el Congreso, que aprobó la ley llamada "Ley de Defensa Social", de manera que se hacía más fácil el arresto y enjuiciamiento de los organizadores de los movimientos laborales, con lo cual empezó una persecución contra los líderes de los manifestantes urbanos.

Esta situación fue el golpe de gracia contra el anarquismo argentino, pero no contra las protestas urbanas. Las huelgas en Buenos Aires alcanzaron otro pico entre 1918 y 1919, y oscilaron de tiempo en tiempo después de este incidente (Gráfico 3-2). Aún más significativa, todavía fue la persistencia y continuidad de la agitación laboral a lo largo de la década de 1950. Muy a principios de siglo surgieron, como actores principales en la sociedad argentina, los movimientos laborales organizados.

## **El sistema político: consenso y reforma**

Los políticos liberales, conocidos más tarde como la "Generación de 1880" (nombre que recibieron debido al año en que surgió este movimiento), obtuvieron su poder político de diferentes fuentes. En primer lugar, eran miembros, o muy allegados, de la clase terrateniente, fuente de la riqueza argentina. En segundo lugar, habían logrado monopolizar los instrumentos del poder estatal: controlaban el ejército y las elecciones, recurriendo al fraude electoral cuando fuera necesario; también controlaban el único partido político

auténtico: el Partido Autonomista Nacional (PAN). Las decisiones nacionales más importantes se tomaban por “acuerdo” o por un consenso informal entre oficiales del poder ejecutivo. En este punto, los liberales dejaron de lado un aspecto fundamental del modelo británico/estadounidense: el papel central desarrollado por el cuerpo legislativo, al cual Argentina le había dado poca importancia en este período.

A primera vista pareciera que este sistema político hubiera servido muy bien a los intereses del grupo agroexportador, que sacó provecho de la expansión posterior a 1880; sin embargo, los aristócratas, que controlaban la situación, no quedaron sin ser cuestionados. Nuevos ricos emergieron, con la expansión de la prosperidad, tanto en el campo como en la ciudad, que permitió alimentar el descontento político en tres diferentes grupos: 1. los nuevos y prósperos dueños de tierras del litoral norte; 2. las viejas familias aristócratas, en su mayoría del interior de la república, quienes no habían podido beneficiarse con el auge agroexportador; y 3. los miembros de la clase media, económicamente prósperos, pero excluidos del poder político.

Estos tres grupos se unieron para crear el Partido Radical, que desempeñaría un importante papel en la política del siglo xx. En 1890, al tiempo que el país entraba en una corta pero severa crisis económica, estos grupos intentaron una revuelta armada, la cual terminó con un acuerdo. Sin embargo, dos años después algunos líderes intransigentes formaron la Unión Cívica Radical (UCR). Incapaces de lograr avances electorales con respecto al fraude, que se practicaba en forma rutinaria por los políticos en el poder,

recurrieron en dos ocasiones más a los movimientos armados, pero ambas rebeliones fracasaron. A pesar de esto, los radicales encabezados primero por Leandro Alem y después por Hipólito Yrigoyen, mantuvieron su obstinada lucha por alcanzar el poder político. Con respecto a las metas económicas, los radicales en general participaron con éxito en la economía agroexportadora, y se encontraban profundamente comprometidos con este modelo económico. Además, este grupo quería participar en la dirección política de la sociedad argentina.

### **Gráfico 3-2**

#### **Huelgas y participación de huelguistas en Buenos Aires, 1907-1972**

No todos los oligarcas apoyaban la posición gubernamental de mantener a los radicales fuera del poder. El ala más culta de esta oligarquía salió victoriosa en 1911, cuando el presidente Roque Sáenz Peña propuso una reforma electoral aprobada en 1912. La Ley establecía el sufragio masculino universal, y el voto secreto y obligatorio. Con esta medida el electorado aumentaba en forma sustancial, en especial en las ciudades. Esta legislación era un audaz intento para buscar una participación conjunta por parte de la oligarquía. Sáenz Peña y sus colaboradores pensaban que los organizadores del movimiento laboral y de la clase obrera eran la verdadera amenaza, y no la clase media que cooperaría una vez incorporada al sistema. Los líderes políticos argentinos actuaban de modo parecido a sus colegas británicos del siglo XIX, quienes tres veces aprobaron reformas electorales para aumentar la participación y, por lo

tanto, incorporar nuevos sectores sociales dentro del ya establecido juego político.

La reforma electoral de Sáenz Peña extendió así el voto a los frustrados ciudadanos de la clase media. En forma inmediata, los bien organizados radicales se aprovecharon de las nuevas regulaciones y lograron llevar al poder a su viejo líder, Hipólito Yrigoyen, quien fue electo presidente en 1916. ¿Era esto el principio de una nueva era?

Al inicio de su mandato, el gobierno puso a prueba su posición en cuanto a la clase obrera. Los radicales tomaron una postura distinta a la de sus predecesores y se mostraron verdaderamente preocupados por la clase trabajadora, debido, en parte, a que ellos esperaban ganar posibles votos en su lucha conjunta con los conservadores. Al aflorar los conflictos laborales, el gobierno de Yrigoyen adoptó una posición que parecía favorecer a la clase obrera. Los líderes laborales tomaron esto como un avance, aunque dependería, en buena medida, de las acciones que tomara el gobierno en cada caso.

La crisis surgió entre 1918 y 1919, cuando el mundo occidental fue víctima de los movimientos huelguistas. Las acciones, que a menudo incluían huelgas generales, eran dirigidas, con frecuencia, contra el Estado y los patronos. La situación se convirtió en una confluencia de quejas específicas y una hostilidad generalizada. En Argentina los obreros protestaron debido a la reducción del poder adquisitivo de sus salarios, a consecuencia de la inflación producida por la Primera Guerra Mundial. Los precios de los alimentos

aumentaron bruscamente, estimulados por la demanda europea; pero el aumento en los salarios se rezagó. Esta situación trajo consecuencias desfavorables para los trabajadores de Buenos Aires. Los líderes sindicales convocaron a una serie de huelgas para finales de 1918. A principios de 1919 consideraron propicio el momento para una huelga general; el instrumento sindicalista para derrocar el estado burgués.

Esta concepción tuvo trágicos resultados. El gobierno de Yrigoyen decidió actuar con firmeza y los efectos fueron similares a los ocurridos en 1910. Se desató una histeria antiobrera provocada por un recién creado movimiento paramilitar civil ultraderechista, conocido como la Liga Patriótica Argentina. Este movimiento utilizó en su provecho el temor de las clases alta y media hacia la amenaza de la clase popular. Los miembros de la Liga tomaron las calles para atacar a los obreros, lo cual se convirtió en una verdadera lucha de clases donde reinaba la violencia. Cientos de manifestantes fueron heridos. Una vez más, los líderes laborales fueron reprimidos, pero esta vez la acción la llevaron a cabo los radicales. Los sindicalistas y los líderes anarquistas que todavía quedaban fueron los que más sufrieron.

Los movimientos laborales organizados no desaparecieron, aunque los anarquistas fueron derrotados y los sindicalistas debilitados. Dos nuevas corrientes ideológicas empezaron a abrirse camino entre los obreros de este país: el socialismo y el comunismo. Los socialistas hacían hincapié en la acción política, cifrando sus esperanzas en que el Partido Socialista pudiera llevar a cabo cambios en el sistema capitalista argentino. Los comunistas, por otro

lado, apostaron a los movimientos laborales sindicalistas más que a las papeletas electorales, y pronto lograron un modesto avance al escalar posiciones claves en los sindicatos.

La década de 1920 no fue de gran beneficio para los líderes laborales. Los salarios reales aumentaron en forma continua, pero no debido a la presión de los sindicatos; por el contrario, las mejoras salariales habrían socavado la sindicalización. La relativa ausencia de conflictos (como se muestra en el gráfico 3-2) también dio como resultado que el gobierno eludiera crear un modelo para las relaciones laborales. Para 1930 los movimientos obreros organizados se habían convertido en protagonistas de poca importancia dentro de la escena nacional.

En el otro extremo del espectro político, se encontraban los conservadores, quienes habían cifrado sus esperanzas en que la reforma electoral de Sáenz Peña hiciera posible la coparticipación con los radicales. Sin embargo, tales anhelos pronto se desvanecieron. En vez de mantener la tradición de acuerdo por consenso, la reforma electoral trajo cambios básicos en el sistema político.

Primero, el electorado había crecido en forma continua. Todos los hombres argentinos mayores de 18 años tenían derecho al voto de manera que para 1912 cerca de 1 millón de personas cumplían con este requisito. Para 1946 este aumento alcanzó 3,4 millones de votantes. La participación era alta, ya que el sufragio era obligatorio y los fraudes se habían minimizado; entre el 70% y el 80% de los electores participaban en los comicios presidenciales. Las

elecciones fueron bastante reñidas; los ganadores pocas veces obtenían más del 60% de la votación. Este porcentaje relativamente alto de participación ciudadana (solo los hombres participaban) distinguió a Argentina de los grandes países latinoamericanos, como Brasil o México, en donde un electorado bastante más limitado reflejaba un índice menor de educación, y sistemas políticos más cerrados.

Esta participación electoral tuvo otro fruto con repercusiones: los partidos políticos alcanzaron un lugar importante. Durante la generación de 1880, éstos eran casi inexistentes; pero, después de 1912, se convirtieron en medios decisivos para la lucha organizada por el poder. Los partidos, a su vez, produjeron una nueva elite política: profesionales de clase media que hicieron de la política una carrera, y cuyo foro preferido era el Congreso Nacional.

A pesar de la innovadora reforma electoral de Sáenz Peña para su época en América Latina, ésta, todavía restringía el sistema político en sus lineamientos básicos. Concentraba la participación únicamente en los ciudadanos masculinos, ya que no sólo excluía a todas las mujeres, sino que también dejaba por fuera a por lo menos la mitad de los hombres adultos, quienes todavía mantenían sus ciudadanía extranjeras. Pocos inmigrantes se naturalizaban, ya que la mayoría no pensaba establecerse en forma permanente en Argentina y, por lo tanto ni siquiera lo intentaban. Quienes sí procuraban obtener la nacionalidad eran generalmente vencidos por el laberinto de procedimientos y tácticas obstruccionistas, que en forma deliberada fueron impuestos por los funcionarios gubernamentales. La reforma tendía a beneficiar

a la clase media a expensas de los sectores populares, ya que los inmigrantes con ciudadanía extranjera eran más numerosos entre la clase obrera.

El resultado práctico de todos estos cambios era mantener a los conservadores fuera del poder. Los radicales, quienes dependían de sus bases populares y empleaban su maquinaria de tácticas, mostraron una continua supremacía electoral: Marcelo T. de Alvear llegó a la presidencia en 1922, Yrigoyen fue reelecto en 1928; además los radicales dominaban ambas cámaras en el Congreso. Las intensas luchas partidistas fueron reemplazando las transparentes alianzas de partido. El advenimiento de los políticos de clase media amenazó con ponerle fin a las distinguidas maniobras intraclasisistas. El sistema político en sí mismo se convirtió en una amenaza para el sistema socioeconómico, aún cuando no existieran grandes desacuerdos sobre diferentes políticas. La amenaza del sistema político se reflejaba tanto por la hegemonía de los profesionales políticos, como por la centralización del poder político dentro de un Estado cada vez más autónomo. Para los conservadores y sus aliados, el experimento argentino de una democracia limitada se convertía en algo peligroso y desagradable.

La tensión en la esfera política se exacerbó por la crisis económica mundial de 1929, pese a que los efectos de esta crisis tardaron en llegar a Argentina, y cuando se hicieron presentes, éstos no fueron tan devastadores como en otros países. El precio y las exportaciones de carne se mantuvieron hasta 1931. El mercado del trigo sufrió gravemente, pero no debido a la crisis mundial, sino producto de una sequía. Además, los hacendados tenían poca

influencia en el panorama político debido, en parte a que la mayoría eran inmigrantes no naturalizados (cerca del 70% en 1914). En 1930 los salarios reales experimentaron un leve descenso y el desempleo empezó a aumentar; sin embargo, la agitación laboral era moderada (ver gráfico 3-2). La Gran Depresión, sin duda alguna, dejó al descubierto la debilidad del sistema político, pero no era suficiente por sí sola como para desembocar en un golpe de estado.

## **El pasado vuelve con los militares**

El 6 de setiembre de 1930 una coalición de oficiales militares y de aristócratas civiles expulsaron al presidente Yrigoyen, alegando que su gobierno era ilegítimo, e instauraron un régimen provisional. ¿Quiénes eran estos soldados? ¿Cómo habían logrado intervenir en lo que parecía ser un orden constitucional que funcionaba sin sobresaltos?

La respuesta se puede encontrar parcialmente en la historia de las fuerzas armadas. Los liberales que habían llegado al poder en 1852, creían que un ejército profesional era indispensable para el desarrollo. En el siguiente ejemplo podemos ver la omisión de elementos con carácter denigrante.

*On both the economic and political fronts, Frondizi decided to take major gambles. The risks were great, but so were the potential rewards.(TO, 94).*

*Tanto en el campo económico como en el político, Frondizi decidió asumir grandes riesgos, que podrían traer potenciales recompensas.*  
(TT, 44)

En este párrafo la traductora hace dos oraciones, la segunda como una subordinada de la primera. La traducción de *great gambles* con el sentido de juego de azar, donde se hubiera podido traducir como “apostó a grandes cambios”, se omite el sentido de “apostar” o “juegos de azar, y se utiliza en español como “asumir riesgos”, para eliminar el sentido de que el presidente Frondizi podría no saber lo que estaba haciendo y decide jugar el destino de su país apostándole a ciertas medidas económicas. Esa, por supuesto, no es la imagen que se pretende mostrar en la versión traducida: un presidente que estaba haciendo lo posible por lograr el tan deseado equilibrio que Argentina necesitaba. Una oración anterior, los autores hacen alusión a la talla del presidente Frondizi, cuando lo comparan con grandes líderes latinoamericanos:

*The new president seemed to be from the same mold as other democratic reformers then making their mark in Latin America, such as Eduardo Frei of Chile and Juscelino Kubitscheck of Brazil. (p, 94).*

Si Frondizi tenía la talla de estos grandes hombres no es congruente, por lo tanto, que tomara la dirección de un país como un juego de apuestas. Además, en el texto fuente en la siguiente oración se menciona la palabra *risks*.

Entonces, se toma este concepto y se usa para verter el mensaje de que las medidas que el presidente tomaría implicaban grandes riesgos

del país; además, querían contar con un ejército bien entrenado para dominar a los caudillos provinciales y mantener el orden, necesario para un crecimiento económico.

Con este propósito se establecieron dos escuelas profesionales de entrenamiento: el Colegio Militar (1870) y la Escuela Naval (1872), las cuales permanecerían como escuelas de entrenamiento básico para los oficiales. Como cualquier otro ejército latinoamericano, los argentinos copiaron los modelos europeos. En 1899, el general Roca y sus colaboradores negociaron la visita de una misión alemana para entrenar al personal militar en el uso de la tecnología militar moderna; esta colaboración con Alemania duraría 40 años.

El aumento en el profesionalismo del ejército cambió el panorama de los cuerpos oficiales. Hacia 1910 había tenido lugar una modificación en los criterios de promoción: antigüedad y dominio de la nueva tecnología, fueron los parámetros utilizados, en vez de favoritismos políticos. Al mismo tiempo, se dio un cambio en el control de las promociones: éstas ya no provenían de la presidencia de la república, sino que la decisión estaba a cargo de un comité militar conformado por comandantes de división del ejército y presidido por un general del más alto rango. El ejército fue capaz, por lo tanto, de desarrollar un nuevo sentido de su propia eficiencia, al tiempo que adquiría mayor autonomía institucional.

Los méritos cobraron importancia, y se convirtieron en el medio para que los hijos de la pujante clase media se labraran sus carreras militares. No fue sorprendente que esta corriente rápidamente incluyera a inmigrantes, en especial de Italia. El servicio militar ofrecía una oportunidad para mejorar su situación social; exitosos reclutas se abrían paso a lo largo de la jerarquía y fueron desarrollando gran devoción al ejército como institución, con lo que se convirtieron en celosos guardianes de su independencia, honor y reputación profesional. El lado contrario de esta lealtad se manifestó en una profunda desconfianza hacia las personas ajenas a la institución, en especial los políticos. Los soldados con frecuencia trataban a los oficiales civiles con una mezcla de desprecio y recelo. Para 1930, los oficiales habían llegado a la conclusión de que la única forma de salir adelante del desorden político, era revisar todas las reglas del juego en la arena política. A pesar de estar de acuerdo en este punto, no lograban entenderse en otros aspectos. Un grupo dirigido por el general Agustín P. Justo quería regresar al sistema oligárquico de los días previos a la reforma de Sáenz Peña. Los seguidores del general Justo creían que habían sido los radicales e Yrigoyen los que habían malogrado el sistema electoral; de manera que, si éstos eran expulsados de la escena política, el poder volvería a manos de los aristócratas, y la amenaza de la lucha de clases desaparecería.

Otro grupo, al mando del general José F. Uriburu, proponía una solución más drástica: el establecimiento de un estado corporativo semifascista. Consideraban que el problema no era Yrigoyen ni los radicales, sino

simplemente el hecho de tratar de implantar un sistema democrático en Argentina. Uriburu reflejaba las doctrinas antidemocráticas ya rampantes en Europa, en particular en España, Portugal e Italia. En esencia, él y sus simpatizantes querían implantar un orden jerárquico basado en la función social. El derecho al voto estaría en manos de los miembros más cultivados de la sociedad, y el Congreso no estaría bajo el control de políticos profesionales, o "agentes de los comités políticos", como él los describía en forma despectiva. Uriburu soñaba con una "democracia funcional", donde los legisladores electos representarían los intereses funcionales (o "corporativos") de grupos tales como los hacendados, los obreros, los comerciantes y los industriales. Este era el modelo corporativo en boga en la Europa mediterránea. La teoría estipulaba que una estructura vertical reintegraría el sistema político con el económico, de manera que el panorama político reflejaría, una vez más, la distribución del poder en el campo económico. También, era muy evidente que esa fórmula estaba destinada a frenar la política clasista. La respuesta corporativa a las debilidades del sistema congresista consistía en redefinir en forma radical las bases de la representación.

**Fotografía inserta**  
**Pie de foto**

A pesar de la importancia histórica del golpe de estado de 1930, éste fue bastante pacífico —aquí se muestra una bandera blanca como símbolo de rendición que ondea desde el Palacio Presidencial (ver flecha) al tiempo que los transeúntes se reunían en la Plaza de Mayo (Colección privada).

Aunque Uriburu dirigió un gobierno provisional en 1930, el grupo de Justo llegó a ganar las elecciones. Como había ocurrido en la época anterior a Sáenz Peña, el fraude se dio en estas elecciones en forma libre. En 1932 y siendo presidente, Justo creó una coalición de partidos progubernamentales, conocida como La Concordancia. Con el objetivo de ganarse el apoyo de los civiles reemplazó un grupo de militares que ocupaba puestos claves por políticos de renombre. Era evidente que Justo buscaba formar un gobierno nacional representativo que le diera la autoridad para responder a la crisis socioeconómica, producto de la depresión mundial.

Sin embargo, este plan no tuvo éxito. Una de las razones fue el aumento de la clase obrera urbana, la cual, por medio de huelgas y otras prácticas, entablaba constantes demandas contra el gobierno. Por otro lado, en el ámbito de la elite, políticos profesionales, comprometidos con intereses partidistas, se negaban a trabajar con leyes pasadas de moda. Esto se hizo evidente en 1937, cuando el líder del Partido Radical, Roberto Ortiz, electo como el sucesor de Justo, gracias a una manipulación de la Concordancia, detuvo el fraude electoral y por lo tanto permitió que los radicales ganaran el control del Congreso.

En 1940 Ortiz se vio forzado a abandonar su función por razones de salud. Ramón Castillo, su sucesor, restableció la técnica de los bien asentados oligarcas cuando se enfrentaban a las elecciones: llenar de papeletas las urnas electorales. El fraude, por supuesto, no sorprendió a nadie; solamente hizo más explícita la ilegalidad del gobierno civil que ellos apoyaban.

Los oficiales militares observaban el drama con creciente impaciencia. Veían cómo sus colegas en Alemania e Italia habían desempeñado papeles preponderantes en el desplazamiento de los titubeantes gobiernos civiles. A principios de la década de 1940, conforme la guerra se extendía en Europa, el Eje (que para entonces incluía a Alemania, Italia y después de 1940 a Japón) parecía tener el liderazgo. Los jefes militares argentinos sintieron la necesidad de un liderazgo seguro y estable en su propia tierra; el obstáculo era la conspiración de los políticos civiles, quienes después de 1930 no habían sido totalmente purgados del poder por los militares, y continuaban con sus intereses mezquinos y, por lo tanto, ponían a su país en una situación vulnerable.

La política en Argentina estaba tomando un camino diferente a la de los principales países de América Latina. Las causas eran varias; primero había un sentimiento muy fuerte de antipatía contra los Aliados, especialmente hacia Estados Unidos y Gran Bretaña; en contraste con Brasil, cuyo gobierno, a pesar de un largo coqueteo con la Alemania nazi, decidió en 1942 jugarse su suerte con la de Estados Unidos. Argentina quería preservar su "neutralidad"; lo que en la práctica significaba que continuaría vendiendo productos alimenticios esenciales a la sitiada Gran Bretaña, al tiempo que se negaba a unirse a la lucha militar liderada por Estados Unidos. Esta actitud reflejaba una profunda corriente entre la elite argentina, tanto civil como militar, en el sentido de que su país tenía mucho que ganar al rehusarse a una alianza política y militar en el conflicto mundial.

Bajo aquel agitado consenso estaba la constante impaciencia de los militares con los políticos civiles. Los oficiales disidentes tramaban para adueñarse del poder. El grupo vencedor tomó el nombre de GOU (Grupo Obra de Unificación o Grupo de Oficiales Unidos). Ellos justificaron la toma del poder como una respuesta a la demanda popular: "Apoyamos nuestras instituciones y nuestras leyes, y estamos seguros de que no son las leyes ni las instituciones, sino los hombres (ej. los políticos profesionales) quienes no han sido capaces de ponerlas en marcha".

De hecho, los ambiciosos oficiales querían modernizar la estructura política total; en 1943 empezaron por disolver el Congreso, al que con frecuencia le expresaban su desprecio. El grupo militar en el poder estaba liderado por el primer presidente provisional, General Arturo Rawson, quien anunció a grandes voces: "De ahora en adelante no existen partidos políticos, solamente argentinos". Los militares se las arreglaron para deshacerse de la política, y también de los políticos. En 1944 decretaron el fin de los partidos políticos, excluyeron del gabinete a todos los políticos profesionales, y dejaron sólo unos pocos "colaboradores" radicales.

Mientras los militares ganaban el control del sistema político, se empezó a gestar entre los obreros una conciencia de clase. Hacia 1940 la clase obrera urbana, en especial la de Buenos Aires, había cambiado desde los días de la reforma electoral de Sáenz Peña de 1912; ahora, el 90% de la población obrera era alfabetizada y migratoria; muchos de sus miembros habían llegado recientemente del campo. En contraste con lo que había pasado en la era del

gran auge de las exportaciones (1880-1914), ahora la mayoría de los obreros eran argentinos nativos, no europeos. Buenos Aires abrigaba un proletariado muy diferente al que había amenazado a la burguesía europea y a los ejércitos, quienes, en ese momento, habían buscado soluciones corporativas y fascistas. Se puede decir que los comentaristas políticos de Estados Unidos y Europa Occidental veían en Argentina un importante caso experimental, en el que esta república del Nuevo Mundo iba a demostrar su capacidad de ajustarse a los conflictos sociales inherentes a la industrialización y el desarrollo.

Conforme se fue desarrollando el drama, se hizo evidente que los principales actores en la política de este país eran las fuerzas armadas y los obreros. El Ejército tenía su propia base institucional; sin embargo la extensa y creciente clase trabajadora urbana no contaba con una representación política efectiva. ¿Por qué? Debido en parte al fraude electoral; pero más importante era la manera como operaba el sistema de partidos existente. Los partidos mayoritarios, incluidos los radicales y los socialistas, eran manejados por un sistema electoral modificado por la ley Sáenz Peña de 1912, por medio del cual más de la mitad de la población adulta masculina quedó excluida de las urnas electorales. Ninguno de los partidos políticos mayoritarios, con la excepción parcial de los socialistas, había creado una base obrera auténtica. Como resultado, la política en los partidos no ofrecía una salida significativa para los obreros urbanos.

Es entonces cuando Juan Domingo Perón comienza su ascenso político. Era un hombre de clase media, que a través de una carrera militar logró llegar al grado de coronel del Ejército. Perón era un individuo ambicioso y sociable, de aproximadamente 50 años, que había desempeñado un papel importante en el movimiento del GOU de 1943 que culminó con la expulsión de Ramón Castillo del poder. En reconocimiento a esta labor fue nombrado Secretario de Trabajo, puesto de menor importancia, pero que él convirtió en su bastión. Con el uso del pan por un lado y del garrote por el otro, Perón cortejaba el apoyo de los trabajadores industriales, tanto de los viejos grupos obreros como de los nuevos; de los residentes urbanos de toda una vida, así como también de los recién llegados emigrantes del campo. De esta manera, consiguió el apoyo del movimiento sindicalista y, en parte debido a esta influencia, fue nombrado Ministro de Guerra y Vicepresidente de la Nación. Se convirtió en el héroe de los desposeídos. En 1946 ganó las elecciones con una mayoría del 54%, a pesar de la abierta protesta del Departamento de Estado de los Estados Unidos, que lo denunciaba por sus simpatías profascistas. Perón triunfó en las urnas sobre una oposición que había logrado consolidar todas las fuerzas de los partidos políticos nacionales. El Partido Comunista Argentino, en forma vehemente denunció a Perón como demagogo fascista.

Durante este período, Perón llegó a depender de los instintos políticos de su amante y más tarde esposa Eva Duarte, actriz de radio que había llegado, no hacía mucho, del interior del país y quien estaba decidida a dejar su huella en el mundo de Buenos Aires.

## **Peronismo y Perón**

Al llegar a la presidencia, Juan Domingo Perón puso en práctica los principios corporativos que los oficiales del GOU habían adoptado. El país se organizaría de acuerdo con grupos funcionales: industriales, hacendados y obreros, y en la cima de esta jerarquía se encontraría el Estado. En caso de conflicto entre grupos, el Gobierno actuaría como el árbitro final. El nuevo gobierno pronto patrocinó organizaciones estatales con funciones reguladas. En un corto plazo, el nuevo Presidente logró un papel intervencionista en la economía. Se promulgó un plan económico quinquenal; se creó un nuevo y poderoso instituto de comercio exterior (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio, IAPI), con facultades de monopolio sobre las principales exportaciones de los cultivos agrícolas. Argentina estaba preparada para poner en marcha una política económica dirigida completamente por el Estado, cosa poco vista en la América Latina del siglo xx.

Al poner en marcha estas políticas, Juan Domingo Perón hacía realidad la corporativa que había tenido el general Uriburu en la década de 1930, pero con una diferencia fundamental: convirtió a los obreros urbanos en sus más importantes aliados políticos, apoyados por los industriales y las fuerzas armadas. Uriburu habría reducido los obreros a un papel mínimo dentro de este juego. Sin embargo, este nuevo jerarca creó una alianza política sin

precedentes en la historia argentina: una unión de trabajadores, empresarios y militares.

Perón había basado su campaña presidencial en un dicho muy popular y nacionalista: "Argentina, país de vacas gordas y peones flacos", frase que usaba para describir la Argentina de 1946. Prometía buscar soluciones verdaderamente autóctonas, al tiempo que canalizaba hacia los obreros recompensas materiales y psicológicas que les habían sido denegadas en forma injusta. Su gobierno no escatimó recursos para otorgar gratificaciones a los obreros. Perón continuó con las tácticas que había perfeccionado desde su condición de Secretario de Trabajo en 1943: alentaba las huelgas que más tarde el Gobierno conciliaba en favor de los obreros. (Nótese el incremento de los participantes en los conflictos laborales durante la última parte de la década de 1940, según se muestra en el gráfico 3-2; a pesar de que el número de estas manifestaciones no era significativamente mayor, bajo el mandato de Perón el promedio de huelguistas aumentó). En 1947 los salarios reales por hora aumentaron en un 25% y, en 1948 el ajuste fue de un 24% más. Entre 1946 y 1950 la partida del presupuesto nacional correspondiente a asuntos laborales se incrementó un 25%. Los trabajadores urbanos recibieron un fuerte reajuste en su estándar de vida. Los verdaderos perdedores en este drama populista fueron los dueños de capitales, en especial los hacendados, ya que el monopolio comercial gubernamental (IAPI) compraba la mayoría de sus cosechas a un precio establecido, realmente bajo.

Al principio, este intrépido plan pareció trabajar muy bien; en 1946 el producto interno bruto creció en un 8,6%; en 1947 la tasa de crecimiento fue de un sorprendente 12,6%; aun la tasa menor de 5,1%, en 1948, fue bastante considerable, comparada con los parámetros mundiales. Este crecimiento fue alimentado, en parte, por el auge en las exportaciones, las cuales, entre 1946 y 1948, produjeron un saludable superávit comercial.

Perón también cumplió su promesa de reducir la influencia extranjera en la economía. Con el fin de aumentar el control sobre los activos monetarios de los extranjeros, en 1946 se reorganizó el Banco Central. En 1948 se llevaron a cabo una serie de nacionalizaciones: los ferrocarriles británicos, la principal forma de transporte del país; y la compañía de teléfonos más grande (controlada por ITT de Estados Unidos), así como los muelles, cuyos dueños eran los franceses. En todos estos casos, los propietarios fueron indemnizados; sin embargo, tiempo después los nacionalistas argentinos reclamaron que los montos pagados habían sido demasiado altos. En julio de 1947, el gobierno de Juan Domingo Perón pagó la totalidad de la deuda externa; con este motivo se llevó a cabo una enorme celebración durante la cual el General Perón proclamó la "Declaración de la Independencia Económica".

Eva Perón se destacó como una fuerza política que ella misma se había labrado. "Evita" había sido despreciada por la sociedad de matronas (señoras gordas), quienes habían monopolizado la carrera de las últimas primeras damas. En 1948 estableció su propia fundación. Personalmente, desde su

monumental edificio de mármol, regalaba dinero y otorgaba beneficios, con lo que en corto plazo aglutinó una masa de fanáticos y leales seguidores. Su carisma se complementaba con el de su esposo, y juntos consiguieron construir una aplastante maquinaria política. Presidían un gobierno electo democráticamente, que en forma constante anulaba cualquier apertura de disidencia política.

Para 1948 el panorama parecía totalmente claro para los peronistas: habían logrado alcanzar una justicia social, y el régimen se aprestaba a promulgar su doctrina "justicialista", nombre usado para describir las medidas de bienestar social tendientes a ayudar a la clase urbana obrera. La economía continuaba en apogeo; y la oposición política había sido desmoralizada y humillada. Con frecuencia, las calles estaban llenas de leales seguidores. Se trataba de "la Nueva Argentina" que Juan Domingo Perón había prometido.

Muy pronto este triunfo se vio opacado por problemas económicos; en 1949 surgió el primer déficit comercial desde la guerra, que redujo las reservas de divisas extranjeras a un nivel peligrosamente bajo. Así mismo, la tasa de inflación experimentó un repentino aumento que alcanzó el 31%, el doble de lo que había ocurrido el año anterior. Además, una severa sequía redujo la producción de bienes de exportación.

Perón se enfrentó a duras realidades económicas, que habían permanecido ocultas durante los primeros años de la postguerra; en 1946 parecía muy sencillo sacarle provecho a la economía mundial, pero aquello ya se había convertido en un dilema. El precio mundial de los bienes de

exportación argentinos empezó a decaer, mientras el costo de las importaciones, en especial bienes manufacturados, experimentó un aumento. Las políticas peronistas también agravaron la situación; el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio, IAPI, había fijado el precio de los bienes agrícolas más abajo de lo real. El objetivo era mantener bajo el valor de los alimentos en las ciudades, pero el propósito también era desmotivar la producción para disminuir las exportaciones.

Ante la crisis económica Perón reaccionó designando un nuevo Ministro de Finanzas, quien lanzó un ortodoxo plan de estabilización que incluía: limitación del crédito, reducción del gasto estatal, establecimiento de severas barreras al incremento de precios y salarios. El Presidente estaba dispuesto a controlar la economía y reasumir, tan pronto como fuera posible, su ambiciosa política social.

El inicio de la crisis económica coincidió con la decisión de Perón de fortalecer su propio poder político. Su primer escollo era la Constitución Argentina de 1853, la cual no permitía la reelección presidencial. No existía ninguna duda de que Perón quería otro período presidencial de seis años. Finalmente, los peronistas ganaron y la constitución fue enmendada; no sólo para permitir la reelección del Presidente, sino también para reafirmar la ley sobre el derecho al voto de las mujeres, que se había promulgado en 1947. En 1951, el General Perón fue reelecto Presidente; de un total de 6,9 millones de electores obtuvo el 67% de los votos. Buena parte de este apoyo provenía de la población femenina. Se fundó el Partido Peronista, que tenía un Tribunal de

Disciplina como uno de sus órganos centrales. A partir de este momento, el Gobierno acudía con más frecuencia a medidas autoritarias, como lo fue en 1951 la expropiación de *La Prensa*, el periódico más importante de la oposición.

Durante su campaña electoral de 1951, Perón perdió una batalla en el campo político; pretendía que Evita fuera su candidata a la vicepresidencia. La influencia política desplegada por ella había crecido tanto, que muchos obreros la consideraban como el corazón del peronismo. Ella era brillante promoviendo esta imagen, para lo cual utilizaba, sin ningún control, grandes sumas de los fondos gubernamentales. El ejército se opuso a tal proposición; se negaba a aceptar la posibilidad de que una mujer pudiera llegar a la Presidencia de la República y, por lo tanto, convertirse en comandante de las fuerzas armadas. Evita se mostró desilusionada por esta decisión, lo cual sugería que existían límites al poder peronista.

El veto militar a la candidatura de Evita escondía un problema aún más grande: la Primera Dama empezó a mostrar síntomas de enfermedad, y pronto no pudo ocultar el hecho que el cáncer la estaba consumiendo. Adelgazó severamente, pero luchó contra la enfermedad con todas sus fuerzas. Continuó con las cansadas jornadas en la fundación, donde atendía cada día la interminable cadena de desposeídos que suplicaban su ayuda. En julio de 1952, por fin Evita murió y con esto privó a Perón de una aliada política, que había llegado a ser tan importante como él mismo. Evita se convirtió en una fuerza más grande de lo que había sido durante su vida. El Gobierno suspendió todas las actividades durante dos días, la CGT (Confederación General del

Trabajo) ordenó a sus miembros guardar luto por un mes. La manifestación de dolor fue sorprendente; solo el hecho de trasladar su cuerpo desde la residencia presidencial al Ministerio de Trabajo, donde permanecería en capilla ardiente, provocó tal conglomeración de curiosos, que ocho personas murieron. Su tuvo que atender a más de dos mil personas por heridas y golpes durante las siguientes veinticuatro horas. Después de su muerte, se hicieron planes inmediatos para construir un mausoleo, aproximadamente 47 metros más alto que la Estatua de la Libertad. Evita murió a los 33 años, y se convirtió en un poderoso mito que agruparía a los leales peronistas.

Mientras tanto, durante 1952 el severo plan de austeridad impuesto por el Ministro de Finanzas, Alfredo Gómez Morales, empezó a dar sus frutos. Perón y sus consejeros optaron por un segundo plan quinquenal, menos popular y nacionalista que las políticas puestas en vigencia al final de la década de 1940. Este plan buscaba atraer el capital extranjero; como resultado del mismo se firmó, en 1954, un contrato con la *Standard Oil of California*. Se crearon nuevos incentivos para la agricultura, la cual, con anterioridad, había llevado la carga de la estrategia de ofrecer comida a bajos precios. A los trabajadores se les solicitó aceptar el congelamiento de sus salarios por un período de dos años, un sacrificio en aras de poder financiar otras inversiones de mayor necesidad.

Las implicaciones políticas de este cambio en la estrategia económica estaban a la vista. Perón consideraba que para poder recuperar el crecimiento económico se debía derogar, por lo menos en parte, algunas de sus políticas

nacionalistas y de redistribución. Era fácil favorecer a un sector social, si la economía se encontraba en un período de expansión; pero con una economía estancada, los obreros solo podían beneficiarse a expensas de la clase media o alta. Los conflictos de clase amenazaron con destruir la coalición popular que Perón había construido con tanto cuidado.

Tal vez, por esta razón la estrategia política peronista se tornó más radical. Después de 1949 los pocos aristócratas que quedaban aún en las filas peronistas, desaparecieron. Entonces el General Perón trató de obtener el control sobre el ejército por medio de promociones preferenciales a sus políticos predilectos. También se puso en marcha un nuevo programa para adoctrinar a los cadetes en las enseñanzas peronistas, y los soldados de bajo rango fueron vestidos con llamativos uniformes. Perón sabía que tenía oponentes dentro del ejército, los cuales, en 1951, trataron de darle un golpe de estado; sin embargo, él logró dominarlos con facilidad, pero el germen del descontento permaneció vivo.

Después de la muerte de su esposa en 1952, Perón desvió su atención del ejército a los sindicatos obreros, dirigidos por leales partidarios. Al tiempo que la política económica se tornaba más ortodoxa, la retórica peronista se hacía más estridente, lo cual era evidente en el tono justicialista a favor de la clase obrera. En 1953 una turba callejera de peronistas saqueó el *Jockey Club*, símbolo de la aristocracia argentina.

En 1954 los radicales peronistas emprendieron su lucha contra otro pilar del orden tradicional: la Iglesia. El divorcio fue legalizado y el Ministerio de

Educación tomó el control de todas las escuelas parroquiales. Durante 1955 los peronistas organizaron masivas demostraciones contra la Iglesia; algunas famosas catedrales en Buenos Aires fueron quemadas por las masas peronistas. El Vaticano respondió excomulgando a todo el gabinete gubernamental, incluyendo a Perón. El Presidente prometió la movilización de sus seguidores contra los "conspiradores" que intentaran desafiar la independencia de Argentina, y amenazó con vengarse contra cinco oponentes por cada peronista que cayera en aquella lucha política.

Era evidente que el caos reinaba en Argentina y el gobierno de Perón era incapaz de retomar el control del país. La cruzada anticlerical no podía dar frutos suficientes como para justificar el trastorno causado a la población, dentro de la que se encontraban peronistas leales. Los enemigos de Perón en el ejército se aprovecharon de este caos como la excusa que habían buscado para expulsar a Perón del gobierno. Muchos oficiales, disgustados con las medidas impuestas por Perón, estaban convencidos de que Perón había perdido el rumbo inicial de su gobierno y llevaría el país a una crisis total. En setiembre de 1955 los conspiradores militares, movilizaron sus fuerzas y le presentaron a Perón un ultimátum: o renunciar como presidente o enfrentarse a una guerra civil. Perón, que era dado a la retórica extrema, no tenía el corazón para permitir un baño de sangre entre hermanos. A diferencia de Evita, él nunca había querido darle armas a los obreros y ahora ya era demasiado tarde para ello. Perón no tenía otra alternativa: aceptó el ultimátum. Salió de

Argentina y se refugió en un barco de guerra paraguayo, para iniciar un ignominioso exilio.

## **La mayordomía militar**

El ambiente cambió en Argentina cuando Juan Domingo Perón cruzó el río. ¿Dónde estaban los ansiosos obreros dispuestos a proteger a su líder? ¿Qué pasó con la enorme maquinaria política? ¿Cómo fue posible que un pequeño grupo de oficiales militares pudiera fácilmente aplastar a la clase obrera?

En realidad el General Perón no fue derrotado; simplemente abandonó el país bajo coerción, sin hacer ningún esfuerzo para movilizar a sus seguidores contra las fuerzas militares. El repentino vacío producto de su partida mostró que ni Perón ni el peronismo habían sido eliminados.

El general Eduardo Lonardi se convirtió en el nuevo Presidente. Era un hombre moderado que quería evitar toda política vengativa que pudiera mantener a los peronistas unidos. Sin embargo, los militares de línea dura se impacientaron con su posición conciliatoria y exigieron medidas más fuertes. En noviembre de ese mismo año, estos militares depusieron a Lonardi y nombraron al General Pedro Aramburu como Presidente provisional. Los seguidores del antiperonismo tuvieron la oportunidad de abolir cualquier cosa que fuera parte del peronismo. El partido fundado por Juan Domingo Perón y su

esposa fue proscrito, los funcionarios miembros de este partido despedidos y cualquier rezago de propaganda peronista se convirtió en contrabando.

Los militares de línea dura parecían creer que el peronismo podía ser erradicado durante un corto período de dominio militar. Los bastiones típicos de la época previa a Perón fueron muy pronto restituidos. El periódico *La Prensa*, fervientemente antiperonista, fue devuelto a sus antiguos dueños, la familia Gaínza Paz. Las propiedades confiscadas durante el mandato de Perón regresaron a sus antiguos dueños. El gobierno de Aramburu hostigaba a los líderes peronistas, en especial en los sindicatos, con la esperanza de que con la represión su influencia se opacara. Los peronistas reaccionaron a esta represión gubernamental cuando, en junio de 1956, un grupo de militares properonistas se alzaron en armas en varias provincias. El gobierno, con su maquinaria militar, respondió con una fuerte represión, y como consecuencia de este hecho, unos cuarenta líderes, entre los que estaban oficiales militares, fueron ejecutados. Este baño de sangre entre hermanos fue un hecho detestable. El General Perón, a pesar de haber ejercido un gobierno autoritario, nunca llegó al extremo de asesinar oficiales militares.

Los estrategas políticos de Aramburu creían que podían transformar el sistema político pasando por una transición hacia una era postperonista. En octubre de 1956 crearon el "Comité para la Defensa de la Democracia", cuyo propósito era supervisar los partidos y movimientos no democráticos. A partir de este momento, todos los partidos políticos debían establecer un compromiso con la democracia. Sólo el hecho de tener que acudir a tal

requisito, era en sí mismo una verdadera prueba de la fragilidad de la democracia en Argentina. A principios de 1957, ante el recrudecimiento de la violencia peronista, el gobierno respondió con medidas represivas. A pesar de este conflicto, los militares guardaban la esperanza de poder transferir el poder a un gobierno civil capaz de manejar el peronismo.

En el campo económico entre 1955 a 1958 los gobiernos militares se enfrentaron a una economía lenta, que se había apartado de su capacidad para beneficiarse del comercio extranjero. De hecho, el equipo económico convocado por los militares, tomó pocas medidas agresivas en este campo, algunas de las cuales fueron las devaluaciones y la renegociación de las numerosas deudas externas bilaterales. Entre 1955 y 1957, el producto interno bruto experimentó un saludable crecimiento, aunque los bienes agrícolas se rezagaron. Los gobiernos militares no habían encontrado la manera de crear incentivos convincentes para los hacendados, todavía traumatizados por las políticas discriminatorias peronistas. A pesar de su retórica, entre 1955 y 1956 las autoridades militares, responsables de la formulación de las políticas, emitieron normas salariales que realmente no representaron ningún cambio en el valor de la jornada laboral; y para 1957 decretaron un incremento de un 7.2%. Los grandes ajustes económicos que se debían llevar a cabo se quedarían para un gobierno que gozara de mayor legitimidad

Por desgracia para Argentina, los políticos civiles antiperonistas estaban ampliamente divididos, y el partido mayoritario todavía era el de los radicales, el venerable partido de Yrigoyen y sus acólitos. Durante la convención de 1956,

los radicales (UCR) se dividieron en dos bandos: una fracción se llamó los "radicales populares" (UCR del Pueblo o UCRP), al mando de Ricardo Balbín, el viejo estadista del Partido quien se había lanzado como candidato a la presidencia en 1951. La otra fracción fue integrada por los "radicales intransigentes" (UCRI), bajo el liderazgo del economista Arturo Frondizi. La fracción de Balbín era marcadamente antiperonista, mientras que la de Frondizi se inclinaba hacia una mayor flexibilidad en su trato con ellos. Esta misma división de opiniones también se produjo en las filas del ejército.

En julio de 1957 Argentina celebró sus primeras elecciones desde la caída de Perón. Las dos fracciones de los radicales ganaron casi el mismo número de puestos en la Asamblea Constituyente, la cual en el corto plazo restituyó la Constitución de 1853. Sin embargo, las constantes disputas entre los delegados hacían que éstos abandonaran el Congreso con tanta frecuencia que finalmente la Asamblea fue disuelta.

No obstante, los militares estaban decididos a llevar al poder a un gobierno civil. En febrero de 1958 convocaron a elecciones; y el ganador fue Arturo Frondizi, quien había montado una fuerte campaña nacionalista. El grupo de Ricardo Blandín (UCRI) se oponía duramente al ala de los radicales de Frondizi, la UCRI, de manera que Frondizi debió buscar votos en otro lugar. Un acuerdo con los peronistas hizo posible su apoyo; y a cambio les ofreció su disposición para impulsar políticas peronistas y trabajar en favor de la restauración de la legalidad de esta agrupación. El ala de Frondizi no solo ganó la presidencia y el Congreso Nacional, sino que además casi todos los

gobiernos provinciales. Era como si Argentina volviera a tener un gobierno central fuerte, capaz de hacerle frente a las difíciles tareas dejadas por Perón y por los inconclusos gobiernos militares entre 1955 y 1958. La mayor dificultad de Frondizi era cumplir con los peronistas.

## **El fracaso de una reforma enfocada al desarrollo**

El gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962) constituyó una prueba significativa de la capacidad de Argentina de reunir los diferentes miembros de los regímenes civiles electos. El nuevo presidente electo parecía venir de la misma escuela de otros líderes reformistas que dejaron su marca en Latinoamérica, como Eduardo Frei en Chile, y Juscelino Kubitschek en Brasil. Tanto en el campo económico como en el político, Frondizi decidió asumir grandes riesgos que podrían traer posibles recompensas.

Frondizi tenía un ambicioso plan económico destinado a lograr una aceleración de la industrialización, a la vez que estimulaba la producción agrícola, y por lo tanto aumentar los ingresos de las exportaciones. La mayor parte de la financiación de la nueva industria se buscó fuera de las fronteras, mientras que en el ámbito nacional se trataba de reducir la amplia intervención estatal en la economía, la cual empezaba por un reconocimiento de la necesidad de una negociación libre y colectiva en la esfera laboral. Este

programa, por desgracia, tenía un defecto: su éxito estaba condicionado a que se lograse una mayor inversión y un menor consumo o gasto. Esto significaba que los consumidores, acostumbrados a las políticas peronistas de ajustes salariales para mejorar el poder adquisitivo, y estrategias para ofrecer comida a precios por debajo del mercado, debían estar preparados para hacer sacrificios a corto plazo en aras de un desarrollo nacional a largo plazo.

Fronzizi consideraba que Argentina, potencialmente autosuficiente en petróleo, podía lograr un ahorro del 50% en las divisas por concepto de importación de este hidrocarburo. Con este fin, firmó un contrato de explotación y producción de petróleo con compañías extranjeras. Esta medida estaba en total contraposición con los lemas nacionalistas que había utilizado en su campaña electoral. Sus allegados nacionalistas, disgustados con este hecho, lo acusaron de haberse “vendido” a los imperialistas.

Un futuro más oscuro le esperaba al resto del nuevo plan económico. Unos pocos meses después de su elección, Frondizi debió afrontar una severa crisis en la balanza de pagos. Desde 1955 los gobiernos militares habían manejado constantes déficits en la balanza comercial de pagos, de manera que el nuevo régimen civil de 1958 tenía menos reservas de divisas que cualquier otro gobierno desde la época de la guerra. Perón se había enfrentado a una situación similar en 1949, y luego en 1952, al comprometerse con un severo plan de estabilización, sin cumplir con sus obligaciones con los acreedores extranjeros, logró evadir al Fondo Monetario Internacional (FMI), al que Argentina, bajo su administración, había tomado la decisión de no unirse. Sin

embargo, Frondizi tomó un camino diferente; quería impresionar a los acreedores extranjeros, con quienes buscaba nuevas inversiones. En vista de que durante los gobiernos militares Argentina se había unido al Fondo Monetario, ahora Frondizi había resuelto aceptar las fuertes medidas impuestas por el Fondo: una fuerte devaluación, estrictos controles en el crédito, reducción del gasto público, severas limitaciones a los aumentos salariales, eliminación de subsidios en los servicios públicos, y un masivo despido de empleados públicos. Frondizi estaba en medio de una contradicción: trataba de impulsar un gran programa de desarrollo económico, y al mismo tiempo debía imponer reducciones para satisfacer a los acreedores internacionales. Su trunca presidencia se convirtió en el clásico ejemplo del costo político de la estabilización económica.

Las contradicciones en la política económica de Frondizi tenían sus paradojas análogas en su estrategia política. Le debía su elección al apoyo recibido de los peronistas, y esperaba persuadirlos de seguir apoyándolo. Por otro lado, los militares, cuyo apoyo era esencial para cualquier gobierno, desconfiaban profundamente de su política conciliatoria. En el plazo de un año los militares forzaron a Frondizi a despedir a todo su equipo económico y a remplazarlo por un grupo dogmático partidario de la libre empresa, encabezado por Alvaro Alsogaray, rígido defensor del estilo utilizado por el FMI.

Frondizi estaba comprometido a poner en marcha las duras medidas sugeridas por el FMI, empezando con una devaluación del 200% y la repentina

eliminación de los controles de precios y los subsidios. El objetivo era crear una sacudida en la economía, al ajustar los precios en el mercado interno con los precios de los mercados internacionales. Los defensores de estas medidas argumentaban que este período iba a resultar difícil, y que por lo tanto debía hacerse lo más rápido posible. Una meta esencial fue la de aumentar el precio real de los bienes agrícolas, seguramente con el objetivo de aumentar la producción y satisfacer tanto el mercado interno como el externo.

El inevitable efecto de estas políticas fue una marcada modificación en los ingresos. El ingreso real (poder adquisitivo) de los obreros industriales se redujo en un 25,8% en 1959, mientras que el ingreso real proveniente de los derivados de la carne subió en un 97% en el mismo año, efecto contrario de la política justicialista de Perón. Aun antes de que los salarios reales hubieran disminuido en forma significativa, los obreros urbanos se lanzaron en una lucha contra el nuevo gobierno. Durante abril, mayo y setiembre de 1959 se produjeron huelgas, y en noviembre de ese mismo año estalló una prolongada huelga total en los ferrocarriles. Esta última fue la que causó más daño, puesto que el exceso de empleados provenientes de los ferrocarriles nacionalizados que padecían grandes déficits, se convirtieron en el primer objetivo de la campaña del gobierno para reducir el déficit del Estado. Debido al evidente apoyo del público a los huelguistas, Frondizi se vio forzado a aceptar un compromiso de arreglo, del que el movimiento obrero se convirtió en el verdadero ganador.

Los empresarios argentinos, especialmente los dueños de pequeñas empresas, también atacaron la política de estabilización. Denunciaron las restricciones en el crédito y el aumento excesivo en el precio de los productos de importación, resultado de una masiva devaluación. Los empresarios de las grandes empresas, en especial los ligados al capital extranjero, se beneficiaron con las políticas gubernamentales. Los hacendados se convirtieron en el gran dolor de cabeza de Frondizi, ya que al haber contado con precios más altos, se pensaba que iban a expandir su producción; sin embargo, estaban recelosos y sospechaban del gobierno, por lo tanto, se rehusaron a comprometerse con planes a largo plazo, lo cual era necesario para levantar la producción.

Pese a la férrea oposición de la población, algunas de las políticas de Frondizi empezaron a dar sus frutos. El estancamiento de la economía entre los años 1958 y 1959 fue seguido por tasas de crecimiento del 8% en 1960 y del 7,1% en 1961. La tasa de inflación, que se había elevado a un 113,7% en 1959, bajó a un 27,3% en 1960 y a solamente un 13,5% en 1961. La producción industrial había subido en forma considerable; dos sectores claves se vieron favorecidos: el primer complejo nacional integrado de acero fue terminado en 1960, y la producción doméstica de petróleo fue triplicada y alcanzó una virtual autosuficiencia.

No obstante ello, el destino del mandato del presidente Frondizi no dependería de indicadores económicos, sino de la fuerza del apoyo político, y en ese campo la suerte no lo acompañó. La fuerza obrera y la izquierda nacionalista nunca le perdonarían las medidas ortodoxas puestas en marcha

en su programa de estabilización, mediante las cuales se redujo el salario real de los obreros, y su compromiso con el capital extranjero. Las elecciones al Congreso de 1960 mostraron este problema. Los radicales que apoyaban a Frondizi obtuvieron menos votos que los radicales del ala de Balbín. Los peronistas, por su lado, votaron en blanco, de acuerdo con las instrucciones de su exiliado líder. Era evidente que Frondizi navegaba contra corriente; había cifrado sus esperanzas en atraer los peronistas a su lado, y este intento no tuvo éxito. Por el otro lado, los militares estaban disgustados con este fracaso tan obvio.

La situación llegó a su clímax con las elecciones al Congreso y a los Municipios en marzo de 1962. En cumplimiento con su compromiso de restaurar la legalidad del partido peronista, por primera vez desde 1955, Frondizi permitió que éstos lanzaran sus candidatos bajo la bandera de aquel partido. El resultado de las elecciones fue un fracaso para el Gobierno. Los peronistas les ganaron al resto de los partidos por un 35% de la votación total. Lograron una buena parte de las gobernaciones provinciales y un buen número de los asientos del Congreso. Los radicales de Frondizi obtuvieron un 28%, los de Balbín un 22%, y el resto fue dividido entre los partidos minoritarios.

Los enfurecidos militares obligaron al Presidente a anular las victorias electorales peronistas en las provincias. Los radicales de ambos bandos representaban la mitad del electorado, por lo que una salida obvia del ala de Frondizi fue tratar de conseguir una alianza con sus homólogos de Balbín. Sin embargo, los radicales del grupo de Balbín rechazaron los planes de Frondizi,

y desacreditaron al debilitado Presidente por sus políticas económicas "antinacionalistas". Una vez más, los radicales, el partido de la clase media, demostraron que no podían gobernar el país con la mayor clase media de América Latina.

Los militares consideraban que Frondizi estaba desacreditado; había tratado de ganarse a los peronistas y había fallado en su intento. A pesar de ello rehusaba renunciar a la presidencia. El 29 de marzo de 1962 los tanques se deslizaron por las calles de la ciudad y desalojaron a Frondizi de la Casa Rosada. El nuevo presidente fue su sucesor constitucional, el presidente del senado, José María Guido.

Guido ejerció la presidencia durante año y medio, pero el verdadero poder lo tenían los militares, aún ampliamente divididos sobre cómo manejar a los políticos civiles. Estas divisiones trajeron como consecuencia revueltas intramilitares, y algunos baños de sangre de menor escala entre los hombres de uniforme. Era evidente que los militares no lograban llegar a un consenso sobre la conveniencia o la posibilidad de reintegrar las masas peronistas dentro del sistema político. Para complicar las cosas aún más, Perón desde el exilio continuaba enviando instrucciones a sus tenientes en Argentina.

Finalmente, los militares decidieron anular del todo los resultados de las elecciones de 1962, y convocar a una nueva ronda en julio de 1963. La votación siguió un patrón familiar, aunque esta vez los radicales de Balbín ganaron un 27% de las papeletas. El nuevo presidente fue Arturo Illia, un

desconocido médico de provincia, a quien le tocaría liderar el segundo intento de los radicales para gobernar la Argentina postperonista.

Illia mostró un estilo político moderado; esto parecía ser lo más prudente, ya que había ganado con escasamente un poco más de un 25% del voto popular, y debía enfrentarse a un Congreso en el cual la oposición sostenía dos tercios de la bancada. A diferencia de Frondizi, Illia llegó al Gobierno sin haberse comprometido con los peronistas; a pesar de esto, los militares de línea dura estaban atentos a cualquier signo de debilidad hacia el peronismo o hacia la izquierda.

Illia fue relativamente afortunado con la situación económica que reinaba al llegar a la presidencia. A pesar de que en 1962 había habido una recesión, las cosechas agrícolas prometían mejorar el balance comercial y aumentar las reservas de divisas extranjeras. El gobierno de Illia se mostró muy cauteloso con respecto a la economía. Las medidas anunciadas en este campo no eran radicales. Pronto se hizo evidente que las autoridades tenían la mira puesta en la expansión, ofreciendo generosos aumentos salariales e imponiendo controles de precios. Estas medidas ayudaron a que Argentina se encontrara en la fase de expansión del patrón económico de “expansión y contracción”, (el cual en forma alterna estimulaba y contraía la economía), que se había utilizado desde tiempos de la guerra. El producto interno bruto mostró pequeños descensos en 1962 y 1963, pero floreció con creces con un 10,4% en 1964 y un 9,1% en 1965.

En el campo agrícola, el gobierno de Illia se vio afectado debido a una baja en el "ciclo de la carne", durante el cual se evitaba la reproducción de los agotados hatos. La escasez de carne irritó a los consumidores urbanos, tradicionalmente habituados a la carne, y redujo la producción disponible para la exportación. Los ganaderos estaban furiosos ya que el Gobierno no les permitía elevar los precios a los niveles indicados por la demanda del mercado. Illia, como los otros presidentes desde 1945, topó con la imposibilidad de controlar el sector rural para favorecer los intereses nacionales.

Los sindicatos peronistas se opusieron al gobierno de Illia desde el momento de su elección, en parte debido a que ellos habían sido excluidos de las elecciones de 1963. A pesar de los grandes acuerdos en materia salarial que se llevaron al cabo al principio del mandato de Illia, la CGT, dominada por los peronistas, esbozó un plan de lucha que incluía huelgas y tomas de los lugares de trabajo. Al igual que Frondizi, Illia tenía la esperanza de que sus políticas atrajeran votos peronistas. Esta ilusión se esfumó en marzo de 1965 durante las elecciones del Congreso, cuando el ya legalizado partido Peronista ganó el 30,3% de la votación contra un 28,9% de los radicales de Illia. Tal y como sucedió en 1962, los peronistas mostraron su lealtad a su movimiento por medio de los votos.

Motivado por la votación, Perón, quien se encontraba en el exilio en España, envió a su tercera esposa a negociar directamente con los beligerantes grupos peronistas. Los militares de línea dura se mostraron bastante preocupados por el aparente regreso de Perón. Illia había asumido el

mismo riesgo que Frondizi, con los mismos resultados. El panorama económico había tomado un inquietante giro; la inflación preveía de nuevo, el déficit gubernamental estaba fuera de control, la confianza de los inversionistas se desvanecía con el virtual cierre del mercado bursátil argentino. En junio de 1966, los militares intervinieron una vez más. Illia fue sacado de la Casa Rosada sin bombos ni platillos. Una vez más los oficiales habían terminado con un gobierno radical, el cual no había sido capaz de cortejar o reprimir las masas peronistas.

## **La solución burocrática y autoritaria**

El golpe militar de 1966 rompió con el pasado, como no había sucedido con ningún otro golpe de estado desde 1943. Fue uno de los más represivos, por lo menos en su etapa inicial. Con la proclamación del advenimiento de la "Revolución Argentina", el general Juan Carlos Onganía buscó implantar una nueva clase de régimen, un estado burocrático y autoritario. La meta consistía en atacar las verdaderas causas de los problemas argentinos, en vez de lidiar con los síntomas: la sociedad debía ser transformada. El gobierno de Onganía clausuró el recalcitrante Congreso, expulsó a los oponentes de las universidades y estableció un control sobre el nivel de la vida social, con la finalidad de elevarlo. Al remover a los políticos de los puestos de autoridad, los líderes militares forjaron alianzas con los tecnócratas y con los inversionistas extranjeros, cuyo capital era necesario para estimular el crecimiento económico.

Un punto clave en este plan integral era la supresión del movimiento laboral, ya que el aumento en la inversión se produciría, en parte, debido a una disminución en los salarios reales.

Onganía trato de impulsar otro programa de estabilización económica. Perón había sido forzado a adoptar uno en 1949 y de nuevo en 1952, con el que logró controlar la inflación y mejorar la balanza de pagos, pero el precio fue un estancamiento económico. En 1958 Frondizi puso en marcha un programa similar, el que le permitió controlar parcialmente la inflación y mejorar la balanza de pagos, pero a costa de una enorme inversión y el sacrificio de su plan de desarrollo a largo plazo. A Illia le tocó gobernar con la fase expansionista del ciclo económico; promovió políticas cuasi-peronistas en materia de salarios y precios. Ninguno de estos gobiernos había tenido éxito en llegar a la raíz del problema argentino: la incapacidad de sostener un crecimiento constante, basado en un sector rural productivo capaz de satisfacer tanto la demanda externa como la doméstica. Frondizi había mostrado tener la visión más coherente del problema, pero en forma inmediata, sus planes se comprometieron con la necesidad de tomar dolorosas medidas de estabilización a corto plazo.

El gobierno de Onganía estaba decidido llevar a cabo un programa económico más profundo. Después de una pausa inicial, el Ministro de Economía, Adalberto Krieger Vasena, anunció un amplio plan, el cual fue calificado por un experto analista extranjero como "el programa antiinflacionario más balanceado de la era de la postguerra". Mediante el cual se "combinaba

la expansión de la producción, la estabilidad de precios y el mejoramiento de la balanza de pagos, con la finalidad de aumentar el nivel de consumo agregado, aunque muy gradualmente". En 1967 un factor clave en este plan fue decretar un congelamiento de los salarios por dos años. Esta decisión fue posible gracias a las medidas autoritarias del gobierno y su relativo éxito en sostener los aumentos de precios. (Véase la aguda reducción en el número de huelgas en el gráfico 3-2). El gobierno contaba con otro punto a su favor; un considerable grupo del movimiento laborista organizado, bajo el liderazgo del ejecutivo de la CGT, Augusto Vandor, aprobó el golpe de estado contra Illia y pretendía colaborar con el nuevo gobierno militar. Por su parte, los oficiales encabezados por Onganía coqueteaban con la idea de dividir el movimiento laboral y así quebrantar el dominio peronista. Esta táctica tuvo un éxito parcial en 1967 y 1968, pero en 1969 fue sepultada por una explosiva oposición laboral.

En ese año se levantó un movimiento de oposición en la ciudad de Córdoba, el corazón de la recién creada industria automovilística argentina, donde habían ocurrido una serie de protestas antigubernamentales y bloqueos en los lugares de trabajo. Esta situación tenía al comandante local del ejército un poco nervioso, y sus tropas un tanto irritadas; durante una protesta callejera éstas abrieron fuego indiscriminadamente. El resultado fueron varias docenas de manifestantes y espectadores muertos. Una oleada de protestas brotó en todo el país, a pesar del control que ejercía el Gobierno autoritario sobre la prensa. Los muchos enemigos del programa económico del Estado, que incluía algunos militares opuestos al congelamiento de los salarios, se

aprovecharon de esta ocasión para solicitar la salida de Krieger Vasena. El clima de tensión aumentaba cada día, debido a la situación económica y agravado por este grave incidente, ante esta situación el Presidente Onganía no sabía qué rumbo tomar, así en junio de 1969 Krieger Vasena fue forzado a dejar su cargo. El gobierno de Onganía subsistió un año más, pero su credibilidad se encontraba por los suelos.

No era sólo la oposición de la fuerza laboral la que oscurecía el panorama del régimen del Presidente Onganía, sino un alarmante aumento en la violencia política que incluía la tortura y las ejecuciones clandestinas a manos de los militares, y por el lado de la izquierda revolucionaria, secuestros y asesinatos. El golpe de estado que puso a Onganía en el poder empezó con una ola de violencia. De inmediato, los victoriosos militares suspendieron las garantías legales normales. Al principio la política laboral estuvo matizada por un tono conciliatorio, pero pronto imperó la coerción. Una situación similar había sucedido durante los mandatos de Aramburu y aún de Illia, pero ahora era diferente; la izquierda había decidido responder con su propia violencia. Florecieron algunos grupos revolucionarios disidentes, que secuestraban prominentes hombres de negocios y pedían grandes sumas de dinero como rescate. Los ejecutivos de las firmas multinacionales estaban en la mira de estos grupos. Las empresas optaron por movilizar a sus ejecutivos al otro lado del río, en Montevideo, desde donde viajaban todos los días bajo vigilancia armada. En 1970 los terroristas izquierdistas secuestraron al expresidente

Aramburu, quien había ordenado, en 1956, la ejecución de los conspiradores peronistas. Tiempo después, Aramburu fue encontrado muerto.

Una mortal toxina había llegado a Argentina: la violencia. La izquierda revolucionaria estaba dispuesta a traumatizar la nación utilizando la violencia como arma contra todos aquellos identificados como opresores: los militares, y la policía con sus colaboradores, los ejecutivos de las compañías multinacionales. Ante esta situación, el gobierno respondió con violencia, lo que condujo a una guerra civil.

El gobierno de Onganía desde todos los puntos de vista fue un fracaso político. A pesar de que había llevado a cabo el más exitoso programa de estabilización económica desde la postguerra, no pudo cumplir con metas más difíciles, como crear una amplia coalición política que le daría continuidad a sus políticas y haría posible una verdadera planificación para el futuro. El régimen militar de Onganía nunca habría logrado establecer esta coalición, ya que había tenido que desplegar su poder contra los radicales, la fuerza principal de la clase media, y contra los peronistas, la voz más fuerte de la clase trabajadora. A diferencia de los generales brasileños, cuyo evidente éxito envidiaban los argentinos, los oficiales de Onganía no pudieron forjar una alianza civil y militar, capaz de sostener el poder lo suficiente como para poner en marcha una política que condujera a un crecimiento económico constante. Otro aspecto no menos importante fue el hecho de que la escena política argentina estaba más polarizada que la situación de Brasil. El fracaso de Onganía dejó a Argentina con pocas posibilidades.

El nuevo presidente fue otro general, Roberto Levingston, desconocido oficial de inteligencia que había sido nombrado en Washington, DC. desde 1968. A su regreso a Buenos Aires, Levingston debió lidiar con un difícil problema económico: la inflación. En 1969 Krieger Vasena había logrado reducir la tasa a un 7.6%, pero que ahora se encontraba en aumento y para 1971 había alcanzado el 34.7%. El nuevo presidente buscó un rumbo expansionista moderado, que pronto se vio ensombrecido por la caída en el ciclo de la carne, que provocó la escasez y la subida en los precios. Levingston nunca había contado con un prestigio militar, y pronto se encontró aislado. Las constantes protestas en marzo de 1971 en la ciudad de Córdoba marcaron su destino. Los militares lo separaron del poder por medio de un golpe de estado, y nombraron en su lugar al General Alejandro Lanusse, quien ocho meses atrás, había sido el artífice del golpe contra Onganía.

En política económica Lanusse siguió un rumbo nacionalista moderado. No estaba muy inclinado a tomar medidas drásticas, y por lo tanto decidió tomar el camino de aumentar el déficit presupuestario. Como era de esperar la inflación aumentó, hasta llegar a 58.5% en 1972. El gobierno de Lanusse nunca pretendió tener la respuesta a los problemas económicos.

La verdadera ambición de Lanusse era poder lograr un acuerdo político. Empezó por relegalizar el Partido Peronista, y crear un nuevo sistema electoral, con el cual esperaba favorecer los partidos progubernamentales. Lanusse decidió asumir un riesgo mayor; permitió el regreso de Juan Domingo Perón. Las elecciones se habían programado para marzo de 1973. A su regreso a

Argentina a finales de 1972, Perón empezó una intensa campaña a favor de su candidato, el Dr. Héctor Cámpora. Mientras tanto la violencia continuaba; los hombres de negocios seguían siendo secuestrados, extorsionados, o asesinados. La guerrilla tomó objetivos más audaces; oficiales de alto rango eran atacados, lo mismo que las prisiones y las barracas.

Cámpora recibió el 49% del voto popular, no una mayoría absoluta, pero obtuvo mejores resultados que Balbín con 22%. El Presidente y sus allegados empezaban a considerar que la única solución contra la izquierda era Perón. Lo consideraban una figura esencialmente conservadora, que no tenía nada en común con la guerrilla izquierdista, aunque algunos de los miembros de ésta proclamaban que luchaban a favor de Perón. Al iniciarse del período presidencial de Héctor Cámpora en mayo de 1973, algunos oficiales pensaban que con su mandato el primer paso para llegar a una solución a la amenaza izquierdista estaba a la vista.

## **El regreso de los peronistas al poder**

Cámpora había dejado claro que él era sólo una figura provisional hasta que Perón pudiera regresar y se convocara a unas nuevas elecciones. A pesar de la débil personalidad de Cámpora, él puso en marcha un atrevido plan económico. Este proyecto había sido concebido por la CGE (Confederación General Económica), una organización de empresarios argentinos. En primer lugar, el plan estaba dirigido a estabilizar los precios, y aumentar los ingresos

de los obreros para situarlos de nuevo al nivel del ingreso nacional que habían alcanzado al principio de la era peronista. El plan se debía llevar a cabo de la siguiente manera: 1. Un solo aumento salarial, 2. Un congelamiento de los precios que se lograría por consenso entre el gobierno, los obreros, y la industria, 3. Un congelamiento de los aumentos salariales por dos años, 4. Un grupo de políticas destinadas a aumentar los ingresos reales de los obreros. Era obvio que este programa requería de una extraordinaria cooperación de parte de todos los grupos interesados. Parecía que el gobierno de Cámpora había negociado un acuerdo en ese sentido con el llamado "Pacto Social", el cual fue formalmente ratificado tanto por la CGT como por la CGE. La administración Cámpora logró un pacto paralelo con los productores rurales (excepto por los fanáticos ganaderos antiperonistas), por medio del cual se les prometía, a cambio de doblar la producción agrícola para el año 1980, precios, impuestos, e incentivos de crédito. Para sorpresa de muchos, el nuevo gobierno peronista había logrado consolidar una coalición que incluía casi todos los grupos de interés. ¿Cómo se logró este acuerdo? En parte debido al cansancio y realismo que se había apoderado de Argentina. Era evidente que algunos antiperonistas veían el nuevo gobierno peronista como la única oportunidad que el país tenía para resolver sus problemas de una forma rápida y contundente.

Cualquier observador, nacional o extranjero, podía darse cuenta de que las posibilidades de éxito no eran alentadoras. La violencia política crecía vertiginosamente, ya que las guerrillas habían rechazado de plano el nuevo

régimen peronista. Con secuestros y asesinatos trataban de desestabilizar la frágil estabilidad política. Otro factor en contra de este plan era la edad y salud del otrora carismático líder, en quien se cifraba la posibilidad del nuevo consenso político. Perón tenía 77 años y no gozaba de buenas condiciones de salud.

Las nuevas elecciones presidenciales se programaron para setiembre. Esta vez, Perón tuvo éxito al imponer una táctica político que le había fallado en 1951. Su esposa Isabel fue designada como candidata a la vicepresidencia. La victoria para Perón y su esposa fue espectacular con un 62% de la votación. Una vez en el poder, Juan Domingo Perón se volvió contra los movimientos revolucionarios a quienes en algunas ocasiones había alentado en sus comentarios desde el exilio. El Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) fue proscrito, en parte debido a los constantes asesinatos de oficiales militares. Perón dio su aprobación para que se tomaran medidas enérgicas contra las manifestaciones y publicaciones izquierdistas. Parecía que se cumplían las predicciones de Lanusse: Perón era la persona ideal para presidir una contraofensiva militar y policial contra la izquierda revolucionaria.

En el campo económico el ambicioso plan puesto en marcha por Cámpora parecía estar dando los resultados deseados. Para 1973, Argentina experimentó un crecimiento económico debido a los altos ingresos por concepto de exportaciones; el precio de la carne aumentó en el mercado mundial y la producción de granos fue abundante. Durante 1973 la inflación bajó en forma dramática, y para el segundo semestre los salarios reales aumentaron en un

13.3%. Pero en 1974 empezaron los problemas. El aumento en el precio del petróleo afectó la balanza de pagos, a pesar de que Argentina importaba solamente un 16% del total del petróleo. Algunos sindicatos que no pertenecían a la CGT lograron nuevos aumentos de salario, en clara violación al Pacto Social. Como consecuencia otros sindicatos empezaron a luchar por conseguir lo mismo. Dada la creciente presión ejercida por los sindicatos, Perón accedió a otorgar una gratificación al final del año para todos los sindicalistas afiliados a la CGT, con lo que socavó su propio programa antinflacionario.

Con la muerte de Juan Domingo Perón en julio de 1974 quedará en el misterio si este carismático líder hubiera sido capaz de ejercer su liderazgo con las clases obreras. La Presidenta ahora era su esposa Isabel. Después de su caída en 1955, Perón emprendió un viaje de placer a Panamá, donde la conoció cuando ella era bailarina en un cabaret. Isabel no se parecía a Evita. Era una mujer insegura e indecisa, lo cual se hizo evidente al recibir el mandato como la Presidente<sup>3</sup>, ante las agrias quejas de los peronistas. Inmediatamente después de tomar posesión de su cargo, se desató una carrera por ganarse la influencia de la amedrentada mujer que había logrado llegar a la primera magistratura.

La persona con mayor influencia sobre ella, era su ministro de Asuntos Sociales, José López Rega, hombre extraño y ambicioso reconocido por su

---

<sup>3</sup> Normalmente, Isabel Perón, se le debió haber llamado con el género femenino del sustantivo, La Presidenta. Sin embargo la Constitución Argentina solamente hablaba de El Presidente, y sus allegados no querían arriesgar ninguna cosa, por lo que las consideraciones legalistas triunfaron sobre la forma gramatical lógica, y por lo tanto Isabel fue conocida por La Presidente.

debilidad por la astrología y sus agresivas ideas peronistas de derecha. Lo primero que logró López Rega, en octubre de 1974, fue convencer a Isabel de que debía expulsar de su gabinete a los ministros moderados. Luego la persuadió a arremeter contra los izquierdistas, incluso peronistas militantes en este movimiento. Esta fue la tónica de la política durante 1975, al tiempo que los sindicatos empezaban a negociar nuevos contratos con aumentos salariales del 100% o más. La Presidente organizó una contra-ofensiva para anular los acuerdos de grandes aumentos salariales, que después de múltiples huelgas volvió a reinstalar. Este dramático cambio, sumado al baño de sangre entre las guerrillas izquierdistas y los militares, llevó a López Rega a renunciar. Por otro lado, la Presidente perdió su mayoría en el Congreso, ya que la bancada peronista se dividió.

La economía se encontraba fuera de control. En 1975 la inflación llegó a la exorbitante suma de 335%, debido a que las alzas salariales se dispararon hacia arriba. Durante este mismo año las exportaciones decayeron, como consecuencia de una cosecha desastrosa, además de una restricción impuesta a la importación de carne por parte del Mercado Común Europeo. Las reservas de divisas extranjeras cayeron en más de un 50%. Para marzo de 1976 el gobierno de Isabel Perón se vio obligado a adoptar un riguroso plan de estabilización a cambio de ayuda de parte del FMI.

El deterioro en la situación económica estuvo acompañado de un aumento en la violencia política. La guerrilla continuaba con su deliberada táctica de ataques contra la policía y las fuerzas militares, algunos de los cuales fueron

bastante dramáticos. La derecha, por su parte, respondió por medio de organizaciones igualmente violentas, como la Alianza Anticomunista Argentina. El “gran consenso” sobre el cual se iba a basar la nueva era peronista se convirtió en un cruel engaño. El valor de la moneda decaía todos los días, casi cada hora, y el miedo a la guerrilla, ya fuera de la izquierda o de la derecha tenía aterrizados a los ciudadanos, en especial a la clase media urbana. La Presidente estaba aterrizada, sin ningún poder de mando, y cada vez más desconcertada. Una única pregunta se movía en el aire: ¿Cuándo la derrocarían los militares?

El mandato presidencial de Isabel Perón terminaba en 1977 y todo indicaba que los militares estaban dispuestos a permitir que concluyera su período. Si ellos tomaban el poder, asumirían la responsabilidad formal de manejar el desastre económico. Lo mejor era mantenerla en la silla presidencial, en especial porque Isabel Perón le había dado carta blanca a las fuerzas de seguridad para manejar la guerra de guerrillas. Mantener la Presidente hasta el final de su período le daba al gobierno una imagen de legitimidad civil. Pero tal vez la verdadera razón era otra. Los militares consideraban que lo mejor sería que la situación nacional se hiciera tan violenta y el panorama económico tan caótico, que nadie dudara de la necesidad de una intervención militar. Si tal era el caso, los militares tuvieron su oportunidad en marzo de 1976, en lo que sería el golpe de estado más predecible de Argentina. Los oficiales sometieron a la Presidente bajo arresto domiciliario (para ser investigada por corrupción).

Una vez más un gobierno electo democráticamente desaparecía de la Casa Rosada.

## **El regreso de los militares**

Cuando las fuerzas armadas se volcaron contra Isabel Perón, su objetivo era imponer un sistema burocrático –autoritario con capacidad de sobrevivir. Bajo el mando del General Jorge Rafael Videla, el gobierno lanzó una cruenta campaña contra la oposición, conocida como la "guerra sucia" o la "guerra santa". El nuevo régimen empezó por arrestar a diestra y siniestra a “personas subversivas”, hasta el punto de que en un momento dado reconoció tener bajo arresto a 3.500 prisioneros. Después vinieron *los desaparecidos*, aquellos que simplemente “desaparecían”, tal vez entre 10.000 y 20.000 personas. Estos ciudadanos eran secuestrados por hombres bien armados, quienes se negaban a identificarse, pero que sin duda alguna eran agentes de seguridad o paramilitares fuera de sus horas laborales, y que actuaban con la venia del gobierno militar. Se puede decir que no se volvía a saber nada de las personas secuestradas. La clandestinidad con la que se llevó a cabo esta horrorosa matanza, pudo haber provenido de un estudio llevado a cabo por los militares argentinos sobre la dura crítica que recibieron las fuerzas de seguridad en Brasil, cuando a principios de 1970 se les acusó del maltrato que recibían los prisioneros políticos. El error de los brasileños, de acuerdo con los argentinos,

fue poner los sospechosos bajo arresto oficial con lo que se dejaba una evidencia legal.

No se sabe con certeza cuántas de las personas "desaparecidas" eran verdaderamente inocentes, y cuántas apoyaban los movimientos guerrilleros. No cabe duda de que miles de argentinos estaban involucrados de una manera u otra con estos movimientos guerrilleros, ya sea que compartían el rechazo de los rebeldes por la dominación del ala derechista, o bien que participaban como mensajeros, pistoleros, infiltrados, contrabandistas de armas y espías. La guerrilla llegó a acumular un capital de cerca de 150 millones de dólares, producto de robos bancarios y secuestros. Los golpes paramilitares se convirtieron en unos de sus objetivos principales (una bomba estalló en medio de un comedor del ejército, dejando un saldo de 15 muertos y una considerable cantidad de heridos). El ejército y la policía se enfrentaban a un gran reto.

Los enfurecidos generales, impulsados por un fanático apego a las doctrinas de "seguridad nacional", decidieron poner en marcha un plan ofensivo sin ninguna barrera legal. Los "desaparecidos" fueron víctimas de una táctica diseñada en forma consciente para aterrorizar al país. El combate con la guerrilla se convirtió en una lucha brutal. Incluso hubo una batalla convencional en la provincia de Tucumán. Al final los generales ganaron, pero el precio pagado fue terrible. Consideraban que no había otra alternativa, y rechazaron en forma cruel toda crítica desde cualquier frente. Uno de los testimonios más leídos fue el de Jacobo Timerman, antiguo editor de un periódico de Buenos Aires, que calificaba las torturas a que fue sometido como

tremendamente antisemitas e incluso pronazis. De esta manera la orgullosa Argentina se convirtió en paria internacional, junto a Chile y Sudáfrica, y su gente, caracterizada por ser expresiva y acostumbrada a las discusiones, sufrió la ignominia del silencio y la intimidación.

¿Qué perseguían las guerrillas? Existían varios grupos, pero todos luchaban por la caída violenta del gobierno, y la puesta en marcha de un régimen socialista revolucionario de la línea marxista-leninista. La mayoría era gente de la clase media, estudiantes universitarios o recién graduados. Eran idealistas, que habían sufrido los altibajos del sistema político argentino, atrapados en una apasionada rebelión contra la estructura socioeconómica, que irónicamente era una de las más "modernas" de América Latina. Una vez que estas guerrillas se vieron acorraladas por la lucha, no había punto de regreso. Los militares estaban dispuestos a terminar con la oposición, y el armisticio no era siquiera una remota posibilidad. Era una guerra a muerte.

Tal y como sucedió en otros lugares de América Latina, esta guerra demostró que un gobierno bien equipado, con la suficiente determinación, podía normalmente, salvo rupturas importantes entre las elites de la sociedad en el poder, vencer al movimiento guerrillero. Un factor crucial en esta lucha fue el tácito, y algunas veces explícito, apoyo de la clase media a la campaña contra la guerrilla. La clase media argentina era la más extensa de la América Latina, y por lo tanto, un actor determinante en este drama político. Había presenciado consternada el deterioro del orden bajo la administración de

Isabel Perón de 1974 a 1976, y por lo tanto la mayor parte de la clase media apoyó el golpe de estado de 1976.

La toma del poder en marzo de este año tenía la intención de ser un golpe que terminara con todos los derrocamientos. Videla y sus colaboradores proclamaron que su meta no era simplemente acabar con el caos de los días peronistas, sino también reestructurar la sociedad. La Junta prometió erradicar el terrorismo, y por lo tanto eliminar de la escena política a algunos de los principales actores. También planeaban revitalizar el sector público, incluyendo el capital extranjero y nacional, reducir el sector público y en consecuencia replantear las relaciones entre los empresarios, los obreros y el Estado. La Junta afirmó que Argentina era parte del "mundo occidental cristiano", y para mantener tan loables principios, ofrecieron "reeducar" a la población, haciendo hincapié en los valores de "moralidad, rectitud y eficiencia". De esta manera, los soldados pondrían las bases para una eventual "democracia" que estaría, con palabras muy bien escogidas, "de acuerdo con la realidad, las necesidades y el progreso de los argentinos".

Para alcanzar estos ideales, los militares emprendieron una guerra contra la oposición. Se infiltraron más que nunca en todos los estratos de la sociedad, abolieron la "Confederación General del Trabajo", y se apoderaron de otras instituciones, tales como asociaciones deportivas y organizaciones de caridad.

En 1978, Argentina fue la anfitriona de la Copa Mundial de Fútbol. Los generales vieron esto como una oportunidad caída del cielo para lanzar una

campaña de propaganda. En esta justa Argentina se convirtió en el campeón, para deleite del pueblo argentino, y para beneplácito de los generales de línea dura. Aunque fuera durante unas semanas los argentinos se sintieron orgullosos de su país. Pero la euforia pronto se disipó con las realidades de la crisis nacional.

Una de las preocupaciones más grandes tenía que ver con la economía. El Ministro de Economía, José Martínez de Hoz, ferviente representante de la teoría neoliberal, inmediatamente instauró un plan de estabilización destinado a controlar la inflación y ganarse la confianza de los acreedores internacionales. La clase trabajadora se vio afectada por una reducción del salario real, mientras que a los empresarios se les dificultó el acceso al crédito. Los sectores más favorecidos fueron los bancos y las instituciones financieras, que ganaron jugosas sumas cuando las tasas de interés real alcanzaron cifras históricas (generalmente entre un 20% y un 40%). El flujo de capital extranjero aumentó en forma dramática, pero gran parte de éste era especulativo. Martínez de Hoz se abocó también, a desnacionalizar una serie de empresas estatales, al tiempo que gravaba con aranceles casi todos los bienes industriales.

Estas políticas lograron reducir la inflación a un 88% en 1980 y obtuvieron un superávit en la balanza comercial de pagos durante cuatro años consecutivos (1976-1979). Sin embargo, para 1981 el panorama se oscureció otra vez; una serie de fracasos bancarios provocó una enorme salida de capital. La inflación sobrepasó otra vez el 100%, y una recesión se apoderó de

Argentina. Para 1981 la industria operaba a la mitad de su capacidad, y el ingreso real era menos que el registrado en 1970.

A pesar de estos problemas económicos, las fuerzas armadas demostraron un notable grado de coherencia y unión. Se trataba de un régimen institucional, no del espectáculo de un solo hombre, lo cual se hizo evidente cuando en marzo de 1981 Videla le pasó el poder al General Roberto Viola. El nuevo Presidente no tenía la energía necesaria para un cargo con tantas presiones y, a inicio de 1982 le cedió el poder al General Leopoldo Galtieri, Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas.

En marzo de ese año Galtieri decidió probar la suerte del gobierno con las *Falklands Islands* dominadas por los ingleses, y conocidas en Argentina como las Islas Malvinas. Sobre estas islas pesaba un reclamo argentino que se había mantenido por años. Durante el período presidencial entre 1946 y 1955, Perón retomó el asunto de la disputa sobre estas islas, pero Inglaterra simplemente hizo caso omiso a sus alegatos. En 1965 las Naciones Unidas convocaron a Gran Bretaña y Argentina a iniciar conversaciones con la finalidad de llegar a una solución pacífica. La disputa sobre la soberanía nunca había sido formalmente considerada sino hasta 1977, cuando el Servicio de Inteligencia Británico advirtió sobre una posible invasión. En esta ocasión Inglaterra envió, sin mucha publicidad, una pequeña flota de guerra y el conflicto no pasó a más.

En 1982 los argentinos pensaron que los británicos habían cambiado de actitud y que no se molestarían en defender unas desoladas islas a 12.800

kilómetros de distancia de Gran Bretaña, habitadas por solamente unos 1.800 súbditos británicos y unas 600.000 ovejas. El 2 de abril un gran contingente de las fuerzas argentinas invadieron las islas, y muy pronto lograron dominar la desarmada guarnición de la Marina Real.

La conservadora Primera Ministra británica, Margaret Thatcher, no estaba dispuesta a ver la soberanía británica y sus súbditos abofeteados por una dictadura militar de América del Sur. Los británicos denunciaron la invasión y enviaron una fuerza superior de ataque; además, justificaron su inminente intervención militar como necesaria para evitar que el agresor le usurpara a los isleños el derecho a la autodeterminación. A finales de mayo de ese año, las fuerzas británicas desembarcaron miles de tropas en las *Falklands/Malvinas*, y establecieron cabezas de playa. Todos los países latinoamericanos, excepto tres, apoyaron a Argentina ante la Organización de Estados Americanos, en un voto que condenaba a Inglaterra como el agresor.

¿Por qué el gobierno de Galtieri había decidido invadir las islas? Era evidente que la economía se encontraba otra vez por el suelo, con una inflación y una deuda externa que alcanzaban niveles muy altos. En los días previos a la invasión del 2 de abril, tuvo lugar la más grande demostración antigubernamental desde la toma de poder por los militares en 1976. Galtieri y algunos de sus allegados militares pensaron que el señuelo de una rápida victoria militar en las *Falklands/Malvinas* era la oportunidad de levantar la hundida popularidad del Gobierno. Aún más, Galtieri estaba seguro de que obtendría, por lo menos, el apoyo tácito de la administración del Presidente

Reagan, con la cual los generales argentinos habían desarrollado una cálida relación.

A fin de cuentas, Galtieri tenía razón sobre la reacción de la ciudadanía. La invasión produjo un desbordante sentimiento patriótico. Esto se debió, de alguna manera, al control ejercido por el gobierno sobre los informes de guerra, que en forma hiperbólica hablaban solamente de las victorias argentinas ¿Era posible que una Argentina dividida por años lograra encontrar una manera de unirse?

**Fotografía inserta**  
**Pie de foto**

La toma de las islas Malvinas/Falkland en 1982 llevó el país a una masiva demostración de nacionalismo y desafío. (C. Carrión/SYGMA).

La ciudadanía muy pronto experimentó un rudo golpe al volver a la realidad. Las tropas británicas, mejor entrenadas y con mayor experiencia, barrieron a lo largo del lado oriental de la isla y sitiaron a los 7.500 soldados que se encontraban acorralados en la capital, *Port Stanley*. Después de una endeble consulta con Buenos Aires y de una esporádica resistencia, el comandante argentino se rindió; la única opción sensata dado el estado de desmoralización, la condición y la posición de las tropas argentinas. La repentina rendición fue un duro golpe para Buenos Aires. La propaganda gubernamental se hizo añicos. Gran Bretaña, supuestamente debilitada e incapaz de defender estas lejanas islas, había derrotado, en forma contundente, a las fuerzas argentinas superiores en número. Solo la Fuerza

Aérea Argentina había demostrado la habilidad y el coraje para pelear con eficiencia.

## **La transición hacia la democracia**

La Junta dirigida por Galtieri había cometido un error fatal: como gobierno castrense había emprendido una aventura militar y había fracasado en su intento. La reacción del público fue inevitable: ¿Para qué sirven los generales, si no pueden ni siquiera ganar una pequeña guerra? El fervor patriótico cambió de tono y se convirtió en horribles manifestaciones en las afueras de la Casa Rosada. Galtieri renunció, bajo una intensa presión de parte de sus colegas oficiales, al tiempo que la unidad militar empezaba a desmoronarse. La marina y la fuerza aérea abandonaron la junta, y dejaron el poder en manos de las fuerzas armadas. El nuevo presidente fue un desconocido general retirado de los cuerpos de ingeniería, el general Reynaldo Bignone. Al asumir el poder en julio de 1982, Bignone, con gran coraje, reclamó el derecho argentino sobre las islas *Falklands*/Malvinas, prometió convocar a elecciones en 1983, y el regreso a un gobierno civil para 1984. Parecía como si la incompetencia de los generales hubiera restaurado la legalidad a los políticos civiles.

Para 1982 la economía iba de mal en peor; la tasa de inflación estaba en un 200%, los obreros habían perdido cerca de un 25% de su ingreso real, y el país se declaró en estado de bancarrota de facto para hacerle frente a la deuda externa privada. A principios de 1983, el valor nominal del salario

mínimo era de un millón de pesos a la semana, equivalente a \$19. A los brasileños, cuya inflación había llegado a 100%, les pareció cómico cuando en Argentina se imprimieron billetes de un millón de pesos; los mismos argentinos se sentían frustrados ante esta situación. Las monedas de cien pesos, que tenían un valor real de menos de un centavo de dólar, fueron sacadas de circulación, y el único uso que tenían era cuando los fanáticos del fútbol se las tiraban a los árbitros, o cuando los disidentes se las lanzaban a la policía.

Para poder obtener la tan necesitada financiación externa, el gobierno estuvo de acuerdo en poner en marcha un plan de austeridad elaborado con la colaboración del FMI. Sin embargo, surgieron grandes dudas sobre la posibilidad de que un gobierno militar lograra una transición hacia un gobierno civil. En diciembre de 1982 la oposición puso en marcha la más grande protesta antigubernamental en siete años de dominio militar.

Para sorpresa de casi todo el mundo, el líder del Partido Radical, Raúl Alfonsín, ganó las elecciones presidenciales con un 52% del total de la votación; los radicales también ganaron la mayoría de los escaños en la Cámara de Diputados. Los peronistas, quienes nunca habían perdido una elección libre desde 1945, obtuvieron solamente un 42%. Alfonsín se había distinguido como un valiente defensor de los derechos humanos durante las dictaduras militares. Por otro lado, su partido era el único partido no peronista capaz de formar un gobierno con posibilidades de éxito.

El nuevo régimen enfrentaba grandes problemas. En primer lugar, debía cumplir con el compromiso de llevar a juicio a los militares y policías que

habían asesinado o "desaparecido" a más de 10.000 sospechosos. El público que le había dado su apoyo era el mismo que sentía una gran repulsión contra estos criminales. Argentina se convirtió en el primer país que procesó sus propios militares por crímenes cometidos en territorio nacional. Los juicios de Nuremberg contra los nazis fueron llevados a cabo por las fuerzas victoriosas de los poderes extranjeros; para los argentinos éste era un terreno inexplorado. ¿Cuántas personas debían ser procesadas? ¿Dónde terminaba la responsabilidad criminal? ¿Cómo afectarían estos juicios el esfuerzo por construir un cuerpo militar democrático?

El segundo problema de importancia fue el económico. La inflación había alcanzado 400% en 1983 y además, Argentina no estaba en capacidad de efectuar los pagos de su enorme deuda externa, y tampoco había podido modernizar su economía para poder sobrevivir en un mundo comercial. Por otro lado, Alfonsín se enfrentaba al permanente problema de la lucha por el ingreso entre las competitivas clases y los diferentes sectores. Los grandes sindicatos estaban heridos, pero no vencidos por la represión militar.

El tercer problema era dar con una base política confiable. ¿Podrían los radicales, un partido minoritario desde 1945, retener la mayoría que Alfonsín había ganado? Si no fuera así, ¿sería posible conseguir una coalición factible?

Alfonsín se enfrentó valientemente a estas dificultades. Llevar a juicio a los torturadores se convirtió en una batalla sin ganadores. Una comisión nombrada por el Presidente documentó la muerte o "desaparición" de 8.906 argentinos. El gobierno acusó a los nueve militares, Comandantes en Jefe,

por crímenes que iban desde asesinato hasta violación. Cinco de ellos fueron declarados culpables y se les envió a prisión, mientras que tres de los cuatro que fueron sobreseídos, más tarde enfrentaron un juicio militar, que los encontró culpables y se les sentenció a prisión, pero ¿hasta dónde debía llegar este enjuiciamiento? En 1987 tuvo lugar una revuelta militar contra los procesos inminentes. Estas circunstancias obligaron al Congreso a eximir de cargos a todos los oficiales con rango inferior a general. Incluso los juicios en proceso fueron desestimados. Esto enardeció los ánimos de los defensores de los Derechos Humanos, y de los familiares de los "desaparecidos", quienes denunciaron la imposibilidad para llevar a juicio cientos, si no miles, de otros casos. Los seguidores de Alfonsín alegaron que ningún otro país en Latinoamérica había osado jamás enjuiciar a sus oficiales por crímenes cometidos durante los gobiernos militares. Por otro lado, los militares estaban lejos de arrepentirse. Era evidente que la represión y la consiguiente lucha por lograr justicia dejaría una profunda herida en la sociedad argentina.

El gobierno de Alfonsín debió hacerle frente a un problema inmediato, la incapacidad para efectuar los pagos de la desmesurada deuda externa, que alcanzaba unos cincuenta mil millones de dólares. Las exportaciones no alcanzaron un superávit suficiente como para cubrir los pagos de esta deuda; por lo tanto, Alfonsín se vio forzado a buscar nuevos préstamos. A cambio de nuevos préstamos el FMI le impuso un plan de austeridad. A pesar de este plan, la inflación llegó a 627% en 1984 y se acercó a 700% en 1985. El Gobierno no tuvo otra alternativa más que poner en marcha el "Plan Austral", el

cual consistía en poner en circulación una nueva moneda, conocida como "el austral", con la esperanza de poder combatir la sicosis inflacionaria, además del congelamiento de los salarios. La inflación decayó a menos de 100%; una victoria desde el punto de vista de Latinoamérica. Sin embargo, Argentina experimentó una recesión y una brusca caída en los salarios reales. Las medidas provisionales adoptadas por el Gobierno evitaron que éste se declarara incapaz de efectuar los pagos de la deuda externa. Muchos dudaban de que Argentina pudiera honrar la deuda, que representaban el 6% del producto interno bruto.

En la escena política Alfonsín se las arregló para mantenerse a flote, a pesar de las crecientes circunstancias adversas. En las elecciones de 1985, los Radicales lograron conservar la mayoría en el Congreso, debido a que la clase media no apoyaba a los Peronistas debido a las fuertes divisiones entre sus filas. Por otro lado, los sindicatos también se mantenían a la defensiva. En 1987 los candidatos Peronistas al Congreso le ganaron la batalla a los Radicales, obtuvieron un 41% de la votación contra un 37%. También lograron extender su supremacía en las gobernaciones provinciales, donde alcanzaron 16 gobernadores de un total de 22.

El Plan Austral se fue haciendo más complicado debido, en parte, a la propensión de Alfonsín de negociar por medio de arreglos y compromisos. La inflación aumentó y el tipo de cambio subió sin ningún control. Para principios de 1989 los precios subían a más del 30% mensual, y a mediados de ese año llegaron a más del 100%. La producción cayó en picada y los ingresos

disminuyeron. El producto interno bruto se contrajo en un 3% en 1988 y en un 6% en 1989. En general, el ingreso per cápita disminuyó en casi un 25% durante la década de 1980.

Los peronistas aprovecharon este panorama, y en las elecciones de mayo de 1989 llevaron al candidato de este partido, Carlos Saúl Menem, gobernador de la provincia de La Rioja, a la Presidencia. Obtuvieron casi el 47% del voto popular, y una clara mayoría en el Colegio Electoral. Menem derrotó con facilidad al candidato de la UCR, Eduardo Angeloz, y a dos candidatos más.

Esta elección marcó un hito en la política argentina: era la primera vez que un partido de oposición triunfaba en una elección presidencial en más de setenta años, y también, por primera vez, los peronistas llegaban al poder sin el espectro del propio Perón. Si el país podía dar estos pasos, según algunos analistas, se vislumbraba una verdadera oportunidad para llegar a una democracia genuina.

Esto no significaba que fuera una tarea fácil. La crisis económica se intensificó, y en mayo de 1989, el mes de las elecciones, se dieron saqueos en los comercios. La proverbial canasta de trigo del continente sufría la humillación de enfrentarse a manifestaciones en demanda de comida. El sorprendido Presidente Alfonsín declaró el estado de sitio y anunció que renunciaría seis meses antes de lo programado: "Ningún presidente tiene el derecho a pedir constantemente el sacrificio del pueblo, si su conciencia misma le dicta que él con su propio sacrificio no puede aliviar el de los demás". Alfonsín, descorazonado y escarmentado, dejó a un lado su ambición de haber

sido el primer Presidente libremente electo en terminar un período presidencial completo desde la década de 1920.

Menem asumió el poder bajo estas sombrías circunstancias. La inflación había alcanzado una tasa de un 150% mensual. El país se encontraba atrasado (en casi cuatro mil millones de dólares) en sus pagos de la deuda externa, que rondaba casi los 64 mil millones de dólares. Al finalizar ese año, Menem nombró un nuevo Ministro de Economía, Antonio Ermán González, quien de forma inmediata impuso un severo plan de austeridad. Levantó los controles sobre los precios, permitió que el tipo de cambio flotara libremente, redujo los impuestos de exportación e importación, y suspendió una serie de medidas restrictivas sobre el comercio externo. Para enero de 1990, Menem sorprendió al público, al transferir intereses devengados de los certificados bancarios a bonos con un plazo de 10 años. En otras palabras, confiscó los ahorros de la clase media. Estas y otras severas medidas provocaron una recesión que puso fin a la hiperinflación.

Menem y sus ministros pusieron en marcha un programa que violaba los respetados principios peronistas: la privatización de compañías estatales para transferirlas a manos de inversionistas privados. En junio de 1990, el Gobierno subastó la Compañía Nacional de Teléfonos, Entel, que pasó a manos de un consorcio de inversionistas españoles, italianos y franceses. En julio del mismo año, se vendió la línea aérea nacional, Aerolíneas Argentinas, a Iberia de España. No contento con todas estas severas medidas, Menem anunció su deseo de privatizar la electricidad, la explotación de carbón y de gas natural,

los servicios del metro y de los muelles. Las doctrinas de la economía neoliberal parecían triunfar en Argentina.

A principios de 1991, Menem nombró como su nuevo Ministro de Economía a Domingo Cavallo, hombre de imponente personalidad y firme creyente en las tajantes reformas del mercado. Cavallo extendió el plan de privatización, y para 1994 el Gobierno había logrado ganancias por más de 9 mil millones de dólares por concepto de privatizaciones. Además, basó su programa en la "Ley de Convertibilidad", que restringía el monto del gasto público a las ganancias obtenidas. Prohibió la impresión de dinero, y lo más importante, equiparó el valor del peso argentino al dólar estadounidense. El apego a este tipo de reformas le dio al Gobierno credibilidad económica y atrajo un considerable flujo de capital privado. Además, en 1993, Cavallo fue el artífice de la reestructuración de la deuda externa de Argentina, al tiempo que el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional seguían apoyando su política de línea dura. La inflación decayó de 4900% en 1989 a menos de un 4% en 1994, y el crecimiento económico aumentó alrededor de un 6% anual. Los observadores extranjeros y nacionales atribuyeron el triunfo a un "milagro económico".

Algunos de los factores negativos de este plan fueron la sobrevaluación del peso, que favoreció las importaciones y desalentó las exportaciones, situación que provocó un déficit comercial de más de 6 mil millones de dólares en 1994. Otro punto negativo fue el desempleo y el empobrecimiento de la clase media. De acuerdo con un estudio llevado a cabo durante la primera parte

de la década de 1990, cerca de la mitad de la clase media pasó a formar parte de la clase baja. Al mismo tiempo, el desempleo aumentó de 6.5% en 1991 a un 12.2% en 1994.

Como era de esperarse, las medidas tomadas por el Gobierno de Menem provocaron desacuerdos entre el movimiento laboral. La CGT se dividió en dos bandos, uno al mando de Saúl Ubaldini, constante crítico de las políticas de Menem, y el otro a la cabeza de Guerino Andreoni, partidario del presidente Menem. En setiembre de 1990 la administración Menem logró derrotar la huelga de los trabajadores de la compañía de teléfonos que buscaban un aumento de salario, considerado como una medida inflacionaria. El incremento en la tasa de desempleo y los despidos, por parte del Gobierno, desataron en 1993 protestas en el interior de las provincias, especialmente en La Rioja y Santiago de Estero. A mediados de 1994 los disidentes organizaron una gran manifestación en Buenos Aires. Parecía irónico para muchos y doloroso para otros, que un gobierno peronista disolviera las huelgas organizadas por los movimientos laborales y se enfrentara a las protestas de la clase trabajadora.

Al principio, las Fuerzas Armadas pusieron al Presidente Menem ante un controversial reto. Algunos meses después de tomar el poder el Presidente emitió una serie de indultos, entre los que se favorecían a participantes en revueltas militares de menor escala, ocurridos entre 1987 y 1989, cuyo propósito era una protesta política más que una toma del poder. En diciembre de 1990, estalló una nueva rebelión militar, cuyos protagonistas eran los "carapintadas". Esta revuelta, dirigida por el coronel Mohaamed Ali Seineldín,

recalcitrante nacionalista, se llevó a cabo sólo unos pocos días antes de la visita del Presidente de Estados Unidos, George Bush. Esta sublevación fue aplastada, pero representó un grave reto para la autoridad de Menem. El 29 de diciembre, en vísperas de las fiestas de fin de año, Menem, emitió una nueva serie de indultos que favorecían a los antiguos líderes de los gobiernos militares y participantes de las campañas de represión política, y al mismo tiempo aseguraba que él no había cedido ante los rebeldes. Esta decisión levantó protestas y provocó algunas renunciaciones importantes. A pesar de esto, los militares salieron ganando; no habría más denuncias o juicios por ofensas cometidas contra los derechos humanos durante la llamada guerra sucia.

Como las Fuerzas Armadas continuaban mostrando signos de descontento, en especial debido a pequeñas reducciones, Menem buscó a finales de 1994 apaciguar a los generales al expresar su gratitud por la horrorosa campaña: "Triunfamos en esa guerra sucia, la cual puso nuestra sociedad al borde de la disolución". Los defensores de los derechos humanos criticaron en forma vehemente las declaraciones de Menem. Poco después el Presidente fue avergonzado por las confesiones públicas de algunos antiguos oficiales militares, quienes contaron que durante la década de 1970, como parte de las prácticas navales, era rutina tirar prisioneros políticos al mar. Los legados de la guerra sucia permanecen vivos en el pueblo argentino.

En 1994 con el apoyo del Congreso, el Gobierno reformó la vieja Constitución de que tenía más de 140 años de promulgada. De acuerdo con un pacto entre el presidente Menem y Raúl Alfonsín, ahora líder del partido

Radical, las enmiendas incluían la reducción del período presidencial de seis años a cuatro años, con derecho a una reelección. Se establecían límites al poder del presidente para gobernar por decreto de emergencia. Se creaba el puesto de jefe de gabinete, quien podía ser removido de su cargo, si se contaba con la mayoría de los votos en el Congreso (con esta medida se aumentaba la dosis de autoridad parlamentaria). Se fortalecería el sistema judicial y se le daría autonomía a la ciudad de Buenos Aires. Los proponentes de estas medidas reclamaron, en forma inmediata, que éstas le darían mayor credibilidad al gobierno, descentralizarían el poder y establecerían un sistema de comprobación y saldos. Los oponentes a estas medidas, incluyendo muchos de los radicales, argumentaban que eran una maniobra de Menem para perpetuarse en el poder.

Casi de inmediato, Menem se postuló como candidato para las elecciones de 1995. A pesar de los rumores de corrupción en las altas esferas y de un amplio resentimiento por el estilo autoritario del presidente Menem, éste triunfó con una sólida victoria del 49.8% de los votos (de acuerdo con la nueva Constitución, el Presidente requería solamente el 45% de la votación para evitar llegar a una segunda ronda). El otrora orgulloso partido UCR estaba dividido y desmoralizado. Había sido representado en estas elecciones por un oscuro candidato, y obtuvo sólo el 17.1% de la votación. La oposición más fuerte fue encabezada por José Bordón, disidente peronista que se había puesto a la cabeza de una coalición centro-derechista conocida como FREPASO (Frente País Solidario) que obtuvo un 29.2 % de la votación. Para

algunas personas, era como si la larga tradición argentina de dos partidos mayoritarios estuviera llegando a su fin. El panorama parecía incierto en cuanto a la posibilidad de que Bordón tuviera la capacidad de consolidar el partido en forma permanente.

En el campo internacional Argentina dio dos pasos novedosos y decisivos: uno fue promover el desarrollo del MERCOSUR (Mercado Común del Cono Sur), una coalición con cuatro socios principales que incluían a Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay, la cual se estableció con el Tratado de Asunción en 1991. El proyecto buscaba la creación de una zona de libre comercio, que llegaría a convertirse en una unión arancelaria, y finalmente en un mercado común con todas sus capacidades, de acuerdo con el ejemplo de la Unión Europea. A pesar de algunas tensiones entre los miembros, el volumen de comercio e inversión del MERCOSUR creció rápidamente durante los primeros años de la década de 1990. Este éxito parece que le valió a Argentina arrogarse el liderazgo en Sudamérica, a pesar de que Brasil reclamaba este papel.

El segundo paso fue el giro que tomó la política internacional del presidente Menem. Había una clara alineación con Estados Unidos (al Ministro de Relaciones Exteriores se le atribuyó haber expresado sarcásticamente, que Buenos Aires estaba buscando "relaciones carnales" con Washington). En 1991 Menem apoyó en forma abierta las acciones militares de los Estados Unidos en la Guerra del Golfo, y en 1994 las acciones en Haití. El presidente Menem normalizó las relaciones con Gran Bretaña, y proclamó su

determinación de buscar un acuerdo pacífico con respecto a las islas Falklands/Malvinas. Además, buscó fortalecer sus vínculos con la Unión Europea. También se convirtió en mordaz crítico de la Cuba de Fidel Castro, y abandonó los lazos con algunos países en vías de desarrollo de África y Asia: "No quiero pertenecer al Tercer Mundo" dijo en una ocasión, "Argentina debe pertenecer al Primer Mundo, que es el único que debería existir".

# **Informe de investigación**

## ***Introducción***

Este trabajo forma parte del proyecto de graduación para aspirar al título de Maestría en Traducción Inglés-Español. Consiste de la traducción del capítulo III titulado “Argentina: prosperidad, estancamiento y cambio” y el respectivo informe de investigación, en el cual se analiza la traducción desde el punto de vista de su originalidad.

Este libro fue publicado en Estados Unidos, para una población universitaria, o bien un público con nivel universitario que necesite saber sobre la historia de América Latina. Consta de once capítulos dedicados al análisis de la vida política, social y económica de algunos países de América Latina. En el primer capítulo se hace un análisis del período colonial de América. En el segundo capítulo, los autores exponen sus teorías en cuanto a la transformación que ha sufrido América Latina. En los siguientes seis capítulos analizan la situación de Argentina, Chile, Brasil, Perú, México, y Cuba. El capítulo nueve contiene un análisis sobre algunos países del Caribe y el capítulo diez sobre Centro América. En el capítulo once se analizan las relaciones entre América Latina y Estados Unidos. El libro tiene un prólogo y se cierra con un epílogo donde los autores hacen una predicción sobre el futuro de Latinoamérica. El capítulo tercero de este libro es un resumen de la historia de Argentina, en el que se analizan aspectos históricos, económicos y políticos

de este país, desde la época de la colonia hasta los días del presidente Carlos Menem. Aquí, los autores hacen hincapié en los problemas sociales y económicos a los que les atribuyen los múltiples vaivenes políticos por los que ha atravesado este país suramericano.

Los hechos que hoy aquejan a nuestros países tienen su origen en las grandes transformaciones que nuestras naciones han sufrido y en los cambios en las estructuras de poder que han moldeado la cultura, el pensamiento, y la vida social y económica del latinoamericano. La historia de Argentina se caracteriza por los grandes cambios que han afectado y siguen afectando la vida económica y social de sus habitantes. Estos constantes vaivenes en las decisiones políticas de sus líderes han moldeado las estructuras políticas de este país, creando grupos de poder que permanecen vivos hasta hoy en día. Las diferentes corrientes del pensamiento político y económico que surgieron en otras partes del mundo, principalmente en Europa y Estados Unidos, también llegaron a Argentina, y generaron nuevas tendencias que luego desembocaron en movimientos políticos con fuertes arraigos en el pueblo argentino.

Los autores analizan la situación de Argentina con una doble visión: examinan los hechos históricos en sí, pero también la forma en que los distintos cambios políticos de los diferentes regímenes por los que atravesó Argentina modificaron la política exterior de los Estados Unidos con respecto a América Latina. El libro muestra los grandes contrastes que existen en nuestra América: rica en recursos naturales, pero con asombrosos niveles de pobreza; enormes ganancias, pero una pésima distribución del ingreso; valientes estadistas que

forjaron repúblicas, pero rodeados de élites corruptas. Estos contrastes son un reflejo de la realidad latinoamericana de hoy en día y nos ayudan a entender las raíces de muchos de los problemas que parecieran producto de los últimos años, pero que son viejas dolencias.

Argentina experimentó todas las modalidades de gobierno que se dieron en América Latina, desde regímenes autoritarios, dictaduras represivas, y elecciones manipuladas por los políticos, hasta un gobierno electo democráticamente. Sin embargo, en la mayoría de estos casos, los gobiernos no lograron llevar la prosperidad a todos los sectores de la población, la riqueza se concentró en pocas manos, lo que ocasionó graves crisis sociales. Y como si fuera poco, el poder estuvo, muchas veces, en manos de militares que no tenían la capacidad ni el conocimiento necesario para administrar la hacienda pública y, mucho menos, para poner en marcha programas sociales que pudieran aliviar la crisis de los sectores más pobres. Estos gobiernos impulsaron medidas a corto plazo para solventar viejos problemas y no se establecieron programas a largo plazo, con metas definidas para una solución definitiva de los problemas, o bien con miras a un crecimiento a largo plazo. De esta manera, los gobiernos, particularmente los militares, solucionaban las crisis sociales y económicas por medio de medidas represivas, sin que el pueblo tuviera participación en esas decisiones. Sólo de esta manera se puede explicar, cómo esta nación pudo sobrellevar situaciones tan difíciles como la llamada “guerra sucia”, donde desaparecieron miles de ciudadanos, muchos de los cuales solamente habían cometido el delito de protestar contra fuertes

medidas económicas o represivas. Argentina se convirtió en un país donde reinó el caos y la barbarie, sin que los responsables de actos tan detestables fueran acusados. Estas medidas represivas eran, también, la manera de sostener a un pueblo atemorizado, sin el derecho a la libre expresión, bajo condiciones económicas tan difíciles como vivir con una inflación del 700%.

Se destacan en este capítulo los grandes personajes de la historia de este país sudamericano, tales como Roque Sáenz Peña, Hipólito Irigoyen, y por supuesto, las figuras de Juan Domingo Perón y Evita Perón, claves para entender la fidelidad que hasta hoy en día tiene este pueblo con el Partido Justicialista. También se destacan otras figuras de la historia de Argentina, como los generales Videla y Viola, que escribieron unas de las más negras páginas de la historia argentina, como líderes de una represión sin misericordia; único medio que, a su juicio, le devolvería a este pueblo la paz, y la prosperidad que tanto anhelaban. Como corolario de este capítulo, los autores hacen un análisis del regreso a la democracia, con los presidentes Raúl Alfonsín y Carlos Menem.

La elección de este capítulo como tema y material del trabajo de graduación se debe a la importancia de la historia de este país para el resto de América Latina, sobre todo a la luz de los acontecimientos ocurridos en Argentina en el último año, que han puesto otra vez este país en la palestra. Esta situación despierta un nuevo interés en conocer su historia para comprender los alcances de los acontecimientos actuales, pero aun más significativo es comprender al pueblo argentino, el ciudadano común, que se

vuelca a las calles en demanda de una solución, no a esta última crisis en particular, sino a casi un siglo de constante agitación política y social, con grandes consecuencias económicas para el pueblo. Cuando se analiza la historia de esta nación se puede comprender por qué los ciudadanos protestan ante las puertas de los bancos para que se levante el cerco financiero impuesto a sus ahorros, ante la amenaza de nuevas crisis económicas, porque ésta no sería la primera vez que los ciudadanos argentinos han perdido sus ahorros, o bien la inflación se ha comido las reservas de capital de esta nación. La historia nos enseña que Argentina ha tenido bonanzas económicas, pero que, en un abrir y cerrar de ojos, han pasado de la bonanza al hambre. Las causas de lo que recientemente ha vivido Argentina no se pueden explicar con base en las dos últimas administraciones del Presidente Carlos Menem, sino que tienen su origen en la historia de este pueblo.

Durante este último año, los periódicos de América Latina han escrito mucho sobre la crisis de Argentina, y sobre el temor de que la misma situación se presente en otros países. Las condiciones sociales, económicas y políticas de Argentina son parecidas a las de muchas otras naciones latinoamericanas, por lo tanto, la historia de este país cobra importancia y se convierte en un espejo en el cual ninguno de los otros países del área quisiera ver su imagen reflejada.

## **Justificación del texto en cuanto a la traductología**

En el proceso de la traducción de este texto se reflexionó sobre las teorías de Román Jakobson (1975) Octavio Paz (1981) y los post-estructuralistas. A la luz de los escritos de estos autores se decidió adoptar para el análisis de la traducción un enfoque teórico novedoso, el cual se concentra en demostrar las diferencias que existen entre un texto fuente y su versión en otra lengua. Román Jakobson y Octavio Paz establecen que el traductor puede acercarse lo más posible al texto fuente, pero no se puede alcanzar una equivalencia absoluta, sino que todo texto traducido es una nueva versión, una obra nueva. La ausencia de una equivalencia absoluta se da en todo tipo de texto incluyendo los de temas históricos, como se demuestra con el texto utilizado para este trabajo de graduación.

El análisis que ofrecemos se justifica por la relativa novedad que este enfoque significa para la comunidad de traductores en Costa Rica. En él, el concepto de la fidelidad tradicional, conocida como aquella en la cual un traductor teme hacer cambios, porque éstos podrían cambiar el sentido que el autor quería darle al texto, se transforma para darle paso a una concepción de traducción, donde ésta consiste, precisamente en esto: cambiar, modificar, alterar, y poder así transmitir la interpretación que le hace el traductor al texto fuente, en su afán de hacerla inteligible en la forma más completa para el público meta. En esta traducción se trataba de un texto que presenta una situación totalmente latinoamericana, pero plasmada en inglés, para luego

devolverla a su origen cultural: el español. Esta configuración de hechos convierte el texto elegido en un terreno fructífero para realizar el análisis pretendido. Es importante mencionar que estos cambios, por supuesto, no conllevarían un cambio en el sentido histórico de la obra traducida.

En vista de lo ya expuesto se pueden resumir los objetivos de este trabajo de la siguiente manera:

### **Objetivo General**

Analizar la traducción del capítulo No.3 "Argentina: Prosperity, Deadlock and Change" (Argentina: prosperidad, estancamiento y cambio) del libro *Modern Latin America (América Latina Contemporánea)*, desde el punto de vista teórico de que la traducción es cambio "equivalencia en la diferencia", o un espacio para descubrir la diferencia.

### **Objetivos Específicos**

- a. Mostrar que los cambios que lleva a cabo la traductora tienen que ver, en parte, con la cultura meta hacia la cual se dirige la obra traducida.
- b. Mostrar por otro lado, que la traductora no permanece insensible en el proceso de la traducción, ya que toma sus decisiones con base en su interpretación propia.

- c. Analizar las técnicas de amplificación, explicitación y omisión como recursos al servicio del traductor para expresar la interpretación del traductor.

## **Hipótesis**

Las ideas formuladas por Román Jakobson (1975) y Octavio Paz (1981) en el sentido de que no existe una equivalencia entre la obra fuente y la obra traducida se pueden comprobar en un texto científico como este texto histórico. La versión traducida y analizada en este informe demuestra que la equivalencia que se trata de lograr en la traducción de un texto siempre lleva a diferencias. Estas diferencias se manifiestan en elementos que se pierden al re-expresar el mensaje original; o bien en elementos que se adaptan para poder expresar las ideas. La traducción de este texto histórico, también, demuestra que la traducción es un gesto político, en el sentido de que el traductor— para hacer una traducción de calidad— debe “involucrarse” en el texto, no puede permanecer ajeno a él, al mismo tiempo que tampoco puede abstraerse de su propio entorno político, económico y social, el cual marcará su traducción.

Este análisis puede servir de ejemplo y base de reflexión para todos los traductores. El mensaje principal que se pretende ofrecer es que el traductor no es simplemente el transmisor de un mensaje, sino el autor de una obra propia. Creemos que con este pensamiento, y con la divulgación de una

concepción diferente de la tradicional se lograría contribuir a un mayor aprecio y valoración del trabajo del traductor.

Para finalizar esta Introducción, cabe hacer una nota aclaratoria: el estudio aquí presentado surge de un trabajo de traducción que ha sido elaborado sin ningún afán *a priori* de introducir cambios en el texto. La traductora emprendió su tarea bajo el precepto de producir una traducción que fuera lo más apropiada para el público latinoamericano, un texto que se leyera como si hubiera sido escrito por y para latinoamericanos sobre su historia. Ha sido precisamente el proceso de investigación subsiguiente el que permitió descubrir y explicitar los cambios que requirió esta tarea.

## ***Consideraciones teóricas generales***

El proceso de traducir arranca en el mismo momento en que comenzamos a pensar, convertimos los pensamientos en palabras y luego plasmamos esos pensamientos con la ayuda de los sistemas de signos. Nuestro pensamiento es tan amplio que a menudo no encontramos las palabras exactas para poder expresar lo que sentimos o pensamos. Se podría decir, por lo tanto, que el ser humano enfrenta la traducción desde el momento en que tiene uso de razón y empieza a hablar y expresar sus ideas. Según Román Jakobson, el significado de un signo lingüístico, es decir el concepto de algo, equivale a su traducción a algún otro signo alternativo, especialmente un signo en el que aquél esté más plenamente desarrollado. Para expresar nuestras propias ideas recurrimos a una traducción de nuestros pensamientos para convertirlos en signos lingüísticos capaces de expresar lo que pensamos y sentimos. Esta traducción es lo que Jakobson llama “intralingüística” (p.68).

Un texto representa la traducción en signos de un pensamiento, de una idea, es original en el sentido de que es la expresión de las ideas propias de quien lo dice pero, por otro lado, no es original porque esta primera versión es ya la traducción de las ideas de un mundo no verbal a un mundo de palabras. Octavio Paz (1981) dice al respecto:

*Cada texto es único y, simultáneamente, es la traducción de otro texto. Ningún texto es enteramente original porque el lenguaje mismo, en su esencia, es ya una traducción: primero del mundo no-verbal y, después porque cada signo y cada frase es la traducción de otro signo y de otra frase. ( 9).*

Una vez que un texto ha sido escrito, y quien lo hizo pasó por el proceso de convertir sus ideas, pensamientos y el sentido de lo que quería expresar en lenguaje escrito, surge entonces otra traducción y es la que hace quien lee el texto. Se produce una interpretación del texto, es una interpretación del sentido de la obra, y es un proceso mediante el cual el lector le otorga su propio significado al texto. Es decir, la lectura es una percepción visual y mental de las palabras, de las ideas, y por medio de este proceso el lector define el efecto que el texto tiene para sí mismo (Aparicio, 66). En esta nueva traducción del mundo del autor al mundo del lector se produce una transformación del original, de acuerdo con la percepción del lector. Octavio Paz define la lectura como una “traducción al mismo idioma” (16).

Octavio Paz nos habla de la idea de la universalidad de sentido que existía en la Edad Media. De acuerdo con él, antes de la Edad Moderna se creía que a pesar de que existían diferentes lenguas en las que se podían expresar las cosas, había una universalidad del espíritu, es decir, el sentido era el mismo. Las traducciones del momento se encargaron de reafirmar este concepto. La Edad Moderna vino a derrumbar la idea de la universalidad del

espíritu, al descubrirse que nuevos pueblos, como los de América, tenían otros sistemas de signos, otras tradiciones, otras creencias y otra visión del universo, diferente a las de los europeos. Este descubrimiento lleva a los estudiosos de la época a reconocer que una lengua diferente no era solamente un sistema de significantes distintos para expresar el mismo concepto, sino que los conceptos y las percepciones eran diferentes de una lengua a la otra. No se trata, por lo tanto, de que un individuo fuera capaz de escribir o hablar una lengua determinada, sino que esta lengua proviene de un mundo diferente, es decir, representa una cultura diferente. El lenguaje pierde, entonces su universalidad, y se manifiesta como una pluralidad de lenguas, cada una con un mundo propio (Paz, 7,8). La lengua que permite la comunicación entre los individuos que comparten una sociedad también se diferencia en el tiempo y en el contexto social. El lenguaje representa algo más que símbolos, representa un mundo que está inmerso y que es la idiosincrasia propia de cada pueblo.

La misión de la traducción había sido revelar las semejanzas de los pueblos, a pesar de las diferentes lenguas. Sin embargo, a partir de ese momento, la traducción no es capaz de representar esas semejanzas, sino que se convierte en un vehículo para revelar las diferencias. Octavio Paz nos dice al respecto:

*La traducción refleja estos cambios: ya no es una operación tendiente a mostrar la identidad última de los hombres, sino que es el vehículo de sus singularidades. Su función había consistido en revelar las*

*semejanzas por encima de las diferencias; de ahora en adelante manifiesta que esas diferencias son infranqueables, trátase de la extrañeza del salvaje o de la de nuestro vecino ( 8).*

La traducción, a partir de este momento, hizo posible revelar al mundo las diferentes culturas, su manera de pensar, su religión, sus tradiciones, hizo evidente que el mundo no tenía una homogeneidad de pensamiento, sino más bien un caleidoscopio de culturas.

Es a partir de los conceptos desarrollados por Román Jakobson que se cuestiona el concepto de la fidelidad tradicional de la traducción, y que las traducciones eran sinónimo de equivalencia. Se rompe el paradigma establecido de que el traductor podía y debía ser fiel al original. El concepto de fidelidad empieza a flexibilizarse y se reconoce que la fidelidad traspasa las palabras y alcanza el espíritu del texto (Aparicio,10). Este proceso se centra en una nueva percepción de la equivalencia que Román Jakobson formula de la siguiente manera: “La equivalencia en la diferencia es el problema cardinal del lenguaje y la cuestión central de la lingüística”. (70).

Octavio Paz y otros escritores, como Jorge Luis Borges, Ezra Pound, Julio Cortázar y Guillermo Valencia, entre otros, (Aparicio,13) identificados con esta visión de la traducción, y traductores ellos mismos de obras literarias, profundizan en este concepto de la ausencia de una equivalencia en la traducción y rompen el concepto tradicional de la fidelidad. Además, tratan de

demostrar que la traducción no es una tarea de segundo orden, sino que es una actividad creadora y crítica.

Octavio Paz sostiene que la traducción se convierte en una evidencia de la imposibilidad de trasladar a otra lengua y a otra cultura un mensaje dado en una lengua y en una cultura diferente. La traducción cumple una función doble: por un lado, nos permite conocer otros mundos y otras culturas y revelarnos esas diferencias y, por el otro, revela más profundamente esa imposibilidad de transmitir el mismo mensaje. Al respecto Paz nos dice:

*La razón de esta paradoja es la siguiente: por una parte la traducción suprime las diferencias ente una lengua y otra, por la otra, las revela más plenamente: gracias a la traducción nos enteramos de que nuestros vecinos hablan y piensan de un modo distinto al nuestro. ( 9)*

Se puede decir, entonces, que esas diferencias que son imposibles de transmitir porque traspasan el mundo propiamente dicho de las palabras, corresponden a una identidad individual de cada pueblo para distinguirse unos de otros.

En el proceso de entender el texto, el traductor debe descodificar un mensaje basándose en su propia visión del mundo; posteriormente, este mensaje se recodifica, de nuevo, según la percepción del traductor y en concordancia con la lengua y cultura meta. Octavio Paz describe este proceso cuando dice:

*...no se trata de construir con signos móviles un texto inamovible, sino desmontar los elementos de ese texto, poner de nuevo en circulación los signos y devolverlos al lenguaje. (15)*

En su labor de traducir, el traductor necesariamente, se vuelve un crítico que analiza, cambia, agrega o suprime elementos, de acuerdo con su propia interpretación del mensaje original. El texto fuente sacude al traductor, y produce en él un efecto, que será el que plasmará en su obra. Volviendo a lo que decía Paz, esa lectura que efectúa el traductor del texto fuente se convierte en su propio mensaje.

En este proceso, el traductor brinda su propia versión de una obra. Se puede decir, por lo tanto, que estamos ante dos versiones originales. La de un autor que interpreta una realidad y la transmite con un sistema de signos correspondiente a una lengua y una cultura. Y por otro lado, un traductor que a partir de este texto transmite uno propio, con otros signos verbales pertenecientes a otra cultura, de manera que la obra que se produce es una obra nueva y en sí misma constituye otra obra original. Octavio Paz dice al respecto: "Cada traducción es, hasta cierto punto, una invención y así constituye un texto único" (9).

Además, Paz afirma que la naturaleza de la traducción es por esencia literaria, y manifiesta que:

*Del mismo modo que la literatura es una función especializada del lenguaje, la traducción es una función especializada de la literatura...*

*no harán nada distinto a lo que hacen ahora los traductores: literatura.*

(13)

Sin embargo, a pesar de que la traducción es una obra nueva y original, su fuente de inspiración es el texto original. Éste no puede desaparecer porque se constituye la materia prima de la cual se nutre el traductor para brindar su propia interpretación; la razón de ser de la traducción es el texto fuente. Al respecto Octavio Paz dice:

*...el texto original jamás reaparece (sería imposible) en la otra lengua; sin embargo está presente porque la traducción, sin decirlo lo menciona constantemente o lo convierte en un objeto verbal que aunque distinto, lo reproduce: metonimia o metáfora. (10)*

El texto original toca al traductor, le habla, lo hace cuestionarse, pero quien habla no es el texto, es la propia voz del que lee, él es el que responde, y su respuesta no es más que su propia interpretación y es ésta la que transmitirá en su traducción. Al referirse a este proceso expresado por Paz, Frances Aparicio apunta lo siguiente:

*Es como si el que traduce se reencarnara en el primer autor, tratando de recrear su mundo interno para transponerlo al suyo propio escuchando “la voz de la otredad” que es a su vez su propia voz. (73)*

Este proceso no es ni más ni menos que una transformación del texto original, es decir, el traductor está frente a un texto dentro de un contexto determinado, que le sirve de inspiración, y su propio texto que es su interpretación del mismo. Este proceso no es exclusivo de la literatura, como se podría pensar, sino que abarca todos los campos de la traducción; así lo reconoce Paz al decir:

*En todos los casos, sin excluir aquellos en que sólo es necesario traducir el sentido, como en las obras de ciencia, la traducción implica una transformación del original (10).*

Esta nueva visión sobre la traducción es realizada por medio del movimiento post-estructuralista que cuestiona el proceso tradicional de la traducción y eleva este concepto a una dimensión más filosófica. Se produce un replanteamiento de lo que se había considerado como un proceso lineal de transferencia de una lengua a la otra, y en el que están involucrados las diferencias ideológicas, culturales y sociales de los pueblos. Este concepto encierra algo más que una mera transferencia con otros signos, involucra al traductor dentro un proceso más complejo, en el cual se debe analizar el entorno que rodea una obra y el entorno hacia el cual el traductor se dirige. Es una labor en la cual existe un proceso crítico y analítico de los elementos de la cultura del texto original y la correspondencia o no de estos elementos dentro de la cultura meta. Frances Aparicio sostiene que:

*El oficio del traductor implica el del crítico. En sus traducciones, aquél nos ofrece una interpretación personal, una lectura del texto. (76).*

Ese proceso de descodificación que menciona Paz, no es otra cosa que un análisis crítico por parte del traductor de las intenciones, y del entorno cultural del texto fuente. Y la recodificación de los signos lingüísticos es la conversión del mensaje con otros valores pertenecientes a otra cultura.

Lo mismo que Octavio Paz, los post-estructuralistas como Jacques Derrida y Paul de Man consideran que la traducción no es una copia de un original. Cuestionan los conceptos de originalidad y autoría que subordinan la labor del traductor al texto original. El término “différance” de Jacques Derrida ilustra esta concepción:

*The mobility or fault in the original is what Derrida has described as différance, the signifying movement in language whereby the signified is an effect of relations and differences along a potentially endless chain of signifiers and therefore is always differential and deferred, never present as a unity. This means that the original is itself a translation, an incomplete process of translating a signifying chain into a univocal signified, and this process is both displayed and further complicated when it is translated by another signifying chain in a different language.*

*The originality of the foreign text is thus compromised by the poststructuralists concept of textuality. Neither the foreign text nor the translation is an original semantic unity, both are derivative and heterogeneous, consisting of diverse linguistic and cultural materials which destabilize the work of signification, making meaning plural and differential exceeding and possibly conflicting with the intentions of the foreign writer and the translator (citado por Venutti, 7)*

Se deriva de este proceso de la traducción el concepto de *afterlife* expresado por Walter Benjamín en su famoso discurso *La tarea del traductor* donde afirma que la traducción de una obra asegura su supervivencia. Es decir, la vida del original es renovada cada vez que se somete a una traducción y le asegura su supervivencia.

*Así como las manifestaciones de la vida están íntimamente relacionadas con todo ser vivo, aunque no representen nada para éste, también la traducción brota del original pero no tanto de su vida como de su "supervivencia", pues la traducción es posterior al original (78)*

Y más adelante, en este mismo trabajo, Benjamín dice:

*...la traducción se alumbra en la eterna supervivencia de las obras y en el infinito renacer de las lenguas (81).*

El autor de un libro, así como el traductor, pertenecen a un contexto político, económico y social determinado. Este contexto particular moldea el razonamiento y la forma de ver los hechos, es decir, ninguna persona es ajena al mundo que lo rodea y éste determina la manera de ver los hechos y de expresar las ideas, es decir todos los seres humanos somos producto del entorno social y político que nos rodea. El traductor no se escapa de esta circunstancia, y al pertenecer a un entorno diferente al del autor del texto, su concepción del mundo también será diferente y ésta se mostrará en su trabajo. Para algunos post-estructuralistas, la traducción es un gesto político y social.

*Since cultural practices are always already social in their significance and functioning, shared by specific social groups, inscribed with ideologies that serve the competing interests of those groups, housed in institutions that constitute centers of power in any social formation, the analysis of translation can also include its ideological and institutional determinations, resulting in detailed studies that situate the translated text in its social and historical circumstances, and consider its cultural political role (Venutti, 11)*

En su función crítica, el traductor puede estar de acuerdo con los valores, ideologías y cánones de la cultura del texto fuente, o bien puede disentir, y por medio de su trabajo expresa su crítica o bien reafirma estos conceptos.

*And it is this affiliations that permit translation to function as a cultural political practice, constructing or critiquing ideology-stamped identities for foreign culture (Venutti, 9).*

Por lo tanto, el producto del trabajo del traductor mostrará que su texto está escrito con los valores que dominan la cultura meta, es decir, se produce en el texto traducido una aculturación hacia la cultura de la lengua meta y ésta le permitirá al lector del texto meta sentir que ese texto fue escrito por y para su pueblo. Venutti lo expresa muy claramente:

*At the same time a fluent strategy effaces the linguistic and cultural difference of the foreign text: this gets rewritten in the transparent discourse dominating the target-language culture and is inevitably coded with other target-language values, beliefs, and social representations, implicating the translation in ideologies that figure social differences and may well arrange them in hierarchical relations (according to class, gender, sexual orientation, race, nation). In this rewriting, a fluent strategy performs a labor of acculturation which domesticates the foreign text, making it intelligible and even familiar to the target reader, providing him or her with the narcissistic experience of recognizing his or her own culture in a cultural other (5).*

Las ideas expresadas en estas consideraciones teóricas servirán de base para el análisis del texto traducido que presentaremos a continuación. Es fundamental, para este trabajo de graduación, enfatizar en el concepto de que la traducción no es sinónimo de equivalencia, y destacar la originalidad del texto traducido como una obra nueva y como un proceso literario en el cual el traductor se convierte en autor. Debe destacarse como de suma importancia que la traducción brilla con su luz propia, porque es creación, y no copia de un texto fuente.

Los conceptos de pluralidad de significados expresados por Derrida indican que en la traducción existe una amplia gama de posibilidades de interpretar y comprender los hechos, que hacen que aún dentro de una misma lengua no sea posible tener uniformidad de criterios.

El traductor tiene su propia concepción de mundo y su entorno que necesariamente marcarán el rumbo de la interpretación y producción del texto traducido. Traducir es, obligatoriamente, un proceso crítico; desde este punto de vista, también, se reivindica la labor del traductor, no como una de segundo orden, a la sombra del autor de la obra original, sino más bien como una labor de creación propia.

## ***Análisis del texto traducido***

### ***Primera parte:***

#### ***Cambios relacionados con la cultura meta***

“Por una parte la traducción suprime las diferencias entre una lengua y otra; por la otra, las revela más plenamente”  
Octavio Paz

En este capítulo se analizarán varios casos en el texto traducido donde se efectuaron cambios relacionados con la cultura meta. En particular, se analizará la traducción de situaciones que conllevan una carga emocional en la cultura meta y que en el texto original no están contemplados, puesto que están dirigidos a un público diferente, donde estos elementos carecen de importancia. Así, los elementos que sufrieron cambios en la versión traducida son parte de la idiosincrasia estadounidense, y por lo tanto son vistos en esta cultura como normales y naturales. La labor crítica que lleva a cabo la traductora en el proceso de la interpretación del texto no se debe considerar como una reprobación del texto original, porque los autores, como estadounidenses expresan, con todo su derecho, la visión de la historia de acuerdo con la percepción que tiene su país, como cualquier otra nación en el mundo, de los

hechos históricos, y esta percepción está ligada a una situación económica, política y social determinada. Dentro de esta concepción, los Estados Unidos como potencia mundial, ven a otros países, especialmente aquellos con menor poder económico y político, como culturas a las que pueden influenciar para extender su hegemonía. Así, los autores son producto de su cultura y de su contexto y las ideas expresadas son parte de este mundo. La crítica que establece la traductora busca la adecuación del texto a la percepción latinoamericana de su propia historia.

Entre este tipo de cambios se incluyen la traducción de la nacionalidad estadounidense, el tratamiento de los nombres propios y su traducción a la lengua meta. Así como expresiones referentes a personajes importantes. Se consideró importante analizar como parte de este tipo de cambios, el tratamiento que se le da a las metáforas y a las amplificaciones.

Veamos algunos ejemplos:

### **1. Nombres propios y genéricos**

En el texto fuente, el tratamiento que se le da a la nacionalidad estadounidense es característica de la manera propia de los ciudadanos de este país al definirse a sí mismos como *North Americans*. Cabe aclarar en este punto que la población de Estados Unidos, también y comúnmente, se refieren a sí mismos como *Americans*, este término se deriva del nombre de su país *United States of America*, de donde toman el último nombre para referirse a su nacionalidad. Sin embargo, el resto de los ciudadanos del continente también

somos “americanos” . Dentro del contexto de los Estados Unidos, este término es normal y ningún ciudadano de este país sufriría una confusión. En el texto fuente se utiliza el término *North Americans* para referirse a los ciudadanos de Estados Unidos. Sin embargo, geográficamente, este término abarca los tres países que conforman América del Norte: además de Estados Unidos, Canadá y México. Desde el punto de vista de los latinoamericanos, la traducción de dicho término en su sentido literal incluiría también a los otros países. Puede ser que se asocie a Canadá con los Estados Unidos más que con México, por razones culturales y lingüísticas; sin embargo, al hablar de un ciudadano “norteamericano”, los autores no se refieren a un mexicano, ni a un canadiense, y si así se interpretara, se estaría cometiendo un grave error porque existen diferencias étnicas, culturales, lingüísticas y políticas que distinguen los unos de los otros. En la mayoría de los casos, cuando en el texto fuente se utiliza el término *North Americans*, se pretende hacer una marcada diferencia entre los parámetros usados en Estados Unidos y los de Latinoamérica, que incluye a México. Por lo tanto, la traducción de dicho término en el texto meta se cambió y se usó la palabra “estadounidense” para diferenciar lo que se considera algo proveniente de Estados Unidos, exclusivamente, y que por lo tanto no incluye a México.

Algunos ejemplos:

*Sarmiento believed ardently in North-American<sup>4</sup>-style public education and urged Argentines to follow the U.S.model (TO, 71)<sup>1</sup>*

*Domingo Sarmiento creía ardientemente en el estilo de la educación pública estadounidense, por lo que exhortaba a los argentinos a imitar el modelo utilizado en Estados Unidos. (TT, 9)*

*As the 1930's continued, North-American popular culture penetrated urban Argentina at a quick pace... (TO, 76)<sup>1</sup>*

*Conforme avanzaba la década de 1930, la cultura popular estadounidense empezaba, a pasos agigantados, a penetrar las urbes argentinas... (TT,19)*

En el primer ejemplo, es claro que el término *North-American style* se refiere a los Estados Unidos, porque de seguido se menciona el modelo educativo de este país, y no un modelo que abarcara a México también. Al cambiar el término, se lleva a cabo un proceso de interpretación y adecuación. Se puede afirmar, como lo dice Frances R. Aparicio que:

---

<sup>4</sup> El subrayado en este párrafo y en los siguientes son de la traductora.

*Este [el traductor] tiene que llevar a cabo una lectura activa del texto, descifrarlo y reconstruirlo. Debe “completar” la obra con los poderes de su propia imaginación, interpretándola según sus experiencias humanas e intelectuales. ( 68)*

De esta forma, el traductor descifra la versión original, interpreta los hechos y luego éstos pasan por su subjetividad, para finalmente concluir que se debe cambiar el término y usar el que es mejor de acuerdo con su experiencia. Es importante destacar que, en este caso, la labor del traductor va más allá de la interpretación de los hechos, y en la nueva versión del término, el traductor asume una función educativa e informativa respecto al uso del término más exacto o preciso que se debe utilizar para mencionar una nacionalidad. De la misma manera, no se puede decir “un europeo”, cuando lo que se quiere definir es específicamente un español, o un húngaro.

Otro aspecto cultural que cambia del texto fuente al texto meta es el tratamiento de nombres personales. En la cultura fuente, Estados Unidos, no se acostumbra usar más de un nombre para referirse a un personaje conocido; no así en la cultura meta donde, por razones culturales, algunos nombres se usan juntos, como nombres acuñados. Además, este uso representa un trato especial hacia la persona; se podría decir que es parte de lo solemne, ceremonioso y formal que demanda el tratamiento de un personaje importante en Latinoamérica. Cuando la persona tiene estos nombres, es casi imperativo usarlos juntos para referirse, por ejemplo, al presidente de una nación,

especialmente cuando se introduce por primera vez en el texto. Si se analizan los periódicos de Costa Rica, es fácil identificar cómo se trata a algunos presidentes con nombres como estos; por ejemplo, se puede mencionar a **Rafael Ángel Calderón, José María Figueres, Miguel Ángel Rodríguez**, o más allá de Costa Rica, **José Napoleón Duarte, Carlos Saúl Menem, Carlos Andrés Pérez, Manuel Antonio Noriega**. No es usual que los periódicos se refieran a estos presidentes como Rafael Calderón, José Figueres (además, de que, en este caso, se usa el segundo nombre para diferenciarlo de su padre) o Miguel Rodríguez, o bien en Venezuela, Carlos Pérez.

En Argentina, todavía hoy se venera el nombre de Perón. Sigue siendo el héroe que logró aglutinar a la clase obrera, crear un partido, establecer un orden social diferente, y aunque temporalmente, una bonanza económica. Esta visión argentina de Perón se comparte en otros países de América Latina. En la traducción, por lo tanto, no se consideró apropiado dejar el nombre, cuando éste se introduce, como Juan Perón, como está en el texto fuente, ya que aquí hay un valor cultural de la audiencia meta que se debe tomar en cuenta y es responsabilidad del traductor hacer esos cambios para no afectar a dicha audiencia.

Nos dice Paz que por medio de la traducción nos damos cuenta de que nuestros vecinos hablan y piensan de un modo distinto al nuestro (9). De acuerdo con este lineamiento y con la experiencia de quien hace la traducción, en el texto meta se utiliza el nombre completo, Juan Domingo Perón, cuando en el texto fuente se usa Juan Perón. Es importante aclarar en este punto que

el análisis se refiere al nombre completo de Perón y no cuando se usa solamente su apellido, costumbre que es tanto aceptada en la cultura de la lengua original, como de la cultura meta.

*So none of the major parties, with the partial exception of the Socialists, created an authentic working-class base. As a result, party politics offered no meaningful outlet for urban workers.*

*Enter Juan Perón. A man of middle-class origin, he had risen to the rank of colonel through a career in the Argentine army.” (TO, 87)*

*Ninguno de los partidos políticos mayoritarios, con la excepción parcial de los socialistas, había creado una base obrera auténtica. Como resultado, la política en los partidos no ofrecía una salida significativa para los obreros urbanos.*

*Es entonces cuando Juan Domingo Perón empieza su ascenso político. Era un hombre de clase media, que a través de una carrera militar logró llegar al grado de coronel del Ejército. (TT, 38)*

En este ejemplo, además del cambio en el nombre del presidente por las razones expuestas anteriormente, se da un cambio en la oración subrayada. Para los efectos del análisis de este trozo, se han incluido unas oraciones antes de la que nos ocupa con el fin de mostrar que es hasta ese momento que los autores mencionan el nombre de Perón por primera vez. Al ser éste un

personaje tan importante en la historia del pueblo argentino, se toma la decisión de cambiar la introducción de este párrafo, que precisamente describe el momento en que Perón entra en la vida pública de su nación. Este cambio viene a darle mayor realce al inicio de la vida política de Perón. No es el inicio de la carrera política de cualquier ciudadano, sino que se trata del ascenso político de un hombre que marcaría la historia de un pueblo por más de 50 años. Se considera que la introducción de este personaje debe llevar implícito el respeto, la admiración y la pompa con que usualmente se le trata en América Latina. Por medio de la ampliación en esta oración se agrega información, al detallar que Perón empieza su carrera política.

Otro cambio en esta oración está relacionado con el estilo utilizado en el texto fuente para describir el momento en que Perón empieza su carrera política. Pareciera como si fuera una obra de teatro; se podría decir que son las instrucciones para que los actores entren en escena. Para un latinoamericano, desde luego, no se trata de una obra de teatro vista por un público espectador, sino de su propia historia y de un personaje que dejó una huella indeleble en ella. El tono utilizado en esta oración despierta asociaciones con un personaje ficticio, una marioneta; en un general de mentirillas que un buen día apareció en la vida de los argentinos. Con los cambios introducidos en la versión meta, se trata de neutralizar estas posibles asociaciones. La frase “empieza su ascenso político” es menos teatral, le da a la redacción un tono más serio y sobrio. Literalmente, la oración pudo haber sido traducida igual: “Entra en escena Juan Perón.” Sin embargo, hacer tal cosa hubiera sido una

traducción servil, tal y como lo expresa Paz (10) porque no se estarían tomando en cuenta los valores culturales de la audiencia meta (incluyendo la traductora). En cierto modo, el traductor irrespetaría los mismos si no llevara a cabo las transformaciones necesarias.

Además, hay otro elemento que se debe tomar en cuenta para los efectos de este trabajo, y es el hecho de que el traductor descifra un mensaje que está implícito en el texto fuente y que en la versión meta el traductor lo hace público. ¿En cuál mundo entra Juan Domingo Perón? es la pregunta que se hace el traductor. Se produce, entonces una descodificación de este mensaje y una recodificación del mismo para la cultura meta. Surge, entonces, una reinterpretación de la idea y el mensaje implícito se vuelve explícito: se agrega la idea de que Juan Domingo Perón empieza en ese momento su ascenso en su carrera política. Se puede decir, como lo expresa Frances Aparicio (76), que el traductor es un crítico que ofrece una interpretación personal de los hechos y, por tanto, tiene la libertad de introducir los cambios que considera necesarios para transmitir un mensaje.

Otro ejemplo de la ampliación del nombre se aprecia en el siguiente fragmento:

*Once installed as president, Perón proceeded to put into practice the corporatist principles the GOU.. (TO ,88)*

*Al llegar a la presidencia, Juan Domingo Perón puso en práctica los principios corporativos que los oficiales del GOU... (TT, 39)*

Dentro del contexto propio de la versión traducida, el momento de llegar a la presidencia es algo sublime en la vida de un político como Perón, que había luchado mucho para alcanzar ese puesto. Ese momento merece, por lo tanto, que el nombre de la persona que asume la presidencia se escriba completo; por lo tanto, en la versión traducida se le da la importancia característica del medio latinoamericano y se cambia “Perón”, por “Juan Domingo Perón”.

Otro aspecto que ofreció un material de análisis interesante es el uso de títulos militares, el del rango de “General”, en el caso de Perón.

*As General Perón fled across the river, the mood changed in Argentina.....Perón had not really been defeated. He left.” (TO, 92)*

*El ambiente cambió en Argentina cuando Juan Domingo Perón cruzó el río....En realidad el General Perón no fue derrotado; simplemente abandonó el país... (TT, 48)*

La traductora consideró que mencionar el grado de general de Perón en el momento en que debe abandonar Argentina lo presenta en el plano connotacional<sup>5</sup> como “general derrotado” o sea, “fracasado por definición”. En la versión traducida, este posible efecto connotacional se contrarresta de la siguiente manera: en la primera oración que se refiere al momento de

---

<sup>5</sup> En el texto fuente es la primera y última vez que lo titulan de esta manera.

abandonar Perón a Argentina, la traductora omite el grado de general. Pero lo agrega cuando dice que Perón no fue derrotado, sino que simplemente salió del país. Este cambio ayuda a emerger una connotación positiva: darle énfasis al hecho patriótico de evitar un baño de sangre entre conciudadanos. Al llevar a cabo los cambios mencionados, se le devuelve a Perón el trato solemne con que su pueblo y América Latina lo han distinguido.

Para corroborar este hecho sobre el concepto que se tiene en Latinoamérica de Perón, veamos lo que dice un periódico costarricense al conmemorarse 50 años de la muerte de Evita Perón, y cómo se introduce el nombre de Perón en el artículo periodístico.

*Eva Perón entró a la “inmortalidad” a los 33 años, el 26 de julio de 1952, sumiendo en la desesperación a los pobres de Argentina, tras abrirse camino desde sus orígenes humildes e ilegítimos en el interior del país hasta conquistar el poder en la opulenta Buenos Aires en 1945, del brazo del general Juan Domingo Perón. (Al día, p. 8, 21 julio 2002)*

Este artículo nos habla sobre la vida de Evita Perón y su huella en Argentina. Perón se introduce en este artículo con la pompa y la solemnidad con que se conoce en América Latina, aún muchos años después de su muerte. Por lo tanto, en la traducción se trató de conservar este estilo solemne y borrar toda posibilidad de irreverencia que el texto pueda suscitar en el lector meta.

Siempre dentro del contexto del tratamiento de personajes, a continuación analizaremos cambios que se llevaron a cabo en la manera de tratar situaciones difíciles de acuerdo con la costumbre de las culturas. Uno de estos ejemplos es la narración de la muerte de Evita Perón.

*The military veto of Evita's candidacy foreshadowed a far greater blow. Evita fell ill and eventually could not hide the fact that she was dying of cancer . She grew hauntingly thin but fought the disease ferociously and continued her exhausting vigil at the foundation, facing the endless lines of unfortunates begging for her help. In July 1952 she finally died, depriving Perón of a political partner who had become fully as important as he. (TO, 90)*

*El veto militar a la candidatura de Evita escondía un problema aún más grande; la Primera Dama empezó a mostrar síntomas de enfermedad, y pronto no pudo ocultar el hecho de que el cáncer la estaba consumiendo. Adelgazó severamente, pero luchó contra la enfermedad con todas sus fuerzas. Continuó con las cansadas jornadas en la fundación, donde atendía cada día la interminable cadena de desposeídos que suplicaban su ayuda. En julio de 1952, por fin Evita Perón murió y con esto privó a su esposo de una aliada política que había llegado a ser tan importante como él mismo. (TT, 45)*

En la versión traducida, el tratamiento que se da a la enfermedad de Evita se hace en términos más sutiles. Debemos volver a recordar en este punto el carácter sensible que representa la persona de Evita para los latinoamericanos, un personaje hasta el día de hoy reconocido por la labor social que desplegó entre los desposeídos, en una época en que la clase obrera atravesaba momentos de gran depresión. Tal y como lo explica muy bien el texto, la crisis económica de Argentina durante la época de esta Primera Dama era bastante difícil; los precios de los bienes de exportación habían bajado considerablemente, y Perón no había logrado equiparar los salarios, ni parar el creciente desempleo. Evita era el bastión de la clase obrera, y es de esta manera como se la recuerda en América Latina. Con este antecedente en mente se traduce la historia de su enfermedad con más sutileza, y aunque los hechos son los mismos, se vierte el mensaje con mayor emotividad. Es importante destacar que en este contexto, los autores no tratan la muerte de Evita con la sutileza que lo hace la traductora, pero tampoco lo hacen en forma grosera.

Analicemos los cambios efectuados. Se cambia la frase a *far greater blow*, por una expresión menos sensacionalista, y se limita a referirse a que existía un gran problema. La oración *Evita fell ill* es escueta y una traducción literal no llevaría consigo todo el sentimiento que el pueblo argentino tiene para este personaje. En la traducción, se usa una oración más subjetiva que retrasa más el sentido de la oración siguiente. En esta oración, por otro lado, el texto

fuerza sencillamente hace énfasis en que Evita se estaba muriendo de cáncer, una oración un poco fuerte en su objetividad, carente de la emotividad y solemnidad, características de la cultura latina para enfrentar una situación de este tipo. Se traduce utilizando una oración más tenue, más suave, con un tono más cariñoso hacia Evita, en la cual se elimina el verbo “morir” y se sustituye por “consumir”, pero sí se deja la palabra “cáncer” que es la clave para enfatizar la gravedad de la enfermedad y, en cierta manera, como preludeo del final de Evita. En la siguiente oración se utiliza un giro más formal, eliminando el sentido de la palabra *hauntingly* como algo constante u obsesionante. Se podría decir que el propósito en esta expresión es demostrar que Evita se dejaba arrastrar por la enfermedad, y era como un fantasma casi sin vida. La idea que se transmite en el texto traducido es diferente. Evita, a pesar, de su enfermedad, era la encarnación de la vida, de la lucha, de la tenacidad, por lo tanto, se elimina ese sentido de un fantasma sin fuerzas y se narra el hecho de su aspecto más delgado utilizando la palabra “severamente”, que no evoca debilidad sino adversidad. En la siguiente oración se elimina lo que se pudo haber traducido como “ferozmente”, porque se consideró que en español, este término está más relacionado con la furia de un animal y no con la lucha que puede tener una persona contra una enfermedad, donde se hace énfasis en su coraje y valentía. Este sentido, que se pretende mostrar en la versión traducida al cambiar este término, es precisamente el que tiene la palabra en inglés, pero una traducción literal en esta oración, no tendría el mismo sentido. Se cambia la traducción por “con todas sus fuerzas”, que en la oración siguiente también

hace resaltar su fuerza física. En esta oración se agrega la frase “cada día” cuando se hace alusión a sus jornadas atendiendo a los desposeídos, ya que se quiere mencionar que Evita estuvo al frente de su despacho hasta el final de su vida. Cuando, finalmente, en el texto fuente se menciona que Evita fallece, aunque es indudable que se está refiriendo a ella, no se menciona su nombre. Esta situación cambia en la versión traducida, donde se pone su nombre completo para resaltar su figura, incluso subrayado por la omisión paralela del nombre de Perón. Con esta solución traductológica se refuerza su importancia histórica a que se refiere la oración, a la vez que se le erige un “monumento verbal”.

Como ejemplo final de cambios realizados en relación con la presentación de figuras históricas tenemos el siguiente:

*The new president was Arturo Illia, a colorless provincial physician who was to lead the second Radical attempt at governing post-Peronist Argentina.*

*Illia's political style was decidedly low-key. This seemed suitable, since he had gained only slightly over a quarter of the popular vote and would face a Congress in which the opposition held almost two-thirds of the seats. (TO, 97)*

*...el nuevo presidente fue Arturo Illia, un desconocido doctor de provincia, a quien le tocaría liderar el segundo intento de los radicales por dirigir la Argentina post-peronista.*

*Illia mostró un estilo político moderado. Esto parecía lo más prudente, ya que había ganado con apenas un poco más de un 25% del voto popular, y debía enfrentarse a un Congreso en el cual la oposición mantenía casi dos tercios de la bancada. (TT, 59)*

En este ejemplo, la palabra *colorless* podría haberse interpretado como referente a la calidad de un médico de provincia, que en su ejercicio profesional era mediocre, y que no desarrolló una carrera exitosa y brillante. Sin embargo, lo que interesa resaltar en este punto, no es precisamente qué clase de médico era Illia, sino más bien, que en el mundo de Buenos Aires este médico provinciano era un “desconocido”. Además, el término en inglés tiene un tono peyorativo para describir al presidente Illia: se podría inferir por el uso de *colorless* que, al no ser un médico de éxito y con una carrera brillante, y además provinciano, estaba destinado a fracasar en el mundo de Buenos Aires, y mucho más como presidente de la república. La traductora elimina esa connotación y cambia el sentido de la oración al introducir que Illia era una persona “desconocida” políticamente. Con esto se deja intacta la reputación del presidente como médico y al mismo tiempo no se anticipa su fracaso, desde su primera mención en el texto.

## 2. Metáforas

En el ejemplo que se expone a continuación se analiza la traducción de dos metáforas en un texto de corte histórico.

*Food prices rose sharply, stimulated by European demand, but wage increases lagged. The resulting squeeze hit Buenos Aires workers hard. Union leaders called a series of strikes in late 1918 , and in early 1919 syndicalist organizers decided the time was ripe for a general strike —the syndicalist instrument for bringing down the bourgeois state. (TO, 81)*

*Los precios de los alimentos aumentaron bruscamente, estimulados por la demanda europea; pero el aumento en los salarios se rezagó. Esta situación trajo consecuencias desfavorables para los trabajadores de Buenos Aires. Los líderes sindicales convocaron a una serie de huelgas para finales de 1918. A principios de 1919 consideraron propicio el momento para una huelga general: el instrumento sindicalista para derrocar el estado burgués. (TT, 26)*

Las dos expresiones subrayadas son ejemplos de dos metáforas que no se traducen como tales en la lengua meta.

Analicemos los cambios que se efectuaron para la traducción de estas dos metáforas. En la primera oración subrayada, el elemento visualizador de esta situación que tiene el texto fuente, se omite en la versión de la lengua meta. En su traducción, la intención de la oración apunta, más bien, hacia una reflexión de la grave situación por la que, no solamente en esta ocasión, pasaron los habitantes de Buenos Aires. Esta interpretación va más enfocada a un lector latinoamericano, más involucrado en los hechos históricos que se narran (como sujetos históricos y protagonistas que sienten las consecuencias en su vida, y no son simplemente espectadores). Otro elemento que se añade con el cambio en la segunda metáfora *the time was ripe*, es eliminar el tono, hasta cierto punto, coloquial que tienen las metáforas, de manera que la oración pretende una formulación más abstracta y reflexiva de los hechos, y menos visualizadora. Además, en las dos metáforas utilizadas en el texto fuente existe un tono coloquial, propio del contexto financiero en inglés para expresar con este tipo de figuras literarias, situaciones económicas (Alcaraz, Hughes, X). Estas expresiones se consideran inapropiadas en la versión a la lengua meta, ya que en textos de esta naturaleza, en español, por lo general no se usa expresiones populares para describir situaciones como las que aquí se tratan.

Como se puede notar en los ejemplos que se han mostrado en este capítulo, en la traducción del texto que nos interesa no se pretende lograr una equivalencia con el texto fuente. Influyeron en la traductora su condición de latinoamericana para tratar ciertos temas que son un tanto emotivos para Latinoamérica y que, por lo tanto, se tratan de acuerdo con la costumbre

propia de nuestros pueblos. Las costumbres, los sentimientos, las lealtades de los autores difieren de las de América Latina, y para la traducción de esta obra se tomaron en cuenta las costumbres, los sentimientos y las lealtades del público meta. Y esto, por supuesto, implica cambios, cambios que se hacen con toda la intención de llevarlos a cabo para adaptarse a una cultura diferente.

El tratamiento de los personajes históricos es un asunto delicado, especialmente si se toma en cuenta a quien se le dirige el mensaje. Se deben tomar en cuenta lo que éstos representan para un pueblo y por respeto a esa audiencia se deben tratar con la deferencia y tradición de sus pueblos. Esto conduce al traductor a efectuar cambios que dan como resultado un texto diferente. Además, entra en juego un elemento muy importante que es el hecho de que la traducción es “un acto literario” y por lo tanto implica que toda traducción involucre la creatividad propia de quien la lleva a cabo, no solamente sus emociones, sus valores, su entorno, su ideología y sus lealtades sino, también, su creatividad. No se puede hablar, por lo tanto, para los efectos de este trabajo, de una traducción fiel, entendida la fidelidad en el sentido tradicional de verter un mensaje casi literal, porque no se puede ser fiel a valores y emociones ajenas a las propias, porque no se puede transmitir un mensaje sin tomar en cuenta quien lo transmite. El traductor no pasa desapercibido por el texto, sino que se involucra en él, y hace cambios de acuerdo con su propia interpretación del texto original, y al hacer esto produce un texto nuevo, el cual lleva su propio sello, su creatividad y por qué no decirlo, sus propias convicciones se reflejan en éste.

## ***Segunda parte:***

### ***El papel crítico del traductor***

**“El oficio del traductor implica el del crítico.”  
Frances Aparicio**

El traductor ejerce una función crítica sobre el texto fuente en el sentido de que lo interpreta bajo su propia percepción. Esta manera de recrear los hechos con una convicción propia, hace que el traductor produzca un texto nuevo. La traducción implica una toma de conciencia de una visión de mundo, de las convicciones e ideologías que se desprenden del texto fuente, y su confrontación con las del traductor y del público meta. La traducción implica, como dice Paz, una transformación, dentro de la que se reflejan las convicciones del traductor. Por lo tanto, la traducción no es exactamente repetir o adaptar servilmente un texto a otra lengua: es teñirlo con el matiz personal del traductor que involucra su medio social y geopolítico. En este capítulo se analizarán casos en los cuales se llevan a cabo ampliaciones, explicitaciones, y también omisiones, que la traductora juzga necesarias para verter su mensaje. La traductora utiliza estas técnicas como medios para llevar a cabo

sus cambios. En estos cambios priva la función crítica del traductor y su propia visión del mundo. Dentro de la concepción e interpretación que lleva a cabo el traductor del texto fuente, se deja ver un matiz ideológico y social que marca inevitablemente la traducción. De esta manera, el traductor no es un mediador, sino más bien, es un elemento que interactúa con el texto fuente. Existe una conciencia, la propia del traductor, que le habla, y como dice Paz, oye “la voz de la otredad” que no es otra cosa sino su propia conciencia y su propio yo.

Analicemos a continuación un ejemplo, en el cual la traductora hace una explicitación y un cambio en el orden con el fin de traer a colación un aspecto que considera importante. En su misión de interpretar la obra, alcanza una visión total de los hechos y lleva a cabo un análisis crítico de los mismos.

*There was one unfortunate match to this plan: it could succeed only if there was shift from consumption to investment. That meant that consumers, once so favored under Perón, must be prepared to make short-term-sacrifices for the sake of long-term national development. Fronzizi disappointed the nationalists by one of his early investment decisions: to sign oil exploration and production contracts with foreign oil companies in an effort to correct Argentina's 50 percent dependence on imported oil. Argentina was potentially self-sufficient in petroleum and badly needed to save the foreign exchange spent on imported oil. Nonetheless the nationalists bitterly attacked Fronzizi for*

his “sell-out” to the imperialists, especially since he had struck a dramatically nationalist note in his campaign. (TO, 94)

*Este programa, por desgracia, tenía un defecto: su éxito estaba condicionado a que se lograra una mayor inversión y un menor consumo o gasto. Esto significaba que los consumidores, acostumbrados a las políticas peronistas de ajustes salariales para mejorar el poder adquisitivo, y estrategias para ofrecer comida a precios por debajo del mercado, debían estar preparados para hacer sacrificios a corto plazo en aras de un desarrollo nacional a largo plazo.*

Fronzizi consideraba que Argentina, potencialmente autosuficiente en petróleo, podía lograr un ahorro del 50% en las divisas por concepto de importación de este hidrocarburo. Con este fin, firmó un contrato de explotación y producción de petróleo con compañías extranjeras. Esta medida estaba en total contraposición con los lemas nacionalistas que había utilizado en su campaña electoral. Sus allegados nacionalistas, disgustados con este hecho, lo acusaron de haberse “vendido” a los imperialistas. (TT,53,54)

Veamos los cambios que se llevan a cabo y los motivos por los cuales se hicieron. Analicemos el primero: se introducen las palabras “mayor” y “menor” donde el texto fuente dice nada más que se debe hacer un viraje de consumo a

inversión. Se considera importante realizar esta ampliación, porque la medida no solamente consistía en pasarse de consumo a inversión, sino en estimular la inversión y disminuir el gasto o consumo. Al agregar información adicional, el propósito es ampliar el concepto expresado y ampliar la idea del texto fuente. La otra explicitación se hace al mencionar que las políticas peronistas consistían en ajustes salariales para mejorar el poder adquisitivo de la clase obrera, y también las estrategias por medio de las cuales se bajaba el precio de los productos agrícolas por debajo del precio real, con lo que los consumidores se favorecían. Se agrega esta información con la finalidad de recordar a los lectores cuáles eran estas medidas con las cuales Perón usualmente favorecía a la clase obrera. Este recordatorio es importante destacarlo porque a continuación se menciona que el gobierno de Frondizi necesitaba hacer cambios para lograr estabilizar la economía, y estos cambios significaban tomar medidas opuestas a las políticas de Perón de favorecer a la clase obrera, a expensas de la clase media y alta. El propósito es destacar que el poder adquisitivo de la clase obrera iba a disminuir, porque no se harían ajustes salariales, y con esto se pretendía contener el consumo y disminuir el gasto estatal, además de lograr una mayor inversión a nivel nacional. Este mensaje no es invención de la traductora, ni referencia de otros textos históricos, o textos paralelos utilizados para la traducción de esta obra; este mensaje aparece varias veces en el texto fuente, por lo tanto, lo que se lleva a cabo es una repetición de un mensaje ya dicho, porque se considera que esta idea es fundamental en el plan de Frondizi, y es necesario explicarla claramente para

que el mensaje que en el siguiente párrafo se explica sea también muy claro. En el texto fuente, esta idea, aunque presente, no es clara como para destacar el contraste de lo que realmente iba a pasar. No era solamente, como lo dice el original, sacrificar el consumo en aras de la inversión, sino que la clase obrera no tendría el mismo poder adquisitivo. Existe, además otro motivo: la traductora pretende resaltar la figura de Perón con esta explicitación; y es que, al mencionar las políticas con las cuales Perón favorecía a la clase obrera, se demuestra lo que la figura de Perón representa para la clase obrera argentina, que lo consideraba como un líder identificado con su causa y su problemática. Esto es fundamental para demostrar el peso que representa en Argentina el movimiento peronista y la imagen que tenía Perón tanto en su país como en América Latina. Se muestra en este ejemplo que, en el proceso de la traducción, las ideas del texto fuente se mueven en el tiempo y en el espacio, y a juicio de la traductora, toman lugares distintos en la obra traducida, adquieren prioridades y así se trasladan a la versión traducida.

Analicemos el segundo párrafo. El orden de las ideas está cambiado ya que, de acuerdo con la traductora, la idea fundamental en este párrafo es destacar que si Argentina era autosuficiente en petróleo, no era necesario gastar preciadas divisas (que representaban ahorro en el gasto, asunto que se explica en el párrafo anterior) en la compra del hidrocarburo. Luego, como segundo punto, se destaca que, para lograr este objetivo, era necesario explotar el petróleo que Argentina poseía y con ese fin se firmó un contrato con compañías extranjeras para la exploración y producción de petróleo. Las

siguientes ideas se consideran secundarias del plan de Frondizi. El hecho de que éste decepcionó a sus allegados no se ve de vital importancia para el desarrollo de las políticas económicas de un país, y por lo tanto, a juicio de la traductora, no merece ocupar el primer lugar en el párrafo, como lo tiene en el texto fuente. Este mensaje pasa a la última oración, donde se menciona que sus allegados no estaban contentos con la medida, puesto que lo acusaban de “venderse a los imperialistas”. Con este cambio en el orden de las ideas se le da seguimiento a las ideas que el texto expresa más adelante, en donde se hace mención de que Frondizi tuvo que someterse a las medidas del Fondo Monetario Internacional que incluían, entre otras, *cuts in public spending*. Esto sugiere que el gobierno debía someterse a un plan de ahorro, que es precisamente el énfasis que se le da al párrafo anterior, donde se hace mención de que lo importante era el ahorro en las divisas por concepto de comprar petróleo. Es importante destacar que la traductora agrega el término “allegados” porque si Frondizi centró la campaña que lo llevó a la presidencia en lemas nacionalistas y logró triunfar, son sus simpatizantes los que lo critican, los nacionalistas, no sus oponentes. La traductora, consciente de su papel crítico, reorganiza el texto y establece su orden de prioridades para relatar los hechos. Este cambio no es de estilo, en el sentido de que las ideas estén mejor colocadas en el texto terminal; es un cambio con una intención particular, para enfocar la atención del lector donde la traductora considera que tiene mayor prioridad.

En el siguiente ejemplo se muestran otros casos de ampliación.

*In June 1956 the Peronists struck back. A revolt of pro-Peronist military took place in several provinces, and the government responded with force. In the follow-up some forty leaders, including some military officers, were executed. Spilling of blood on this scale was ominous; however authoritarian Perón's government, it had never resorted to such level of official killing. (TO, 92)*

*Los peronistas reaccionaron a esta represión gubernamental cuando, en junio de 1956, un grupo de militares properonistas se alzaron en armas en varias provincias. El gobierno, con su maquinaria militar, respondió con una fuerte represión, y como consecuencia de este hecho, unos cuarenta líderes, entre los que estaban oficiales militares, fueron ejecutados. Este baño de sangre entre hermanos fue un hecho detestable. Perón, a pesar de haber ejercido un gobierno autoritario, nunca llegó al extremo de asesinar oficiales militares. (TT, 50)*

Para empezar, la traductora reorganiza las oraciones y pone de primero la idea de que los peronistas reaccionaron ante una represión gubernamental y por ello se “alzaron en armas”. Párrafos antes se menciona que las medidas que el gobierno estaba tomando eran de total oposición a todo lo establecido en el régimen de Perón, es decir, cualquier cosa que tuviera tinte peronista era

derogado. Las medidas se revirtieron, tales como devolver propiedades que habían sido expropiadas por sus antiguos dueños, y además, la persecución de antiguos líderes sindicalistas peronistas. En el texto fuente, cuando se expresa que los peronistas *struck back*, no se especifica claramente que los peronistas reaccionaron de esta manera ante una actitud gubernamental de eliminar todo lo que tuviera la mínima semblanza del movimiento peronista. Con la ampliación utilizada se especifica que es precisamente la represión que el gobierno ejercía contra todo lo que pudiera reflejar algo peronista, la que gestó la revolución organizada por seguidores de Perón. La ampliación tiene, por lo tanto, el sentido de explicar la razón de la reacción de los peronistas. Además, se explicita que la reacción de los peronistas no fue, simplemente, protestar en las calles contra tales medidas, sino que intentaron tomar el poder otra vez, por la vía de la fuerza. La traductora, en su función de interpretar el mensaje en el texto original, considera que la información no es suficiente para determinar cuál fue la acción emprendida por el gobierno ante tal situación. Es probable que la idea de una acción militar esté presente en los lectores; pero la traductora quiere dar énfasis a lo que ocurría en la América Latina de los años 50 y 60, y relatar los hechos como si tratara de mostrar una fotografía de lo que ocurría en estos años. En esta época era cosa común que un grupo se opusiera al gobierno, porque éste ejercía un régimen de represión, y el grupo en el poder usaba su dominio militar para doblegar a sus opositores. Se pretende con este cambio reflejar las condiciones de vida de los latinoamericanos de entonces. No era, simplemente, responder con fuerza

utilizando represalias, o derogando leyes; lo que se quiere dejar claro es que el gobierno respondió con su ejército ante la revolución de los peronistas, y esto fue lo que provocó un derramamiento de sangre entre hermanos. En este sentido es que en el texto traducido, y en el mismo párrafo, se pone la palabra “represión” dos veces seguidas. En cuanto al estilo, esto es objetable; sin embargo, la intención de la traductora es hacer énfasis en este hecho violento y otro sinónimo atenuaría el efecto que se quiere lograr en la versión traducida. Otra de las razones para este cambio es que en el contexto socio-político costarricense, este tipo de hechos son ajenos a nuestro medio, nuestro estilo de vida política no asocia las represalias con la maquinaria militar. Además, al agregar que el gobierno echa mano de su maquinaria militar le da énfasis a la oración posterior donde menciona que el baño de sangre fue un hecho deplorable.

La siguiente oración amplía este concepto, al agregar que el derramamiento de sangre ocurrió entre conciudadanos. En esta oración, el énfasis se cambia: en el texto fuente pareciera que el énfasis está en la frase *on this scale*, es decir en el hecho de que se ejecutaran cuarenta personas, es decir en el número de víctimas. Con el cambio que la traductora hace, el énfasis no está en el número de víctimas, sino en el hecho de que se llegara a matar a conciudadanos. Pudo haber sido sólo una persona a la que se ejecutara; la intención de la traductora es hacer énfasis en el hecho de que el gobierno recurrió al crimen como un medio para aniquilar a sus opositores. El referente en esta oración cambia pues, para la traductora, lo importante es

destacar que el asesinato desgarró la familia nacional, y no el hecho de que se asesinaron cuarenta personas. Se pretende destacar lo deplorable que resulta un baño de sangre dentro de una nación, porque los mismos hechos políticos que se seguirán narrando a continuación explican lo difícil que es para una nación sanar las heridas producto de movimientos represivos entre dos fuerzas antagónicas en un mismo país. Estas heridas, provocadas por movimientos de esta clase, determinan las condiciones políticas que más tarde, y en general por años, marcaron el rumbo de Argentina.

En la última oración se cambia el sujeto: en vez de emplear un equivalente de la frase *Peron's government*, se utiliza el sustantivo "Perón" como sujeto de la oración principal. La traductora pretende con este cambio hacer énfasis en que Perón no habría permitido un baño de sangre y, una vez más, exaltar la figura de Perón, y no la de su equipo de gobierno, para mostrarlo como un hombre que, a pesar de todo su poder — porque bien dice el texto fuente que Perón ejerció un gobierno autoritario, donde él tenía el poder casi absoluto—, nunca recurrió a tales medidas. Se le da el mérito a Perón y no a su equipo. Dos párrafos antes, el texto original dice lo siguiente: Perón, *so often given to extreme rhetoric, had no stomach for a bloodbath.* (TO, 92). En la versión al español, la traductora recoge ese mismo concepto y lo expresa claramente, al decir que Perón no utilizó tales medios.

La expresión *official killing* es ambigua: puede significar que el gobierno de Perón no llegó al extremo de matar a oficiales militares, o bien que el gobierno de Perón no llegó a asesinar en forma oficial a conciudadanos. Con la

ampliación se elimina la ambigüedad de esta oración: el propósito de la traductora es destacar que el gobierno de Perón no hubiera llegado al extremo de asesinar a oficiales militares, lo cual está en concordancia con la oración anterior. Se busca una clara definición de la figura de Perón por parte de la traductora y, por lo tanto, no conviene dejar la ambigüedad en el sentido del texto fuente.

En resumen, este ejemplo refleja la forma en que la traductora incorpora su experiencia y su visión del mundo en el proceso de creación, donde el texto fuente es sólo un elemento que participa en el proceso y que sirve de referencia.

A continuación, veamos otro ejemplo donde la traductora busca reflejar su concepción de la situación y la deja filtrar a través de la traducción.

*In fact, the Peronist government was out of control. The anticlerical crusade could not possible bear enough political fruit to justify its disruptive effect on the public, including some faithful Peronists. Most important, the ugly battle with the church had now given Perón's enemies within the military their chance. Many officers who had been disturbed by varying aspects of Peronism became convinced that he was bent on destroying the country. In September 1955 the military conspirators mobilized their forces and presented their former fellow officer with an ultimatum: resign or face civil war. Perón so often given to extreme rhetoric, had no stomach for a bloodbath. Unlike Evita, he*

*had never wanted to arm the workers. Now it was too late. He accepted the ultimatum and retreated to the refuge of a Paraguayan gunboat that took him to an ignominious asylum.” (TO, 91, 92)*

*Era evidente que el caos reinaba en Argentina y el gobierno de Perón era incapaz de retomar el control del país. La cruzada anticlerical no podía dar frutos suficientes como para justificar el trastorno causado a la población, dentro de la que se encontraban peronistas leales. Los enemigos de Perón en el ejército se aprovecharon de este caos como la excusa que habían buscado para expulsar a Perón del gobierno. Muchos oficiales, disgustados con las medidas impuestas por Perón, estaban convencidos de que Perón había perdido el rumbo inicial de su gobierno y llevaría el país a una crisis total. En setiembre de 1955 los conspiradores militares le presentaron a Perón un ultimátum: o renuncia como presidente o debe enfrentarse a una guerra civil. Perón, que era dado a la retórica extrema, no tenía el corazón para permitir un baño de sangre entre hermanos. A diferencia de Evita, él nunca había querido darle armas a los obreros y ahora ya era demasiado tarde para ello. Perón no tenía otra alternativa: aceptó el ultimátum. Salió de Argentina y se refugió en un barco de guerra paraguayo, para iniciar un ignominioso exilio”. (TT, 48)*

Analicemos los cambios llevados a cabo. En primer lugar, se amplía el concepto de la crisis argentina: para ello se introduce la palabra “caos”, y luego se menciona que el gobierno de Perón era incapaz de retomar el control del país. La intención de la traductora es destacar aquí que no era solamente una crisis en el gabinete de gobierno, sino una situación en que el país entero había sobrepasado los límites de una crisis y había llegado al caos. Unos párrafos antes se menciona que Perón se vio obligado a imponer fuertes medidas económicas para desviar la atención de las masas de los grandes problemas por los que atravesaba la nación. Además, Perón hizo uso de su acostumbrada retórica, y culpó a la aristocracia de la situación, para luego desviar la atención hacia la iglesia católica. Las turbas peronistas habían atacado los clubes privados de la clase aristocrática, y habían quemado varias catedrales. Como se puede ver, esta situación era más que un gobierno fuera de control: se había producido una situación de anarquía. La traductora considera necesario ampliar los conceptos que permitan reflejar la situación de crisis que reinaba en Argentina, pero además, dejar claro que Perón no tenía la capacidad de retomar las riendas del país. La muerte de Evita lo había afectado emocionalmente y, aunado a las crisis internacionales que golpeaban la economía argentina, Perón no tenía la capacidad, con sus políticas económicas, de devolverle el bienestar al país. Con los cambios que se introducen en la versión meta se pretende resaltar que no es solamente un gobierno en crisis, sino un país sin rumbo, situación que en última instancia provocaría, más adelante, el derrocamiento de Perón.

Dos oraciones más adelante se explica claramente cuál era el propósito de los enemigos de Perón. En la versión fuente se menciona solamente que los oponentes tuvieron su oportunidad: ésta pudo haber sido la de matar a Perón, o de presionar a Perón para que cambiara sus políticas económicas y de persecución contra los valores tradicionales, o bien de reprimir ellos mismos las masas. La traductora escoge hacer el texto más explícito, despejar cualquier duda sobre el propósito de los oponentes de Perón y además, adelantar lo que va a suceder más adelante. Respecto a la presentación del ultimátum, las dudas surgen en la mente de la traductora que llega a las siguientes conclusiones; ¿qué tipo de ultimátum era el que le presentaron sus antiguos compañeros de armas: renunciar como Comandante en jefe del ejército, o su renuncia como Presidente de la nación? La traducción despeja la duda sobre el tipo de ultimátum presentado a Perón y se narra claramente cuando se menciona que era su renuncia como Presidente o bien una guerra civil.

Además, de las explicitaciones, el fragmento analizado tiene un caso de omisión, la de la frase *former fellow officer*. La traductora elimina esta frase, que muestra un Perón humillado, como el comandante en jefe del ejército, y Presidente de la nación, que debe aceptar, de manos de sus subalternos un ultimátum. La frase empleada en el texto fuente hace retroceder el tiempo y evoca a Perón como uno de los oficiales, es decir desvirtúa su rango de superior. Por razones ya analizadas en ejemplos anteriores, la traductora deja la frase sin traducir.

Dentro de este mismo tema en el cual priva en la traductora el propósito de mostrar la imagen de un Perón venerado y amante de su pueblo, se inscriben los cambios efectuados a la hora de traducir la expresión *had no stomach for a bloodbath*. Para este punto, es importante volver a retomar la imagen de Perón y su proyección sobre el pueblo argentino. Era un líder consumado, un hombre que, a pesar de haber incitado a las masas a tomar medidas poco ortodoxas para protestar contra una situación, como se explica en este texto, tenía el carisma de un hombre solidario con las masas populares y las necesidades de un pueblo. A pesar de que se hubiera podido traducir la expresión igual que en el texto fuente y no hubiera sido éste un calco, sino un equivalente, se evitó la traducción de esta expresión como una persona “que no tenía estómago para un baño de sangre”. Se consideró que esa expresión denota más bien “asco” o bien “repulsión” hacia algo, cuando en realidad lo que se quiere decir es que Perón, a pesar de todo, era un patriota que estaba dispuesto a sacrificar su ambición de continuar en la presidencia, a doblegar su orgullo y salir del país, antes que permitir que se llegara a una guerra civil. Perón contaba con el apoyo de las clases obreras, que hubieran salido en su defensa, pero como bien lo dice el texto, éstas no tenían armas, y el ejército las hubiera aplastado con facilidad. Perón toma esta decisión para proteger su pueblo y decide salir pacíficamente. La traductora le da al texto terminal un tono emocional cuando cambia *stomach* por “corazón”, una manera más sentimental de expresar lo que iba a ocurrir, y además, agrega que no iba a permitir un baño de sangre entre hermanos.

En el siguiente ejemplo podemos ver la omisión de elementos con carácter denigrante.

*On both the economic and political fronts, Frondizi decided to take major gambles. The risks were great, but so were the potential rewards.(TO, 94).*

*Tanto en el campo económico como en el político, Frondizi decidió asumir grandes riesgos, que podrían traer potenciales recompensas. (TT, 53)*

En este párrafo, la traductora hace dos oraciones, la segunda como una subordinada de la primera. La traducción de *great gambles* con el sentido de juego de azar, donde se hubiera podido traducir como “apostó a grandes cambios”, se omite y se utiliza como “asumir riesgos”, para eliminar el sentido de que el presidente Frondizi podría no saber lo que estaba haciendo y decide jugar el destino de su país apostándole a ciertas medidas económicas. Esa, por supuesto, no es la imagen que se pretende mostrar en la versión traducida; sino la de un presidente que estaba haciendo lo posible por lograr el tan deseado equilibrio que Argentina necesitaba. En una oración anterior, los autores hacen alusión a la talla del presidente Frondizi, cuando lo comparan con grandes líderes latinoamericanos:

*The new president seemed to be from the same mold as other democratic reformers then making their mark in Latin America, such as Eduardo Frei of Chile and Juscelino Kubitscheck of Brazil. (TO, 94).*

Si Frondizi tenía la talla de estos grandes hombres no es congruente, por lo tanto, que tomara la dirección de un país como un juego de apuestas. Además, en el texto fuente en la siguiente oración se menciona la palabra *risks*. Entonces, se toma este concepto y se usa para verter el mensaje de que las medidas que el presidente tomaría implicaban grandes riesgos.

Para finalizar, consideraremos un ejemplo donde la traductora se enfrentó con connotaciones políticas bastante abiertas en el texto fuente.

*A deadly toxin had entered the Argentine body politic. There was now a revolutionary left, committed to traumatizing the nation by violence against those they identified as the oppressors: the military and the police, along with their collaborators, the well-tailored executives of the multinationals. And the government struck back with violence of its own. Civil war had broken out. (TO, 99)*

*Una mortal toxina había llegado a Argentina: la violencia. La izquierda revolucionaria estaba dispuesta a traumatizar la nación utilizando la violencia como su arma contra los que consideraban opresores: los*

*militares, y la policía con sus colaboradores, los ejecutivos de las compañías multinacionales. Ante esta situación, el gobierno respondió con violencia, lo que condujo a una guerra civil. (TT, 65)*

Para llevar a cabo la primera omisión, la traductora considera que la toxina de la violencia se apoderó de Argentina y no del “cuerpo político argentino”, puesto que la violencia se vivía en todo el país, era una situación generalizada. Se puede incluso decir que la violencia venía tanto de parte del gobierno como de los grupos revolucionarios. En cuanto a la explicitación de la “violencia”, para la cual tenemos referencia en la oración siguiente, se opta por emplearla para evitar la interpretación — posible con base en el texto fuente— de que era la izquierda la “mortal toxina”. La carga semántica de esta expresión indica una clara postura política de la cual la traductora prefiere tomar distancia. En segundo lugar, es la convicción de la traductora que tan malo era para Argentina la violencia que provenía de la izquierda como la represión que ejercía el gobierno para atacarla; y dejar claro que, en medio de esta batalla, estaba un pueblo que sufría los embates de ambos bandos.

Se elimina también la expresión *well-tailored* para referirse a los ejecutivos de las compañías transnacionales, con la finalidad de darle al texto un tono políticamente más serio y equilibrado: con este cambio se deja fuera del texto traducido la idea implícita en el texto fuente de que los revolucionarios izquierdistas consideraban como “opresores” a cualquier persona por razones tan triviales como su forma de vestir. De esta manera, la traductora no asume

incondicionalmente las convicciones políticas sugeridas en el texto fuente, sino que actúa ante ellas de manera crítica.

La traducción es “un acto creativo”, que le da al traductor la libertad de moverse en el texto para expresar las ideas que comprometen su pensamiento. En el caso de este texto, su valor como latinoamericana, para expresar el mensaje bajo una lupa diferente, la suya propia, Frances Aparicio dice en relación con esto:

*“Hoy día la traducción ya no es solamente un producto, un segundo texto derivativo, de valor parasítico. Traducir implica interpretar, crear”.*  
(15).

Y es que precisamente “crear” le permite al traductor mostrar que existe un “yo” que interpreta, que cambia, que razona con valores diferentes y que por lo tanto, el texto traducido será una obra original.

## ***Consideraciones finales***

*Any attempt to make translation  
visible today is necessarily  
a political gesture.  
Lawrence Venutti*

Cabe ahora hacer unas reflexiones finales acerca del papel del traductor, protagonista de este proceso singular, en nuestro contexto particular, en América Latina.

Después de más 500 años del descubrimiento de América, los latinoamericanos hemos luchado y seguimos haciéndolo para definir nuestra propia identidad, como pueblo autóctono, con una cultura propia. Por generaciones, hemos recibido la influencia de los pensadores, filósofos, políticos, escritores, además de los modelos económicos, sociales y políticos que, en algunos casos, han sido impuestos y que en otros casos, han sido los propios latinoamericanos los que los han importado para moldear el pensamiento y la identidad propia de Latinoamérica. La traducción ha contribuido en este sentido a revelar las diferencias entre estas culturas ajenas y una realidad propia de la región. En la concepción de Itamar Even-Zohar, al referirse a los polisistemas de culturas más jóvenes y débiles, éstos se ven influenciados por los polisistemas de las culturas más viejas y fuertes, debido a que, en las culturas más jóvenes, la producción de textos es menor; entonces, surge la

necesidad de llenar los vacíos culturales con traducción de textos pertenecientes a otras culturas, que son más profusas en la producción literaria e ideológica. Even-Zohar distingue tres circunstancias sociales en las cuales la traducción toma un papel preponderante: cuando la literatura es joven, o está en proceso de definición, cuando la literatura es débil y cuando ésta se encuentra en un momento de crisis o de cambio de rumbo. (Gentzler, 117). Situaciones como éstas convergen en América Latina, desde el cataclismo de la conquista y la exterminación de las culturas autóctonas, y han contribuido a que nuestras culturas no tengan una identidad propia como latinoamericanos. Por otro lado, pareciera que América Latina ha salido de un tipo de crisis para entrar en otro, de suerte tal que se buscan modelos extranjeros de pensamiento para solucionar crisis locales. En América Latina hemos importado, por medio de las traducciones, culturas, pensamientos, entornos sociales y económicos ajenos a nuestra propia realidad. Entonces, la traducción ha evidenciado que existe una realidad ajena a la nuestra, con características políticas, sociales, económicas y culturales diferentes, además de que cada texto pertenece a un momento histórico determinado, y esta pertenencia marca la realidad que transmite.

Dentro de esta concepción se puede concluir que las traducciones que han seguido el modelo tradicional de fidelidad hacia el autor original y su cultura, sin tomar en cuenta las diferencias de la cultura meta, si bien cumplen la función de suplir carencias, han sido serviles a una cultura ajena a la nuestra y han plasmado con signos lingüísticos un mensaje con características diferentes a nuestra realidad. Este tipo de traducciones han contribuido a que América Latina carezca de su propia

identidad. En este sentido, la traducción publicitaria ha jugado un papel preponderante en arrebatarnos nuestra propia autenticidad. No se trata en este punto de que todo debe ser trasladado a la idiosincrasia y pensamiento de los latinoamericanos, sino que el traductor debe asumir una función crítica ante el texto fuente y determinar aquellos elementos que juzga que deben ser cambiados, omitidos, o ampliados, para que su cultura pueda verse a sí mismo en un texto producido en mundo ajeno al suyo. En este proceso de traducción, donde se lleva a cabo una descodificación del mensaje, para volverlo a construir con elementos diferentes, se efectúa una simbiosis entre el texto fuente y la creación propia del traductor, en la cual interviene necesariamente la identidad del traductor. La responsabilidad del traductor radica precisamente en esta función crítica, reconstructora de identidades.

A la luz de la teoría de los polisistemas mencionada anteriormente, el traductor se encuentra ante dos caminos: uno que será el tradicional, el de verter el mensaje guardando una fidelidad hacia el autor de la obra fuente, y el otro, el de asumir la responsabilidad de mostrar el rostro propio en el ojo ajeno. Muchos grandes escritores, traductores todos ellos, han tomado este camino, como Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Andrés Bello, o el propio Octavio Paz. Este último camino es el que ha tomado la traductora en este trabajo: ha decidido que su visión de mundo, sea la que determine la dirección de la traducción. Ante el reto de una traducción servil, o una traducción que toma en cuenta las diferencias entre ambas culturas, se decide por esta última.

Mediante la traducción de textos históricos sobre América Latina, el traductor latinoamericano tiene ante sí el reto de enfrentar la visión de mundo de otras culturas, todas diferentes y válidas. Su reto, en el contexto latinoamericano consiste, a nuestro parecer, en aprovecharlas para ayudar a construir la identidad latinoamericana, a través de una traducción —o producción de textos— que por medio del diálogo nos delimita.

Por medio de este trabajo se ha querido hacer conciencia entre los traductores de temas relacionados con la historia de América Latina para despertar un sentimiento hacia nuestros verdaderos valores y nuestra propia identidad como latinoamericanos. En textos de esta naturaleza, radica la responsabilidad del traductor para brindar una imagen de nosotros mismos tal y como realmente somos, no con un rostro ajeno al nuestro.

Concluyo expresando que la traducción es una actividad creadora, una aventura, un viaje maravilloso, un reto grandioso, y quien la hace deja una huella inconfundible en ella, su sello personal.

## **Bibliografía**

- Alcaraz Varó, Enrique y Hughes, Brian. *Diccionario de términos económicos, financieros y comerciales. Inglés-Español. Spanish-English*. Barcelona: Ariel, 1997.
- Alarcos Llorach, Emilio. *Gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa, 1999.
- Aparicio, Frances. *Interpretaciones y creaciones: instancias de la traducción literaria en Hispanoamérica en el siglo XX*. Gaithersburg. Hispamérica, 1999.
- Basil, Hatim y Mason, Ian. *Teoría de la traducción. Una aproximación al discurso*. Barcelona: Ariel, 1995.
- Bassnett-MacGuire, Susan. *Translation Studies*. Nueva York: Routledge, 1988.
- Benjamín, Walter. *La tarea del traductor*. México: Ediciones Coyoacán, 1999.
- Corripio, Fernando. *Diccionario de ideas afines*. Barcelona: Herder, 1997.
- Gadamer, Hans-Georg. *Arte y verdad de la palabra*. Barcelona: Paidós, 1998.
- García-Pelayo y Gross, Ramón. *Gran diccionario. Español-Inglés, English-Spanish Dictionary*. México, D.F.: Ediciones Larousse S.A. de C.V., 1994.
- García Yebra, Valentín. *En torno a la traducción*. Madrid: Gredos, 1983.
- \_\_\_\_\_. *Teoría y práctica de la traducción*. Madrid: Gredos, 1984.
- Gentzler, Edwin. *Contemporary translation theories*. Nueva York: Routledge, 1993.
- Gil Estebán, Rafael. *English-Spanish Banking Dictionary. Diccionario bancario Español-Inglés*. Madrid: Paraninfo, 1991.

- Graham, Joseph. *Difference in Translation*. Ithaca and London: Cornell University Press, 1985.
- Halperin Donghi, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial, 1998.
- Jakobson, Román. *En torno a los aspectos lingüísticos de la traducción*. En *Ensayos de lingüística general*. Barcelona: Seix-Barral, 1975.
- López Guix, Juan Gabriel y Minett Wilkinson, Jacqueline. *Manual de traducción. Inglés/Castellano. Teoría y práctica*. Barcelona: Gedisa, 1997.
- Paz, Octavio. *Traducción: literatura y literalidad*. Barcelona: Tusquets, 1981.
- Orellana, Marina. *Glosario Internacional para el traductor*. Santiago de Chile: Universitaria, 1999.
- Random House Webster's. *Concise College Dictionary*. New York: Random House, 1999.
- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa-Calpe, 1992.
- \_\_\_\_\_. *Ortografía de la Lengua Española*. Madrid: Espasa-Calpe, 1999.
- Rouquié, Alain. *Guerras y paz en América Central*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Schulte, Rainer y Biquenet, John (ed.). *Theories of Translation: An Anthology of Essays from Dryden to Derrida*. Chicago: The University of Chicago Press, 1992.
- Seco, Manuel. *Diccionario de dudas*. Madrid: Espasa, 1999.
- Skidmore, Thomas E. y Smith, Peter E. *Modern Latin America*. Nueva York, Oxford: University Press, 1997.
- Snell-Hornby, Mary. *Translation Studies. An integrated Approach*. Philadelphia: John Benjamins Publishing Company, 1988.
- Spears, Richard A. *NTC's American Idioms Dictionary*. Chicago: NTC Publishing Group, 1994.
- Steiner, George. *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1981.

Torrents dels Prats, Alfonso. *Diccionario de dificultades del inglés*. Barcelona: Juventud, 1989.

\_\_\_\_\_. *Diccionario de inglés americano*. Barcelona: Juventud, 1983.

Vázquez-Ayora, Gerado. *Introducción a la traductología. Curso básico de traducción*. Washington: Georgetown University, 1977.

Venuti, Lawrence (ed.). *Rethinking translation: Discourse, Subjectivity, Ideology*. Nueva York: Routledge, 1992.

## **Texto fuente**

# **Three ARGENTINA Prosperity, Deadlock, and Change<sup>6</sup>**

---

<sup>6</sup> Skidmore, Thomas y Smith, Meter H. *Modern Latin America*.. Nueva York: Oxford Press, 1997.